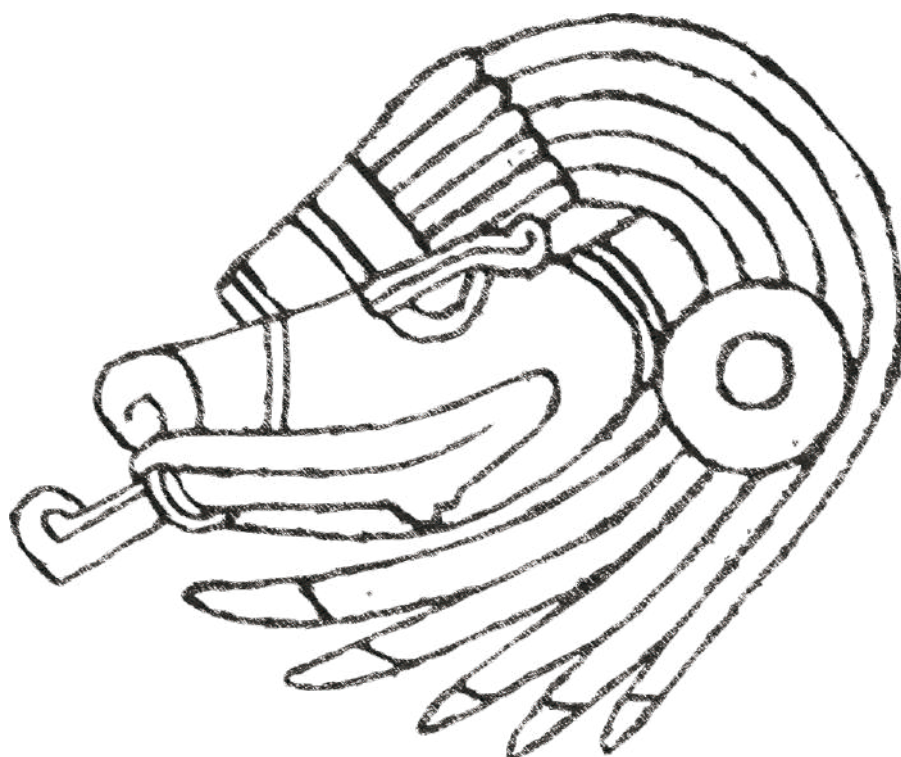


CRÓNICAS
DE LA
SERPIENTE
EMPLUMADA



REGRESO AL PRINCIPIO
LA HISTORIA DE ISABEL BALMACEDA
EDGARDO CIVALLERO



CHRONICAS · D · LA SERPIENTE · EMPLVMADA

REGRESO · AL
PRINCIPIO

LA HISTORIA DE ISABEL BALMACEDA

EDGARDO · CIVALLERO

Edición revisada y corregida por el autor

Abril de 2020

Civallero, Edgardo

Crónicas de la Serpiente Emplumada 4: Regreso al principio – La historia de Isabel Balmaceda / Edgardo Civallero. -- ed. revisada -- Madrid : Edgardo Civallero, 2020. c2009.

p. : il. en b/n.

1. Ucronía. 2. Aztecas. 3. Mayas. 4. Serpiente Emplumada. 5. Descubrimiento de América. 6. Taínos. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2009

© de la presente edición digital, 2020, Edgardo Civallero

Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

La distribución de esta edición digital se realiza exclusivamente a través de las plataformas virtuales, sitio web y redes sociales del autor.

“Crónicas de la Serpiente Emplumada 4: Regreso al principio. La historia de Isabel Balmaceda” se distribuye bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas Internacional de Creative Commons.

CHRONICAS·D·LA
SERPIETE·EMPLVMADA

QVETZALCŌĀTL·IN·IĀMOXTIN

LIBRO·IV

INIC·NĀHUI·ĀMOXTLI

REGRESO·AL PRINCIPIO

LA HISTORIA DE ISABEL BALMACEDA

IN ĪZĀZANILLO ISABEL BALMACEDA

No te quedes inmóvil / al borde del camino.
No congeles el júbilo. / No quieras con desgana.
No te salves ahora / ni nunca.
No te salves. / No te llenes de calma.
No reserves del mundo / sólo un lugar tranquilo.
No dejes caer los párpados / pesados como juicios.
No te quedes sin labios. / No te duermas sin sueño.
No te pienses sin sangre. / No te juzgues sin tiempo.
Pero si, pese a todo, / no puedes evitarlo
y congeles el júbilo / y quieras con desgana.
Y te salvas ahora / y te llenas de calma
y reservas del mundo / sólo un rincón tranquilo.
Y dejas caer los párpados / pesados como juicios.
Y te secas sin labios / y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre / y te juzgas sin tiempo.
Y te quedas inmóvil / al borde del camino
y te salvas.
Entonces / no te quedes conmigo.

Mario Benedetti, *No te salves*. En «Poemas de otros (1973-1974)».

INTRODUCCIÓN

TOLEDO, 1972

Llevaba la melena larga y oscura recogida en una trenza, y media cara protegida por un pañuelo atado a la nuca. En cuclillas frente a una hilera de estantes decrepitos y enmohecidos, con su delgada silueta cubierta de polvo, la muchacha limpiaba un volumen de los *Viajes por las Tierras del Este* de M. Ahuicyani: una apolillada maravilla editada hacía siete ciclos del Calendario Nuevo e ilustrada por un tal Tlacuicani. Había sido impresa en uno de los célebres talleres de Segovia —afamados por su fino papel, sus encuadernaciones en piel y su pulcra tipografía— y era uno de los contados trabajos de aquella época que se habían dignado a traducir y a publicar en el sabroso y casi incomprensible castellano medieval.

Sobre el lomo de aquel tomo resaltaba la marca oscurecida de la casa impresora: un pequeño acueducto, monumento segoviano que había sido derribado en el año juliano 1627, durante alguna de las tantas guerras que habían sacudido Castilla. Sólo algunos grabados antiguos y aquel logotipo recordaban su característica silueta, reducida a un montón informe de escombros y jamás reconstruida.

Su compañera acababa de anotar el registro del libro en el inventario general y volvía a entretenerse en la lectura de una revista. De tanto en tanto alzaba la vista para observar, indolente, como la otra repasaba con un paño de algodón levemente humedecido las costillas de los *Viajes*, unas franjas en relieve cuyo color apagado delataba los años y las manos que las habían acariciado.

—Mira, Isabel, lo que pone aquí— le comentó de improviso en castellano. Isabel se restregó la frente y los párpados entrecerrados con el dorso de la mano y le dedicó una mirada hastiada. —Habla de la «Teoría de los Tiempos Paralelos». Y viene a decir que vivimos en un espacio a través del cual corren varias líneas paralelas de tiempo. Dependiendo de las decisiones que se tomen, un mismo acontecimiento puede tener distinto desarrollo en cada una de esas líneas, de forma simultánea. ¿No te parece un delirio?

—¿Quién escribió eso?— preguntó Isabel, terminando de repasar las guardas del volumen que tenía entre manos.

—Un filósofo de las Tierras del Oeste. Un tal Musquq.

—Ya podrían dedicarse a escribir algo de provecho, los filósofos— sentenció, al tiempo que revisaba las costuras de la encuadernación de los *Viajes*. —¿Tienes anotados todos los datos de éste?

—Me falta el número de páginas.

Intentando no desmenuzar aquellas frágiles hojas, abrió con cuidado el ejemplar por su parte final. «Quinientas veintidós» dictó a su compañera, que incluyó la referencia y se acercó a ella.

—¿Falta mucho?

La joven echó un vistazo al estante. Quedaban algunos tomos no demasiado voluminosos y al fondo, oculto tras una cortina de polvo y telarañas, un enorme paquete medio podrido y atado con cordeles.

—Estos pequeños de aquí y aquel amasijo cubierto de mierda— indicó, señalándolos con la barbilla. —Vete tú a saber de qué se trata...

—Si no te importa, voy a subir un rato. Esto de estar en un sótano todo el bendito día me agobia. En todo caso, luego los inventarío, ¿te parece?

Bajo el pañuelo, Isabel esbozó una mueca irónica. Su colega no era muy dada a las labores duras. Y en el Archivo Central de Toledo, el quehacer de las estudiantes bibliotecarias o «pasantes» era, como en todos lados, extenuante y esclavista: limpieza de depósitos y anaqueles, inventariado y revisión de volúmenes que nadie pediría jamás, reparación de costuras desvencijadas, raspado de mohos de encuadernaciones putrefactas... A ella no le disgustaban esas tareas; de hecho, solían poner a su alcance verdaderas reliquias. Pero estaba harta del trabajo abusivo y mal pagado de las «pasantes» —cada vez más extendido bajo la ridícula excusa de ser «práctica profesional»— y, sobre todo, le dolía verse destinada a esos puestos por ser *nativa*; es decir, por el color que tenía su piel, por la forma de sus ojos, por su lengua materna, por su nombre y por su origen.

—Anda, María, sube que ya sigo yo— respondió, colocando los *Viajes* de Ahuicyani de nuevo en su sitio, tras atarle la etiqueta identificadora con un cordelillo y prometerse que algún día lo leería.

—¿Quieres que te baje algo de comer?

La joven negó distraídamente con la cabeza, mientras miraba el resto

del estante e intentaba decidir por dónde continuar.

María se marchó. Sus pasos resonaron en aquella bóveda situada en los mismísimos cimientos del edificio del Archivo, una construcción con varios ciclos de antigüedad —según el Calendario Nuevo— que antaño había sido un convento benedictino, el de San Pedro de las Dueñas, y un hospital de niños, el de la Santa Cruz. El aire allí abajo era prácticamente irrespirable: la humedad que provocaba la cercanía del río Tajo se colaba a través de los muros de piedra y los manchaba con chorros blancos que parecían correr pared abajo de forma imperceptible. Isabel no entendía cómo podían guardarse libros, códices y manuscritos en aquellas condiciones. Pero así funcionaba el mundo: mucha gente no daba importancia a su pasado ni estaba interesada en saber que el pensamiento, las experiencias, las fantasías y los miedos de quienes los precedieron se pudrían lentamente en sótanos como aquel.

Suspiró y se miró las manos, negras de mugre. Cuando decidió ser bibliotecaria lo hizo por el amor que profesó siempre a la *memoria*. Su pueblo había intentado preservar lo poco que le habían dejado tras las invasiones: el idioma propio, la creencia en un solo dios, las canciones, las costumbres y la historia. De ellos aprendió lo importante que era *recordar*. Ella, por su parte, había sido y era consciente del valor de las palabras escritas, un fabuloso repertorio de signos y letras que permitía dejar constancia de los hechos ocurridos y que estos trascendiesen, que sobreviviesen a la muerte de sus protagonistas, sus testigos o sus voceros para poder ser conocidos en edades futuras. Por eso estudió lo que estudió, aunque sabía de antemano que, dada su posición social, su procedencia y la severa discriminación que aún pesaba sobre su gente, tendría escasas oportunidades de progresar. Con todo, cuando obtuvo el puesto de «pasante» en el Archivo Central de Toledo, uno

de los mayores y más antiguos de la República, su alegría fue infinita. Pero le duró poco: lo que tardó en constatar lo que significaba realmente ser *nativa* dentro de la cultura dominante y oficialista.

Al trabajar en el depósito de materiales, tenía al menos la «suerte» de compartir reproches y anhelos con compañeras de su mismo origen, con las cuales podía hablar en su idioma materno, el castellano, evitando el empleo de la Lengua Oficial, nombre que recibía el náhuatl en las Tierras del Este. El idioma de los mexicas había sido impuesto en la Europa occidental tras los conflictos del siglo XVI, a la vez que se prohibió el uso de las lenguas *nativas*, relegadas al ámbito familiar. A partir del siglo XVIII, las nuevas naciones «libres» que surgieron de las colonias de Tenochtitlan permitieron el empleo de los idiomas originarios en sus territorios. Sin embargo, acostumbradas al servilismo y la dependencia de la antigua metrópoli, mantuvieron el náhuatl como su lengua estatal.

Dejó de lado sus divagaciones y, tras observar un par de segundos la estantería con ojo crítico, decidió afrontar la ardua tarea de adecentar el bulto más grande. Metió una escobilla de retama hasta el fondo del compartimento para rasgar la madeja de telarañas que lo rodeaba y, con no poco esfuerzo, extrajo el envoltorio del rincón. Parecía que llevara siglos allí: las ataduras se desmenuzaron al primer movimiento, y parte de las cubiertas que protegían el paquete quedaron pegadas a la madera carcomida y astillosa del estante. «Así es como quieren preservar nuestro patrimonio» pensó con sorna, recordando uno de los tantos objetivos que la institución en la que trabajaba solía proclamar ampulosamente. Muchas buenas palabras — copiadas casi literalmente de inútiles «recomendaciones mundiales» — pero muy pocos hechos. Lo de siempre.

Como pudo lo arrastró hasta el borde del anaquel, lo alzó con ambas manos y lo depositó en su mesa de trabajo, bajo la débil iluminación del sótano. Resoplando, se liberó del paño que le cubría nariz y boca y esperó a recuperar el aliento. Luego terminó de desprender las soguillas de cáñamo que sujetaban aquel amasijo y apartó los gruesos pliegos de papel que aún lo envolvían. Ante ella aparecieron entonces varios tomos que, a simple vista y por su deplorable estado de conservación, evidenciaban una antigüedad de alrededor de una decena de ciclos. Retiró el resistente estrato de polvo que cubría el primero con un trapo e intentó separarlo del siguiente. Como había supuesto un segundo antes de hacerlo, todos estaban adheridos entre sí por la humedad, y le costó un buen rato —y una larga retahíla de maldiciones— lograr despegar cada uno de los ejemplares.

Finalmente, y tras una nueva limpieza, volvió al primer volumen del conjunto.

Las tapas de madera forradas de fina piel repujada en frío y provistas de punteras de metal labrado revelaban cuan lujosa había debido de ser su encuadernación. Sin embargo, hacía tiempo que el moho y los insectos habían despojado a aquellos libros de toda su belleza pretérita. Lo peor era que tanto la portada como el lomo habían sido cruelmente raspados para rotular un título en Lengua Oficial; garabateado con una tipografía latina poco pulida, rezaba algo así como *Las trampas del amor*. Isabel frunció el gesto. No conocía ninguna obra —al menos de la antigüedad que aparentaba aquella— que tuviera semejante nombre, y mucho menos que contara con tantos volúmenes. Todo apuntaba a que ese título podía ser falso: el daño infringido resultaba una prueba bastante concluyente. Su pulso se aceleró. Quizás estuviera ante alguna de esas reliquias «desaparecidas» que tanto le apasionaban.

La tapa crujió alarmantemente cuando la levantó: a primera vista, el libro parecía un castillo de naipes a punto de desmoronarse de un soplo. Pasó la primera página, cubierta de viejos sellos bibliotecarios, y al enfrentarse a la siguiente, la portadilla, se le cortó la respiración.

Tuvo que apoyarse en la mesa y cerrar los ojos mientras el sótano, húmedo y opresivo, giraba a su alrededor. Al abrirlos, incrédula, dirigió su mano temblorosa hacia las letras que aparecían allí y, sin siquiera atreverse a rozar la superficie del papel, deslizó sus dedos por encima de las dos oraciones que componían el título real, manuscritas entre un par de imponentes dibujos:

CHRONICAS·Ð·LA
SERPIËTE·EMPLVMADA
QVETZALCŌATL·IN·IĀMOXTIN

El vértigo la obligó a sentarse. Aquello era un tesoro. Más aún: *era un mito*. Un mito que cualquiera con cierta formación conocía muy bien. El corazón se le había desbocado. La emoción la desbordó y, raro en ella, se sintió al borde del llanto. Necesitó unos minutos para tranquilizarse. Sintiendo de nuevo dueña de sí misma, se incorporó con rapidez. María, su compañera, no volvería hasta pasado un buen rato: siempre que podía se escapaba durante horas a otros quehaceres que no significaran enterrarse en aquel depósito, entre hongos, ácaros y demás plagas. Eso le daba un margen relativamente amplio de tiempo, pero había perdido la noción del mismo, de

modo que le convenía darse prisa. Buscó cordel y una buena cantidad de anchos papeles usados y, poniendo el mayor cuidado posible, envolvió aquellos tomos, cuyo peso y tamaño tornaban la tarea aún más difícil. Luego los metió a duras penas dentro de una gran bolsa de tela burda en la que, ocasionalmente, solía cargar materiales que podían servirle de algo, una práctica que nadie en aquella institución impedía. Acostumbraba a llevar esa especie de talega plegada en el interior de su bolso, un hermoso ejemplo de artesanía castellana elaborado en cuero y lana de oveja merina, que había comprado en una feria a un pastor trashumante y del que pocas veces se separaba.

Una vez que todo estuvo recogido, respiró profundamente un par de veces, tratando de serenarse, y volvió a su trabajo. Para cuando María regresó, terminaba de limpiar el último de los librillos pendientes.

—¿Cómo te ha ido?— preguntó su compañera, con una sonrisita que intentaba disimular su culpa.

—Bien— respondió Isabel, con otra sonrisa de similar intención. — Sólo quedaban estos tomos pequeños y un mazo de papeles viejos que me llevo a casa, a ver si puedo hacer algo útil con él.

—Perfecto— repuso María. —Ya es hora de salir, así que los anoto mañana en el inventario.

Diciendo eso, recogió su bolso y, tras despedirse, se escabulló nuevamente. Isabel pensó que, con colegas como aquella, podría haberse llevado la mitad de la colección que albergaba el depósito. Pero en aquel momento el resto de los libros existentes en el universo parecían haberse

disuelto en el aire. Todo su interés y toda su atención estaban concentrados en el hallazgo que llevaba oculto en su «bolsa de papeles viejos».

Aquella tarde hizo el camino hasta su casa en un suspiro, sin apenas notar el terrible peso que cargaba sobre sus hombros.



Vivía sola en una pensión oscura, una antigua corrala de vecinos a las afueras de Toledo, en la ribera oriental del Tajo. Pero Isabel no era toledana: había nacido en Buitrago, en el valle del río Lozoya, allá en la sierra del norte de Madrid. La familia de su padre —de la que había heredado el apellido, Balmaceda— era originaria de la antigua Andalucía, de donde tuvo que huir hacia el norte, hacia Castilla, tras esas invasiones que otros llamaron «descubrimiento». La de su madre era castellana, y, hasta donde tenía noticias y recuerdos, siempre había vivido en Buitrago. El suyo era un linaje tradicional, y ella había sido la primera en varias generaciones que osó salir de su pueblo, asistir a clases en una Alta Casa de Estudios, aprender a la perfección la Lengua Oficial —a la cual, sin embargo, odiaba con toda su alma— y trabajar en una institución estatal. Tras conseguir el puesto de «pasante» en el Archivo, se había trasladado a Toledo y había rentado una habitación en aquella pensión de estudiantes, un sitio deprimente en el que había hecho lo posible por armar su espacio, su lugar, un rincón donde refugiarse cada tarde. Allí tenía un puñado de sus libros, algunos recuerdos, sus cuadernos de notas, sus apuntes, su música, los retratos de su familia y unas pocas cartas. Y allí intentaba comenzar a redactar el trabajo final —la *lectura*— que le permitiría dejar de ser una estudiante y convertirse en una profesional.

Todo su pequeño gran mundo estaba metido allí, en un diminuto cuarto con una única ventana que le permitía ver, a lo lejos, las siluetas de los edificios y de los templos del casco medieval toledano.

No se molestó siquiera en comer algo: había olvidado el hambre voraz con la que, por lo general, atravesaba el umbral de su habitación. Tampoco se dio la ducha habitual que la despojaba del montón de polvo que solía traer encima a diario. Cerró la puerta tras de sí, despejó su mesa de trabajo, dio luz sobre ella y desempaquetó su descubrimiento.

Eran un total de seis volúmenes, de un tamaño que se aproximaba al que los tempranos impresores de las Tierras del Este llamaron *in quarto*. Todos exhibían el mismo título falso sobre el cuero raspado de las cubiertas y los lomos, algo que no dejó de intrigarla: las cubiertas de aquella época no solían llevar rótulos, sino alguna que otra ilustración. ¿Las habría habido originalmente? ¿Qué peligro entrañarían para que alguien hubiera puesto tanto empeño en eliminarlas? ¿Tal vez delataban el contenido de la obra? Un examen minucioso de las tapas le permitió detectar, entre el orín rojizo de las punteras oxidadas, las marcas dejadas por antiguos sellos de cera blanca que probablemente se habrían desmigajado con el paso del tiempo. «Sellos monofaciales de placa, castellanos, del siglo XVI...» resolvió mientras acariciaba aquellas débiles señales indelebles. El uso de esos sellos implicaba que los documentos portadores de los mismos habían sido considerados importantes, siendo por ello *sellados* o *lacrados*. Era una lástima que se hubiesen perdido: hubieran podido contarle cosas muy interesantes.

En la primera hoja de todos los ejemplares figuraba una miríada de sellos estampados en tinta, algunos de ellos totalmente difuminados. Pospuso el análisis de aquellos detalles para más tarde, segura de que le

proporcionarían alguna sorpresa, y pasó a la portadilla. Allí, enmarcando el título verdadero, aparecían dos dibujos espléndidos: dos cabezas de serpientes emplumadas idénticas. «Lo más lógico es que también estuvieran en la cubierta», se dijo. «Probablemente los raspones buscaran eliminarlas. Y vaya si lo hicieron...». Revisó las páginas centrales, las únicas que no estaban demasiado adheridas entre sí y permitían un examen rápido. Cada tomo contaba con unas trescientas hojas. Los seis volúmenes, aunque escritos sobre un papel de corteza de higuera similar al fabricado hacía siglos en las Tierras del Oeste, tenían el formato de libro, con las hojas perfectamente cosidas. Notó que las carillas estaban numeradas con cifras romanas en las esquinas inferiores. Sin embargo, la paginación de los manuscritos o los textos impresos no era una costumbre tan antigua. Observando atentamente, Isabel se reafirmó en sus sospechas: la tinta de la numeración parecía distinta a la usada en el resto del escrito.

Aquí y allá adivinaba rasgos paleográficos y bibliológicos que, bien examinados, podrían aportar mucha información valiosa. Escritos e ilustraciones —tan numerosas como extraordinarias— habían sido realizados a mano. Tal característica revelaba que el conjunto era una obra original o una copia manuscrita de la misma. Aunque, si su memoria no la traicionaba, no existían ni copias de aquel texto... ni ningún original «completo».

Se dirigió a las estanterías de su biblioteca y buscó un libro sobre historia de materiales escritos que le había servido como manual de referencia durante sus estudios. Era el *Registro de documentos antiguos* del «oficialista» O. Iztlacatini. Enseguida halló la entrada que buscaba. No sin cierto esfuerzo tradujo el texto en Lengua Oficial al castellano y a las fechas julianas con las que estaba más familiarizada.

Crónicas de la Serpiente Emplumada (*Quetzalcōātl in iāmoxtin*)

¿1510-1560 CJ? Autores varios, anónimos.

Colección de manuscritos firmados originalmente por diversos cronistas de la gesta descubridora y colonizadora de las Tierras del Este durante el siglo XVI CJ (calendario juliano). De acuerdo a las investigaciones más recientes, habrían sido redactados entre los años 1510 y 1560 CJ aproximadamente, aunque la mayor parte de los datos sobre esta obra son vagos y se manejan solamente como hipótesis.

Esbozo histórico

Se cree que las *Crónicas* fueron compiladas bajo ese título por vez primera en Sevilla hacia 1560 CJ. Se especula con que antes de esa fecha compusieron una colección heterogénea de narraciones en distintos idiomas recogidas en bitácoras, memorias, diarios, anales, testimonios, documentos y probanzas, vinculadas únicamente por una temática común, y escritas quizás desde 1510 CJ. En los archivos administrativos e históricos que se crearon en Sevilla tras el descubrimiento se habrían reunido y ordenado cronológicamente los documentos existentes hasta entonces, para luego revisarlos, transcribirlos, corregirlos, completarlos, ilustrarlos y encuadernarlos en una versión unificada y definitiva de las *Crónicas*.

Si bien cada documento original habría tenido un autor

conocido, es probable que al realizarse la compilación final fuera eliminada toda mención de autoría (por lo cual, en la actualidad, se habla de «cronistas anónimos»). Se sabe que conformaban cuatro tomos organizados en dos libros: el *Libro del Guerrero* (los dos primeros tomos, dedicados a la época del descubrimiento) y el *Libro del Heredero* (los dos últimos, dedicados a la época colonial). También se sabe que el acceso y la lectura de los cuatro volúmenes estaban terminantemente prohibidos, y que se hallaban lacrados para impedir su consulta, tratándose de documentos históricos de gran valor al cuidado de un reducido y selecto equipo de archivistas y funcionarios.

En 1580 CJ, el original de esa recopilación elaborada en 1560 CJ desapareció en circunstancias jamás aclaradas. Por su parte, la colección heterogénea inicial a partir de la cual se elaboraron las *Crónicas* resultó destruida durante el «Gran Alzamiento Andaluz» de febrero de 1618 CJ, cuando el Archivo sevillano fue reducido a cenizas en uno de los ejemplos más importantes de *memoricidio* que se recuerdan tras la quema de los miles de manuscritos albergados en la tristemente célebre Biblioteca de Alejandría.

Desde ese momento, con los documentos originales incinerados y la compilación de los mismos perdida, el mito rodea a las *Crónicas*.

Isabel alzó la vista de su lectura y la dirigió hacia los seis volúmenes que se apilaban en su mesa. Algo no cuadraba en absoluto. Hasta donde ella

quería suponer, tenía entre manos un documento histórico de valor incalculable que se había «perdido» hacía más de siete ciclos del Calendario Nuevo «en circunstancias jamás aclaradas».

Pero allí había más tomos de los que debía haber.

O alguien se había equivocado al echar la cuenta o, a tenor del cariz de aquella historia, había falseado su resultado. Intrigada, y al tiempo que deshacía la trenza que aún aprisionaba sus cabellos, siguió leyendo.

Versiones en conflicto

En 1660 CJ, basándose en una hasta entonces silenciada «copia de seguridad» de la desaparecida compilación de 1560 CJ, se lanzó una versión oficial de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada*, la cual, con algunas revisiones, se ha conservado hasta la actualidad. Muchos estudiosos *nativos* de las Tierras del Este pusieron en duda la existencia de tal «copia de seguridad» y argumentaron que aquella edición era una farsa.

Ese mismo año se puso en circulación, únicamente en las Tierras del Este, una supuesta «copia completa» de la misma compilación original, que contaba con *seis* tomos organizados en *tres* «libros». La obra fue condenada como «apócrifa» por los poderes de turno y todos los ejemplares hallados fueron destruidos. Sin embargo, algunos fragmentos de ese trabajo —en especial los procedentes del «libro» de dos tomos que no constaba en la versión oficial— fueron reproducidos por historiadores, literatos y críticos de la época en sus propios escritos.

Una de las características más sobresalientes que ha quedado registrada de esa versión «apócrifa» es que en ella se habrían alternado los «capítulos» de los periodos antiguos con los de los periodos modernos. Este hecho —cuyo motivo se desconoce— la habría dotado de un formato literario inconfundible.

No es posible precisar en qué lengua estaban escritas las *Crónicas* de 1560 CJ. Los dos «libros» que componen la versión oficial editada en 1660 CJ y manejada actualmente están redactados en Lengua Oficial. Por su parte, la «versión apócrifa» alternaría, según algunos testimonios, textos en Lengua Oficial con otros en varios idiomas, especialmente el castellano.

La primera recopilación exhaustiva de los fragmentos pertenecientes a las *Crónicas* «apócrifas» fue elaborada en 1895 CJ por el historiador y filósofo catalán Jaume Puigcardé, en su libro *Les «Cròniques de la Serp Emplomada»: llegenda i realitat* (*Las «Crónicas de la Serpiente Emplumada»: leyenda y realidad*). Su texto ofrece una relación y análisis extensivo de los segmentos «apócrifos» sobrevivientes, así como una bibliografía completa de aquellas fuentes que los citan directamente. Además, realiza un estudio profundo de la veracidad de ciertos datos y la interpretación errónea que se habría hecho de los mismos por parte de muchos de sus predecesores. El trabajo fue considerado, desde los ámbitos estatales oficiales, como carente de fundamento y de objetividad académica.

Presa de una terrible excitación, Isabel dejó aquella obra abierta sobre la mesa, se acercó de nuevo a su biblioteca y comenzó a recorrer, con la yema del dedo índice, los lomos de sus libros. Finalmente dio con el que buscaba: *Memorias de las Tierras del Este*, de una autora *nativa* y «nativista», C. Deschamps. Y sólo tardó un minuto en descalzarse y acurrucarse en su asiento a leer el siguiente fragmento:

A lo largo de la primera mitad del siglo XX, numerosos libros y artículos desarrollaron análisis críticos —algunos de ellos altamente subjetivos— sobre los contenidos conservados de las míticas (y desaparecidas) *Crónicas* «apócrifas» *de la Serpiente Emplumada*, la mayoría fundamentados en la compilación de Puigcardé (1895). Algunos de esos artículos, muy distorsionados, terminaron conformando la base ideológica de movimientos independentistas, subversivos o revolucionarios de las *Tierras del Este*, tales como CaLi (*Castilla Libre*, desde 1941), *Terra Portuguesa* (desde 1953), MoLiP (*Moviment pèr la Liberassion dël Piemont*, desde 1967), *Frankiz ha dizalc'h* (Bretaña, desde 1945), y varios grupos gascones, sardos y calabreses, entre otros.

Los responsables de las Altas Casas de Estudios de las Tierras del Oeste (y, en consecuencia, sus pares del *Este*), así como los de las Casas Oficiales de Historia y Lengua, han difundido y promocionado el uso de la versión oficial del texto de las *Crónicas*, aparecida por primera vez en 1660 —a partir de una oportuna «copia de seguridad» de la compilación original de 1560— y posteriormente revisada en 1792 y en 1964. La misma ofrece una visión de apoyo y sustento a la llamada «Historia Oficial».

No obstante, los pueblos *nativos* de las *Tierras del Este* (la parte de Europa invadida en el s. XVI) desafían la veracidad histórica de la versión oficial de las *Crónicas*, planteando una posición crítica denominada «la voz de los vencidos». Si bien mucha de la documentación escrita de estos pueblos fue destruida durante los conflictos bélicos que siguieron a la invasión, conquista y dominación de las *Tierras del Este*, algunos textos sobrevivientes y la propia tradición oral de esas culturas originarias —expresada en un número importante de idiomas del grupo indoeuropeo— suministran datos abundantes para cuestionar la autenticidad de las *Crónicas* oficiales. Uno de ellos —que se constituye en el argumento central de la «tesis de los vencidos»— expone que las *Crónicas* originales incluían *seis* tomos que conformaban *tres* libros (y no *cuatro* tomos que constituirían *dos* libros). El libro faltante —que sería el primero de la serie y llevaría por título *El Libro del Mensajero*— habría sido escrito en lengua *nativa* (concretamente, en castellano antiguo) entre 1493 y 1521 por varios cronistas hoy anónimos, y aportaría información valiosa que desarmaría la postura sociopolítica e ideológica oficial, dominante en la actualidad. Tal postura, por cierto, ha sido perpetuada a lo largo de cinco siglos y ha cimentado la idea de superioridad de los pueblos de las Tierras del Oeste y sus descendientes sobre los *nativos* de las *Tierras del Este*, fomentando, a la vez, políticas de discriminación, exclusión y exterminio.

De acuerdo a la tesis defendida por «la voz de los vencidos», la existencia del *Libro del Mensajero* —que estaría

avalada por las *Crónicas* «apócrifas» de 1660— se ha negado insistentemente desde el siglo XVII para poder construir un poder ideológico y social que diera una posición aventajada a los «descubridores» (invasores) procedentes de las Tierras del Oeste frente a los *nativos*. Muchos autores de la época citaron en sus propios trabajos varios fragmentos de ese *Libro del Mensajero* supuestamente falso, permitiendo, al menos en cierta forma, su supervivencia. Precisamente fueron éstos los textos que recuperó el citado Puigcardé en 1895.

Además, las *Crónicas* «apócrifas» conservarían, en su segundo y tercer libro —el del *Guerrero* y el del *Heredero*— retazos de relatos que habrían sido intencionadamente borrados, adulterados o corregidos en la versión oficial de las mismas.

Miró los seis tomos *in quarto* que descansaban sobre su mesa y sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda y se le quedó en la base de la nuca. Con lo que acababa de leer, creía comprender el verdadero alcance que podía tener el encuentro fortuito de aquel «amasijo». Desaparecidos durante siglos, convertidos en un enredo de cordeles y papeles devorados por los escarabajos y los hongos, esos volúmenes habían sido, por algún motivo, disfrazados bajo un título falso y «perdidos» en un rincón de un archivo. Allí, gracias a la negligencia de muchos de sus colegas pasados y presentes, o quizás merced al sigilo de alguno de ellos, habían permanecido ajenos al interés, la curiosidad o la intriga de los ojos humanos. Y ahora, ahí estaban. Esperando a una lectora o un lector que descubriera sus secretos. Que resolviera una incógnita que había ocupado las páginas de muchos libros y las

horas de muchos investigadores durante siglos.

Temblando como las hojas de los chopos de su tierra natal, Isabel abrió nuevamente el primer tomo. Cuando consiguió despegar la portadilla que exhibía el título de la siguiente página, el techo de su habitación pareció desplomarse sobre su cabeza. Lo tenía delante:

EL LIBRO DL MĒSAXERO TLANĀHUATĪLAMOXTLI

Entonces *era verdad*... Aquel libro, el primer segmento de las *Crónicas* «apócrifas», *existía*. El hecho de que en su momento fuera calificado de falso, perseguido y destruido daba mucho que pensar. Tal vez, lejos de ser una invención falaz, revelase una serie de sucesos que desmitificarían la «Historia Oficial». Tal vez las *Crónicas* «apócrifas» fueran las verdaderas, las reales, la «copia completa» de aquella compilación original de 1560.

Dispuesta a escuchar las voces y las historias de sus personajes, se arrebujo un poco más en su sillón. No sentía ni hambre, ni suciedad, ni cansancio: sólo unas ganas locas de sumergirse en un universo de palabras que —como siempre le solía ocurrir cuando leía— probablemente la envolvería y la arrastraría lejos de las cuatro paredes de su habitación.

Por algún motivo recordó a su compañera, María, y esa «Teoría de

los Tiempos Paralelos» que le había mencionado en el Archivo. Y pensó que, en otro tiempo, en otra historia, ella no encontraba ese libro y todo seguía igual que siempre. Pero en este tiempo, en esta historia, ella se perdía en esos hechos que saltarían de un tiempo a otro, alternándose para narrar una línea de acontecimientos que, a tenor de lo apuntado por Deschamps, se iniciaba mucho antes de lo que se decía oficialmente.

Volvió a leer la página en donde ponía «El Libro del Mensajero». Y allí comenzó su aventura.

I

TOLEDO, 1972

Desde lejos llegaba el eco de las bocinas de los templos del casco antiguo.

El tiempo se había deslizado entre ella y el libro sin apenas ser sentido. La noche había avanzado y fuera las estrellas habían comenzado a girar por encima de Toledo.

Absorta en aquellas hojas, totalmente concentrada, volando a través de las palabras de los protagonistas y escribientes de las *Crónicas*, admirada ante las ilustraciones y los mapas, Isabel se había perdido en un mundo que había existido hacía siglos y ciclos pero del que nadie, tras tanto tiempo, tantas deformaciones y tantas mentiras, tenía noticias verdaderas. Una historia construida con las decisiones, las razones, las flaquezas y los errores de un puñado de seres humanos que, sin saberlo siquiera, estaban dibujando, paso a paso y momento a momento, el futuro de millones de personas. Una historia silenciada y negada durante años por la oficialidad, por motivos que la muchacha estaba cada vez más cerca de entender.

El texto la había atrapado por completo. Tomando el detallado relato de las *Crónicas* como base, la fértil imaginación de aquella veinteañera se las había arreglado para meterla en la narración de forma tal que había podido verla, sentirla, palparla, olerla y vivenciarla hasta en sus más mínimos

detalles. Cada palabra escrita la llevaba un paso más allá, y cuando por fin logró dejar de leer todavía podía sentir sobre su piel el salitre del aire costero cubano, el olor de la pólvora de Cádiz y las miradas de muchos de aquellos españoles, de uno y otro lado del océano. No, mucho de lo que había vivido mientras surcaba las páginas de las *Crónicas* no estaba señalado con tanta precisión en ellas. Pero ésa era la magia de la lectura: permitía revivir mundos muertos hacía edades a la medida del lector.

El viejo reloj de su mesa marcaba la segunda hora de la madrugada. Sólo podría descansar —si la excitación le permitía cerrar los ojos y conciliar el sueño— cuatro horas antes de levantarse y abordar las tareas domésticas de su rutina diaria. Aunque se pronosticaba muy difícil que en lo sucesivo su vida mantuviera rutina alguna.

Casi por instinto había comenzado un cuaderno de notas de tapas duras y papel tosco, en el cual había ido tomando apuntes; le costaba abandonar los «malos hábitos» de estudiante aplicada. De esa forma, todas sus dudas y todos sus descubrimientos habían ido quedando anotados: desde las características físicas del documento a datos paleográficos básicos, y desde listas de lugares a palabras en otras lenguas y hechos históricos. Aquél sería un buen punto de partida para posteriores búsquedas, pues si bien ella aprehendía bastante de aquel denso manuscrito, muchas ideas escapaban totalmente a su comprensión.

Y no había cosa que la hiciera sentirse peor que estar delante de un libro y no entender por completo lo que éste le decía.

Entre esos apuntes preliminares había incluido una característica peculiar del texto: así como los capítulos saltaban alternadamente de un periodo histórico a otro, también el idioma en el que estaban escritos variaba

del castellano a la Lengua Oficial. En las secciones escritas en esta última, Isabel encontró insertos largos fragmentos en español, así como extensas glosas que traducían determinadas partes de una a otra lengua. Curiosamente, a pesar de lo artificioso del recurso, la historia no perdía ningún sentido: por el contrario, parecía completarse.

Avanzando en su lectura, notó que el color de la tinta de esas traducciones al margen era similar al de los números de las páginas, y se preguntó si no habrían sido realizadas por el mismo puño. Como esas, muchas otras cuestiones quedaron plasmadas en aquella libreta, que acabaría siendo la primera de una larga serie.

Mientras se daba una ducha rápida, la joven iba programando sus próximos pasos. Para comprender y recomponer aquel rompecabezas de textos, documentos, fechas y lugares, iba a necesitar con cierta urgencia un mapa de las antiguas Tierras del Oeste en el ciclo I antes del Calendario Nuevo. Eso era el siglo XV del calendario juliano europeo, años más, años menos. Aunque el manuscrito ya contara, entre sus dibujos, con algunas cartas de navegación, Isabel había tenido problemas para seguir la ruta navegada por los expedicionarios del Fuerte de la Natividad. Por otro lado, era imprescindible que consultara una enciclopedia de las culturas de las Tierras del Oeste, en especial la taína y la itzá. Y quizás algunos diccionarios de idiomas le fuesen de utilidad, pues allí había muchísimas palabras ininteligibles en lenguas *nativas* como el portugués y el genovés, o como el hermético euskera. Quizás más adelante necesitara un libro de historia de Castilla y Aragón durante los siglos XV-XVI, y algo sobre la antigua ciudad de Cádiz... y... y...

Pero, por sobre todas las cosas, un nombre demandaría su atención:

Colón. Hasta donde ella llegaba a entrever, era una de las piezas fundamentales de todo aquel entramado. Cristóforo Colombo era un personaje casi mítico, del que no se sabía casi nada, y su viaje explorador —el último realizado por la Corona de Castilla y Aragón antes de las invasiones— se había convertido, con el paso de las edades, en sinónimo de locura y suicidio para la «Historia Oficial». Aun así, se había gastado mucha tinta en torno a él y a sus aventuras, especialmente por parte de plumas *nativas* que recuperaban la escasa documentación antigua existente y cierta tradición oral castellana, y que sugerían una interpretación muy distinta del papel jugado por aquel marino. Un rol de auténtico visionario. Isabel tendría que revisar un poco, e incluso retomar los hilos de una vieja historia familiar que había oído contar a su abuelo cuando era niña.

Pero eso sería en otro momento. Tras la ducha, su entusiasmo había dejado lugar a un cansancio profundo, un agotamiento de todas sus fuerzas. Aún con el estómago vacío, se tendió en su pequeño catre, soñando con los ojos abiertos con las extensas playas de Kosom Lu'umil.

Sin saber muy bien porqué, recordó un poema que había encontrado hacía años en una flaca y pobre *Antología de literatura nativa de los ciclos I al IV*, una edición bilingüe y comentada que rescataba, entre otras cosas, parte del acervo tradicional de la antigua tierra de Castilla. Era una de las pocas poesías conservadas del literato Francisco de Quevedo: unos versos que, dos siglos después de escritos, habían servido de bandera a algunos movimientos revolucionarios castellanos. Con ellos en mente se durmió.

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...*



Al día siguiente, Isabel empleó el descanso de media mañana para dirigirse al espacio de lectura comunitario del Archivo y hundirse en un ejemplar de una obra histórica crítica muy recomendada por los investigadores *nativos*: *Historia de los reinos de España*. Era un trabajo que había causado un gran revuelo por haber sido publicado solamente en lengua *nativa*, sin traducción a la Lengua Oficial, lo que provocaba mucho malestar en ciertos círculos de lectores y académicos. Además, a diferencia de otras «Historias de España», ésta había sido escrita por una *nativa* desde una perspectiva «nativista». No se trataba del habitual ensayo de algún historiador de la dominante clase «oficialista», ridículamente empeñado en contar su versión de los hechos a los propios protagonistas de los acontecimientos.

El libro se basaba en una recopilación exhaustiva de la antigua documentación sobreviviente a la destrucción tras las invasiones —que no eran llamadas, en ningún momento, «descubrimiento»— y en un análisis profundo realizado desde el punto de vista local. Había muchas reivindicaciones en esas páginas. Empleaba el calendario juliano —sin equivalencias al Calendario Nuevo ni siglas definitorias— los nombres originales de todas las Tierras del Este y muchos conceptos y términos que la historiografía oficial negaba, olvidaba o no aceptaba como «válidos», «académicos» o «políticamente correctos».

Isabel encontró abundante información útil referente a su tierra a finales del siglo XV y principios del XVI. Para su deleite, lo que leía confirmaba algunos aspectos que había entrevisto en la inmensa historia

contada en las *Crónicas*. Otros le resultaron completamente nuevos, y sobre ellos tomó las siguientes notas:

España acaba de salir, hace menos de tres décadas, de un dilatado conflicto bélico contra los últimos ocupantes árabes de la península (1492). Las propias tensiones internas son muy fuertes y se notan especialmente en Navarra (incorporada a la Corona de Castilla tras una larga guerra civil, en 1512) y en Cataluña (incorporada a la Corona de Aragón en 1469, tras una lucha semejante). Es un país agotado, empobrecido, mayoritariamente analfabeto, con diferencias sociales muy marcadas y una presencia muy significativa del cristianismo en cada aspecto de la vida diaria. La fe católica es la ideología del reino y la intolerancia llega a niveles abrumadores. El tremendo odio hacia los semitas conduce a la creación del Tribunal del Santo Oficio (Inquisición), a la expulsión de judíos (los *sefardíes*) en 1492 —incluyendo entre 50 y 150 mil conversos en Cataluña y Baleares, muchos de ellos banqueros— y al alzamiento de los moriscos en 1500 por las duras políticas de conversión, que llevaría a su expulsión en 1502. Aun así, 400 mil moriscos «conversos» quedaron dentro de las fronteras de Castilla y volverían a rebelarse a lo largo del siglo XVI.

El bajo clero europeo es ignorante y ambicioso. Vende bautismos, sacramentos e indulgencias. Tal es así, que el Obispo de Basilea suplica a los sacerdotes de su diócesis que «no ricen sus cabellos, no se dediquen al comercio en la Iglesia, no vendan

bebidas o caballos, no adquieran objetos robados...». Las bulas pontificias ofrecen el perdón eterno de todos los pecados y las Puertas del Paraíso a quienes cuentan con el suficiente dinero para comprarlas. Precisamente el comercio de indulgencias y de «reliquias de santos» es una de las razones que motivan la rebelión del monje Martín Lutero en los estados germanos. El pueblo, entretanto, cree en santos y supersticiones católicas. Los obispados y diócesis se compran a un Papa que viste armadura y dirige ejércitos (Julio II, 1510).

España es un país atrasadísimo en comparación con Flandes o Italia en la misma época. Cuando el reino recién despierta culturalmente, Leonardo da Vinci y Raffaello Sanzio ya han muerto, dejando un legado inmortal, y Michelangelo Buonarroti pinta y trabaja para los Medici. Algo similar sucede con figuras de la talla de Albrecht Dürer y Lucas Cranach en el norte europeo.

Devolvió el libro a la responsable de la sala y regresó a los depósitos subterráneos de «reliquias y antiguallas» con su cuaderno en la mano y un sabor amargo en la boca. Las últimas frases de su lectura le habían traído a la memoria las imágenes de las obras maestras de Leonardo y Rafael. Eran una parte valiosa de su cultura, pero se exhibían desde hacía siglos en los más importantes museos capitalinos de las Tierras del Oeste, a miles de leguas de los lugares en los que habían sido creadas, pintadas o esculpidas. Estaban lejos de las manos de sus herederos, de las personas a las cuales pertenecía ese

legado y esa memoria por derecho propio. Todo ello, por supuesto, estaba avalado por el discurso de que dichas obras eran «patrimonio de todos».

Había días en los que el mundo le dolía y en los que su piel y su origen eran una enorme cicatriz abierta que la cubría toda. Mientras se ataba su pañuelo sobre el rostro presentía que esos días, de allí en más, se multiplicarían hasta volverse insoportablemente habituales.



Durante el almuerzo se buscó un par de tortillas. Le desagradaba comer *tlazcla*, comida rápida extranjera, pero en aquel momento era lo más práctico. En el mostrador de la Colección Principal pidió uno de los tomos de la *Enciclopedia de los Pueblos y Culturas de las Tierras del Oeste*, un ambicioso tratado sobre las historias antiguas y recientes de las etnias del otro lado del mundo. Estaba escrito en Lengua Oficial: allí no había espacios para el tan mentado bilingüismo o para el pluriculturalismo. Con el pesado ejemplar y su tentempié en la mano, bajó al depósito para pasar la siguiente hora inmersa en su lectura y sus notas. De la entrada «Taínos», bajo la subsección «Historia antigua», tradujo al castellano un párrafo que describía un hábito ya universal.

La costumbre de fumar *tabaco* fue adquirida por las gentes de las Tierras del Este a través de los *taínos*, aunque tal práctica fuera común en muchas áreas de las Tierras del Oeste, en especial en contextos religiosos: dosis altamente concentradas de infusión de *tabaco* componen un alucinógeno muy fuerte.

Originalmente, los *taínos* enrollaban las hojas del *tabaco* —secas y curadas— formando macizos atados (que llamaban *cohiba*) que bien fumaban directamente o mediante tubos de madera conocidos como *tobago* o *tabago*. De ahí procedería la palabra actualmente vigente a nivel internacional para designar tales hojas, aunque otras teorías afirman que el origen de dicho término es árabe y se referiría a ciertas hierbas medicinales.

Aquella entrada particular contenía numerosos términos de la lengua taína que habían quedado incluidos para siempre en otros idiomas del mundo: huracán, tiburón, barbacoa, macuto, maíz, colibrí, caimán... Por la propia naturaleza del texto, allí se recogía con mucha más claridad parte de lo descrito en las *Crónicas*. No obstante, Isabel seguía prefiriendo las aventuras de los expedicionarios hispanos por tierras de Haití y Cuba a las definiciones de una enciclopedia.

—¿Qué lees?— la interrumpió María, que volvía inusualmente temprano de su hora de comida.

—Un par de cosas sobre los taínos— contestó Isabel, terminando de tomar apuntes.

—Hmmm, taínos...— suspiró su compañera, como si la palabra le evocara sensaciones insospechadas. —Tengo una amiga que piensa casarse con un chico taíno.

—¿Ella es de aquí?— inquirió Isabel.

—Ajá... De Madrid. El muchacho tiene mucho dinero. ¡Imagínate! Su padre es uno de los mayores productores de tabaco del mundo. Y ya sabes

que en aquel lado del mar es donde están el poder y la riqueza. No es mal partido el de mi amiga, no...

Isabel no respondió. Pero se dijo a sí misma que no, que no era mal partido, sobre todo para alguien que había nacido en el lado «equivocado», el históricamente *perdedor*. Se arrepintió de la idea apenas la hubo formulado: había caído, sin quererlo, en el tópico maniqueo de «buenos y malos», «vencedores y vencidos», «sociedad dominada y dominante», «*nativos* y *no nativos*». Y, sobre todo, había recaído en otro tópico, uno que positivamente le repugnaba: el tan trillado «desdichados de nosotros, los *nativos*, las pobres víctimas».

En verdad aún pesaba una discriminación muy notoria sobre su pueblo. A ello contribuía, en cierta forma, la existencia de un montón de estereotipos, de otras tantas percepciones erróneas, de diferencias culturales profundas y de no pocos intereses creados. Un número alarmante de injusticias se cometían casi a diario, atropellos que no eran subsanados en absoluto y se sumaban a las cuentas que quedaban pendientes con el pasado. Pero también era necesario reconocer que tras tantos siglos de convivencia — y a pesar de las decenas de conflictos violentos vividos durante ese periodo— muchas personas ya no paraban mientes en colores de piel, lenguas, costumbres u orígenes. Por otro lado, era preciso señalar que algunos *nativos*, aprovechándose de su situación social claramente desfavorable —la cual, si bien era la usual, no era la obligatoria— se colocaban hipócritamente el disfraz de *vencidos* para «hacerse las víctimas», atormentar conciencias ajenas, reclamar «deudas históricas» y conseguir así notoriedad política, beneficios económicos o, al menos, alguna portada en los medios de comunicación más sensacionalistas. Todas esas actitudes, lejos de perseguir el interés colectivo de su pueblo, solamente buscaban el provecho propio.

No, el mundo no era tan sencillo como para andar emitiendo juicios a la ligera. Isabel se avergonzó íntimamente de su pensamiento inicial. A modo de autodisculpa, pensó que su propia historia familiar y personal en el lado *nativo* —una cadena desafortunada de malas experiencias— la llevaba a veces a reaccionar de forma radical, con mucha rabia y mucho odio. Sólo el que se había encontrado en esa posición de debilidad, de impotencia y de desigualdad ante el dominio ajeno podía llegar a entender que la razón no siempre se atiende, y que la pasión a veces inflama las acciones y las hincha de arbitrariedad.



Antes de volver a su corrala —a ella le gustaba llamarla así, usando el vocablo antiguo— se puso en contacto con su familia en Buitrago para avisarles que pasaría con ellos los dos días libres que le correspondían cada semana. Había algunas cosas que quería preguntarles, aprovechando su excelente memoria. Luego, cruzando el puente de Alcántara, corrió hasta su rincón a las afueras de Toledo, se dio la ducha de rigor y, mientras se preparaba unas migas —ese socorrido plato tradicional típico de pastores— y una sopa caliente, echó una ojeada superficial a los libros que había pedido en préstamo en el Archivo. Por un lado, había un «atlas» con diseños coloreados que le permitirían seguir los avatares de los protagonistas de las *Crónicas* sobre un horizonte mucho más detallado que el que aparecía bosquejado en las cartas del manuscrito; por el otro, una *Guía histórica de Cádiz* que le facilitaría la labor de entender —si ello era posible— la antigua estructura de la ciudad portuaria. Ambos estaban escritos en Lengua Oficial, pero aquello no era más que un pequeño inconveniente para ella: habían

dejado de importarle los medios para preocuparse sólo por los fines.

Al tiempo que cenaba, revisaba los mapas y tomaba notas. Gracias a que era ambidiestra, alternaba fácilmente pluma y cuchara, una costumbre que en su casa natal hubieran condenado a gritos pero que allí, en su habitación, era tan válida como cualquier otra. Dibujaba las siluetas de islas y puertos, de ciudades y continentes, y hacía marcas provisionales sobre accidentes geográficos destacados que creía haber encontrado en los manuscritos de las *Crónicas*. Masticando aún el último bocado, dejó los platos y cacharros sobre el fregadero de loza del que disponía su cuarto y se dedicó a completar algunos apuntes sobre la Cádiz antigua.

Mucho de lo ojeado corroboraba la información que aparecía en las *Crónicas*. A decir verdad, en ocasiones la repetía casi literalmente. Antes de continuar con ellas —dedicaría toda la noche, hasta que se le cerraran los ojos, a aquella tarea que le hurtaría el sueño a medida que transcurrieran los días— consultó los volúmenes de una modesta enciclopedia en castellano que tenía en sus anaqueles. Con ella en mano se quitó una duda, y acto seguido copió en su libreta:

Horas canónicas

Se trata de una división del tiempo empleada en la Europa del medioevo, en las regiones cristianas, que seguía el ritmo de los rezos religiosos en los monasterios. Eran maitines (medianoche), laudes (tres de la mañana), prima (primera hora tras la salida del sol, aproximadamente las seis de la mañana), tercia (las nueve de

la mañana), sexta (mediodía), nona (las tres de la tarde), vísperas (las seis de la tarde) y completas (las nueve de la noche).

Solucionado ese pequeño detalle, Isabel se enfrascó de nuevo en las historias de las *Crónicas*, las cuales, imitando el movimiento de la lanzadera en un telar, tejían un relato que zigzagueaba a través de dos épocas. De esa manera complicada y fascinante habían sido compilados el *Libro del Mensajero* y sus dos compañeros.

El reloj marcaba la novena hora de la noche. En su cabeza, atónita por tantas novedades, eran más las preguntas e incógnitas que bullían sin descanso que las respuestas.

II

TOLEDO, 1972

Apenas había soltado la pluma, imbuida en la lectura de los primeros capítulos de *El Libro del Mensajero*. Una palabra destacaba entre todas las que había anotado esa noche, rayada en negro varias veces, envuelta en un círculo y escrita en mayúsculas en su libreta.

Era un apellido. «Balmaceda».

Coincidía con el suyo y pertenecía a uno de los actores de ese drama que se desarrollaba en su poderosa imaginación mucho más rápido que lo que dictaban las letras del manuscrito. Sus pensamientos volaron a algún momento de su infancia, a alguna noche de tertulia con su familia alrededor de la mesa: chuscos de pan, aceitunas, lonchas de jamón y queso curado sobre los platos, viejas memorias y auténticas historias de antaño suspendidas en el aire... Su abuelo paterno había contado, oculto tras el humo de su pipa, que su abuelo le había contado que su abuelo contaba que, en los tiempos antiguos, poco antes de las invasiones, un Balmaceda de las tierras andaluzas —de la zona de Medina Sidonia, de la cual provendría ese apellido originalmente— se había embarcado en un viaje por mar hacia el oeste a las órdenes de un tal Colón. Isabel trató de atar cabos: ahí estaba de nuevo aquel marinero audaz que quiso probar suerte y desafiar las convenciones de su época para descubrir una ruta occidental hacia las entonces llamadas «Indias». La

expedición nunca había regresado: de hecho, había sido el último intento de los reyes hispanos por cimentar su poder en los océanos, en abierta competencia con el antiguo reino de Portugal, tal y como ella había podido averiguar al consultar las páginas de la *Historia de los reinos de España*.

No era de extrañar que aquel viaje hubiera adquirido tintes míticos. Nadie sabía qué había sido realmente de las naves y la tripulación. En el imaginario popular aún flotaban muchas incógnitas. ¿Encontraron las Tierras del Oeste? ¿Se quedaron allí? ¿O murieron todos sin alcanzar la otra orilla? Y si así ocurrió, ¿cómo fue? ¿Una tormenta? ¿Un hundimiento? ¿El hambre y la sed? Lo único cierto es que hacia el año juliano 1502 —al menos esa era la fecha que ofrecía la autora de *la Historia de los reinos de España*— la Corona hispana pagó a las familias de los marineros perdidos los haberes adeudados a éstos, dineros que evidentemente ya no iban a ser cobrados por los interesados tras diez años de ausencia y silencio. Isabel hurgó en el pasado para rescatar la narración de su abuelo. Según él, la cédula real que concedía dicha renta a los familiares de aquel Balmaceda —unos once mil maravedíes, piezas más, piezas menos— pasó de generación en generación, rememorando el valor de ese muchacho que había saltado hacia el vacío de lo imposible, buscando quizás un nuevo horizonte de posibilidades. Con el paso del tiempo el documento se extravió, pero la historia —una de las pocas curiosidades familiares dignas de ser recordadas— se convirtió en una especie de leyenda para el clan de los Balmaceda.

Quizás en su casa de Buitrago alguien pudiera evocar para ella ese relato. No podía ser una simple casualidad: aquel antecesor familiar tenía demasiado en común con el hombre que aprendía palabras itzáes en una isla perdida del Mar Central, o Caribe, o como se llamase. Cerró el pesado volumen y fue a cepillarse los dientes en su diminuto cuarto de baño. Al

terminar de enjuagarse, esbozó una tímida sonrisa. Bien pensado, las curiosidades familiares no eran tan pocas: uno de sus tíos, el único hermano de su padre, tenía buenos conocimientos sobre el movimiento etiquetado por la *oficialidad* como «la voz de los vencidos». Él decía que había leído mucho sobre el tema, pero ella estaba segura de que sabía más que los libros. Con un poco de suerte podría sacarle algo sobre las bases históricas y teóricas que sustentaban los reclamos de tal movimiento *nativo*.

Isabel siguió absorta en sus propias cavilaciones. Había cosas que no le cuadraban en absoluto cuando comparaba la «Historia Oficial» con la que se narraba en el *Libro del Mensajero*. Si Colón había llegado a las Tierras del Oeste, si había encontrado —e incluso nombrado— un buen puñado de las islas que se hallaban en aquel lado del mundo, y si había dejado gente allí, en el Fuerte de la Natividad... entonces sus barcos habían tenido que perderse durante el viaje de retorno. Aunque semejante expedición hubiera sido una locura, aquel navegante no habría sido un insensato sino todo un visionario, un verdadero emprendedor arriesgado. *Había encontrado tierras al otro lado del mar*. De haber regresado a España, se hubiera convertido en un héroe para su gente, recordado por ellos a través de los ciclos y siglos. Pero no lo hizo, y fue relativamente sencillo relegarle al panteón de los fracasados y dejar que su aventura cayera en el olvido. Pese a todo, algunos autores, en su afán por sacar a la luz los numerosos capítulos que faltaban de una historia inacabada, ya habían señalado —basándose en las tan mentadas *Crónicas* «apócrifas»— que Colón habría dado con la ruta hacia las «Indias». Isabel ya no albergaba dudas sobre porqué ese dato se había ocultado persistentemente: desde esa perspectiva, la fantástica «Historia Oficial» del «descubrimiento» de Europa se caía a pedazos.

Por otro lado, si los relatos de Escobedo —y de esos otros cronistas

cuyos nombres seguía sin conocer— habían llegado a Sevilla para ser compilados en los tomos de las *Crónicas* en 1560, debieron existir contactos, información y acontecimientos que luego se ocultaron por motivos nada claros. A esas alturas, y aunque de momento no albergara más que sospechas, no le extrañaba que la «Historia Oficial» negase la existencia del *Libro del Mensajero*, y que las voces disonantes *nativas* lo reivindicasen. Había muchos misterios e intereses contrapuestos detrás de las palabras que estaba leyendo en aquel manuscrito. Pero esperaba dar con alguna verdad a lo largo de su lectura.

Vencida por el cansancio, la joven se miró al espejo y descubrió, en el rostro reflejado enfrente suyo, dos profundas ojeras bajo un par de ojos castaños, enrojecidos por la escasa luz y la excesiva lectura. Estaba realmente agotada y sopesó la idea de no ir a trabajar al día siguiente y avisar de que no se sentía bien. Nunca había hecho aquello antes y consideraba que en el Archivo nadie le pondría objeciones, sobre todo porque no estaba mintiendo. Quizás podría levantarse temprano, hacer llegar la noticia al Archivo y seguir descansando hasta tarde. Luego de un sueño reparador, tal vez se despertara con mejores ánimos... y una cara más presentable.

Si conseguía recuperar fuerzas debidamente, hasta podría ir al Museo de Armas que estaba ubicado en el antiguo Alcázar, un edificio memorable — aunque no imponente— todavía en pie a pesar de las muchas batallas y los numerosos cambios que se habían sucedido a su alrededor. En su interior podría recabar suficientes datos sobre arcabuces, espadas, cuchillos, cañones y otras hierbas, algo que no le vendría mal para cuando volviese al escenario de combates en el que había detenido su lectura.

Con esos proyectos en mente, se derrumbó en su catre y se durmió profundamente.

En sus sueños, una voz masculina susurraba «*ez dok hamahiru*». Y una niñita de oscuros ojos rasgados, con una caracola roja pendiendo de sus cabellos, le preguntaba cómo se llamaba.



Las cosas habían salido mejor de lo planeado. Pudo faltar al trabajo aquel último día laboral de la semana —sin mayores consecuencias que un regaño de su jefa por cuidar poco de su salud y un sinfín de recomendaciones bienintencionadas— y a primeras horas de la tarde se dirigió al Museo de Armas del Alcázar.

Nunca antes había entrado allí. A decir verdad, aquellas herramientas concebidas para sembrar muerte y cosechar vidas no le provocaban la más mínima curiosidad. Contraria a la guerra y a toda clase de violencia, al ver esos instrumentos exhibidos en vitrinas Isabel no pudo evitar pensar en cuántos latidos habrían apagado cuando aún se utilizaban. Pero se dijo que en aquel momento la suya era una tarea de investigación, y que debía poner a un lado sus sentimientos e intentar recaudar la mayor cantidad posible de información práctica. El museo contaba con salas amplias, una pequeña biblioteca especializada en temas bélicos y un mirador precioso, situado en una de las torres del Alcázar. Desde él podían atisbarse los tejados de Toledo, el campanario de una de las pocas iglesias que habían perdurado después de las invasiones, las cúspides de la media docena de templos de dioses extranjeros erigidos en el mismo periodo sobre los restos de valiosos edificios

medievales, y la curva del río Tajo rodeando por completo aquel sector del casco antiguo de la villa.

Si bien se había preparado una lista de elementos sobre los que debía indagar, su mayor interés se enfocaba en el arcabuz. Había oído hablar de él, pero hasta que se le apareció en las *Crónicas* ni siquiera podía imaginarse cómo funcionaba. Incluso después de leer el manuscrito, todavía le resultaba difícil entender el accionar de aquel endemoniado artilugio. Dejó el resto para más tarde y buscó la sala de armas de fuego primitivas. Un extenso sector de la pared estaba ocupado por vitrinas que alojaban arcabuces y mosquetes de todos los tamaños y estilos. Isabel se paseó ante ellos, observando detenidamente el perfil de los tubos de hierro, los detalles de los serpentines y cazoletas, el desgaste de los mochos de madera, la curva de los gatillos... Trató de imaginar el ruido, el humo y el olor que debieron desprender esas armas al ser disparadas, y recordó las situaciones de caos y muerte en Cádiz que había revivido a través del *Libro del Mensajero*, donde los arcabuces desempeñaron un papel nada despreciable. Sacó el cuaderno y comenzó a tomar apuntes mientras mascullaba por lo bajo algún comentario desdeñoso sobre el hecho de que los paneles explicativos, como de costumbre, estuviesen redactados sólo en Lengua Oficial.

El que tenía más cerca mostraba algunas ilustraciones que pertenecían, con toda seguridad, a antiguos tratados bélicos castellano-aragoneses de principios del siglo XV juliano. Lo más probable es que fueran grabados, xilografías tal vez. Continuó desplazándose por aquella habitación hasta dar con el siguiente panel, mientras miraba los caños de los arcabuces expuestos. ¿Alguno de esos habría sido alzado en Cádiz? ¿Quizás después, en aquella etapa histórica en la que el infierno parecía haberse desatado con todos sus horrores?

Ensimismada en sus pensamientos, se detuvo ante otra plancha informativa.

La carga del arcabuz

El proceso de carga del arcabuz era lento y necesitaba de un accionar mecánico por parte del soldado. En primer lugar se fijaba la *mecha* —que debía tenerse encendida previamente— en el *serpentín*. Luego se colocaba el arma en posición vertical y se dejaba caer por la boca del *cañón* la cantidad justa de pólvora. Tras ella iba un trozo de papel o de trapo, llamado *taco*. Después, el conjunto era fuertemente «atacado» con golpes de *baqueta*. Tras el *taco* se introducía la *bala*. Unos firmes golpes de *baqueta* dejaban compacto el conjunto de pólvora, *taco* y *bala*. Hecho esto, el arcabucero realizaba la operación de «cebado». Ésta consistía en llenar con pólvora fina el *oído* y la *cazoleta*. Una vez concluido este último paso, el arcabuz estaba listo para ser disparado, por lo que, si no se lo iba a usar de inmediato, era conveniente tapar la *cazoleta* con la *cobija* o *teja*. Antes de emplear el arma, el arcabucero buscaba su objetivo entre las líneas enemigas. Soplabla la *mecha* para avivarla, retiraba la *teja* que tapaba la *cazoleta* y apretaba el largo *disparador* o *gatillo*.

Además de sacarse varias dudas sobre el castellano antiguo empleado en el *Libro del Mensajero*, Isabel ya tenía las claves para reconstruir algunas de sus escenas: el primer fogonazo de la *cazoleta*, el segundo saliendo del cañón, la bala disparada y las dos volutas espesas flotando ante el rostro

tizado del arcabucero. Un nuevo panel aclaratorio agregaría algunos elementos con los que completar el cuadro de forma más realista.

El arcabuz en el campo de batalla

A principios del ciclo I CN (siglo XVI CJ) el arcabuz era un elemento imperfecto usado específicamente para derribar caballería e infantería dotada de corazas y armaduras, una tarea complicada para armas como la *ballesta* o el *arco*. Su manejo presentaba una serie de inconvenientes. Orificios como el *oído* solían obturarse, y los residuos que quedaban en el *cañón* podían inutilizar el arma. El humo provocado por los disparos dificultaban la visión y el retroceso del arma, brutal, podía dislocar un hombro. El arcabuz fallaba uno de cada cuatro disparos. Escritos de la época señalaban que para matar a un enemigo era necesario dispararle *siete veces su peso en plomo*. En la práctica, no permitía más de dos o tres disparos por minuto. No sólo la trayectoria de la *bala* era imprecisa sino que apuntar bien era prácticamente imposible. El alcance efectivo de los proyectiles era de noventa pasos: disparar a mayor distancia equivalía a desperdiciar munición. Por ello la táctica más común entre los batallones de arcabuceros era la de tirar a corta distancia desde y hacia formaciones cerradas.

Isabel fue entonces capaz de comprender mucho de lo que había leído en los libros de historia de su infancia y juventud. Durante las invasiones del siglo XVI, numerosos combates se habían dirimido empleando armas de

fuego para destrozos masivos y saetas para decidir la batalla. Definitivamente, aquellas bestias asesinas del Oeste habían sacado el mejor de los partidos a todos sus recursos armamentísticos.

La muchacha continuó caminando distraídamente por las salas en las que se exponían las armas blancas: deslumbrantes espadas roperas con cruces de gavilanes finos y guarniciones de cazoleta, concha o lazo; espadas bastardas o de «mano y media»; «dagas de riñones», montantes de cruceta «de García de Paredes», mandobles descomunales, estoques, puñales, cuchillos, picas, lanzas, hachas, mazas, alabardas... Toledo había sido la enorme fragua en la que se habían forjado los mejores aceros de los reinos castellanos de antaño. Su fama llegó a tal extremo que muchas espadas eran llamadas «toledanas», sin más, como si se tratara de una identidad que daba el propio metal, blanco y filoso.

Optó por aplazar para más adelante la visita a la otra mitad de la exposición, ocupada por los cañones, y echó a andar hacia la biblioteca. Por el camino se cruzó con un grupo de visitantes liderados por un joven guía que enumeraba algunos detalles sobre las espadas y su empleo. Isabel aminoró su paso para poder escuchar un poco.

—No eran armas pesadas, como se cree popularmente— comentaba el muchacho —ni estaban llenas de adornos y joyas, al menos las que se utilizaban en combate, aunque había ejemplos de espadas muy lujosas, que lucían los nobles en recepciones y desfiles, como ésta de aquí— decía, señalando una vitrina. —Además, no todos los soldados o combatientes tenían espada, ya que era un arma cara. No eran indestructibles, ni podían cortar cualquier cosa, como cree mucha gente: tenían el filo obtuso y grueso, para no perderlo al primer golpe, y estaban diseñadas para cortar la carne,

pero pocas podían abrir brecha en una cota de mallas remachada, y eran escasas las que mellaban una coraza de placas.

—Los combates serían largos, ¿no es cierto?— preguntó un visitante.

—En absoluto— respondió el joven. —Eso es un mito más. En una batalla, no duraban sino unos pocos segundos, los que se tardaba en lanzar uno o dos golpes. Si éstos resultaban insuficientes para derrotar al enemigo, era probable que los del adversario tuvieran mejor fortuna. Únicamente en los duelos, por una cuestión de vanidad de los combatientes, la lucha se prolongaba más.

Dejó aquella voz atrás y, tras atravesar una estancia en la que podían admirarse las armas usadas por los invasores en el siglo XVI, entró en la biblioteca. Catalogando su colección trabajaba como «pasante» una amiga suya, a la que saludó con un guiño cómplice. Revisó algunos armarios y encontró un puñado de viejos tratados sobre cómo blandir las hojas de metal que acababa de ver de manera que hicieran su trabajo de forma pulcra y, si era posible llamarlo así, artística. Eso se decía de la esgrima. Se la calificaba de «arte». «El arte de acuchillar al prójimo con estilo, de manera eximia y delicada» definió Isabel para sí. Allí estaban *De la Philosophia de las Armas* de Don Jerónimo de Carranza, el tratado de Maestro Pedro de la Torre, el de Francisco Román... Todos ellos eran ejemplares que se habían dado por perdidos, pero que terminaron siendo hallados en los depósitos del Archivo en donde ella trabajaba. Sonrió. ¿Cuántos tesoros quedarían aún por descubrir?

Recordando su propio manuscrito, decidió que era hora de volver a la corrala. Necesitaba ordenar sus notas y apuntes. Pero además tenía algunas faenas domésticas pendientes que requerían de su atención inmediata. Al

menos, si no quería ver su cuarto convertido en una porqueriza.

Sobre el Alcázar caía la noche. Allá abajo, el Tajo lamía el borde de la ciudad como hacía siglos, con su enorme curva de agua oscura murmurando secretos.



Los dos pedazos esquinados de pared en los que se apoyaba su mesa de trabajo habían quedado convertidos en un verdadero *collage* de recortes de papel, dibujos, mapas y anotaciones. Sobre la propia mesa descansaban su tercer cuaderno de apuntes —ya había dejado dos sin hojas limpias— y los seis tomos de las *Crónicas*. Había organizado todas sus herramientas de trabajo en aquel rincón y se sentía satisfecha, a pesar de que la noche ya había avanzado y todavía no se había preparado la cena, ni se había duchado, ni había limpiado un poco su cuarto, ni fregado los cacharros del día anterior, ni lavado su ropa sucia. Definitivamente era hora de dedicar un poco de tiempo al descanso y a las tareas más apremiantes, lo cual, para su disgusto, significaba que debería retrasar su visita a Buitrago.

Un rato más tarde, refrescada por un baño rápido y con un cuenco de patatas y habichuelas guisadas humeando entre sus manos, se sentó a su escritorio y perdió la mirada en la pared que tenía delante de sus ojos. De ella colgaban un pequeño mapa de la isla de Kosom Lu'umil, otro de Cuba, y un esquema de la región de Andalucía, sus puertos, ríos y ciudades en el siglo XVI. Además, una miríada de papeles pegados con adhesivo al muro mostraban palabras en lengua maya-itzá-yucateca, listados de animales y

plantas poco familiares, un catálogo cada vez más extenso de vocablos que tenían que ver con la navegación y los barcos, relaciones de productos vegetales y minerales valiosos originarios de las Tierras del Oeste, una cronología de la historia de la antigua Europa entre los siglos XV y XVI, preguntas, información por buscar, bibliografía obligatoria, más preguntas y algunos dibujos de los arcabuces que había realizado esa misma tarde, nada más regresar del museo.

Sobre todo ello destacaban, en letras grandes, algunas citas que la muchacha había copiado literalmente, respetando las grafías antiguas del castellano empleadas en las *Crónicas*. Eran fragmentos y glosas traducidas de cada capítulo que aludían a los hechos centrales del mismo. El primer extracto decía:

«E quando súpose en Cádiz de los quentos e mormoraciones que ciertas tripulaciones truxían sobre una flotilla de cientos de naos e carabelas e urcas, que dezían de venir del Occidente, fuertes chanzas e risotadas se lançaron sobre una que parecía tan grande mentira e falsedad. Mas por Ntro. Sñr. que no lo había sido».

Esas palabras habían sido apuntadas hacía siglos por escribas que intentaban salvar del olvido historias propias y ajenas. Puede que en algún momento, al hilo de las líneas seleccionadas por Isabel, se pudiera reconstruir el devenir de sus protagonistas: de momento allí estaban, observándola desde el muro encalado de su cuarto.

Los tomos antiguos eran una atracción demasiado fuerte como para

ser resistida. La llamaban silenciosamente. La invitaban a seguir hojeándolos, a perderse de nuevo entre sus páginas, a desentrañar mundos desaparecidos hacía ciclos, a permitir que se desplegasen frente a ella y le narrasen pequeños y grandes acontecimientos. Allí estaban, con sus hermosos dibujos de extraño estilo, con sus planos y cartas. A pesar de todas las obligaciones que la reclamaban, abrió aquel primer volumen nuevamente y se dejó encadenar por la lectura. «Arrastrada por la tentación...» murmuró para sí a modo de disculpa.

III

TOLEDO, 1972

Habían transcurrido varios días desde que finalizara el primero de los tomos de las *Crónicas*. Durante ese tiempo, además de dar salida a aquellos asuntos que ya no podía postergar, había invertido cierto esfuerzo en documentarse sobre un puñado de temáticas que no le resultaban precisamente familiares.

Era el tercer día laboral de la semana y la muchacha pasaba la hora del almuerzo en el depósito del Archivo, como venía haciendo desde un par de semanas atrás. Provista de algún tentempié, deslizaba con agilidad la pluma sobre su enésima carpeta de apuntes. En aquel momento estaba transcribiendo algunos párrafos de *Historia del pueblo maya*, un voluminoso ejemplar escrito por varios especialistas de las Tierras del Oeste y editado en

Chichén Itzá a principios de la década de 1960. Incluía referencias, mapas, cronologías completas, ilustraciones, glosario, un pequeño diccionario multilingüe, y un listado bibliográfico que la dejó boquiabierta y que hubiera mareado a muchos investigadores avezados.

Antes ya había dejado terminado un pequeño esbozo de las antiguas creencias mayas, aunque no estaba muy segura de si efectivamente eran tan «antiguas». Debería confirmar ese dato, que no figuraba en el texto que consultó: *Religiones clásicas de las Tierras del Oeste*, publicado en Lengua Oficial y firmado por un tal «R. Dzabal».

La religión maya clásica incorporaba un extenso panteón de divinidades de diversa índole, respondiendo casi todas a necesidades básicas de los hombres y a elementos de la naturaleza. Se establecía así un pacto mutuo según el cual los dioses garantizaban la protección de las cosechas y el bienestar de los hombres y éstos realizaban ayunos u ofrendas, que consistían en alimentos (principalmente maíz), la propia sangre (de orejas, nariz, brazos o genitales) y, en especial, resina de copal (*pom*). Las influencias mexicas introdujeron los sacrificios humanos, ya sea en el altar (extracción del corazón) o en los famosos *cenotes* (enormes pozos de agua naturales) como el de Chichén Itzá, a los cuales se arrojaba oro y copal, así como víctimas humanas. Cháak, el señor de la lluvia, era una divinidad estatal central en los tiempos clásicos, pero más tarde predominaría el culto a Kukuulkaan (la serpiente-quetzal o emplumada) y a la deidad tolteca Tlahuizcalpan Teuctli (el señor de la tierra del alba).

Las creencias populares estaban muy vinculadas a las tradiciones domésticas, al culto a las almas de los muertos y al respeto y temor a los numerosos duendes del bosque y los campos. Es el caso de las *ix táabay*, que de día eran *ya'axche'* o ceibas del bosque, para convertirse en bellas mujeres de oscuros propósitos por la noche.

No era la primera vez que Isabel leía sobre esos seres mágicos: el *Libro del Mensajero* también los mencionaba, así como ciertas comidas y productos agrícolas con los que volvió a tropezarse en un tomito de divulgación titulado *La cultura maya*. En su cuaderno tenía anotado:

La dieta maya se basaba en cuatro productos primarios: el maíz (*ixi'im*), las calabazas (*k'úum*), las judías (*bu'u*) y el chile (*iik*). Los cuatro se complementaban, proveyendo todos los nutrientes necesarios para el ser humano. El maíz era el ingrediente principal de todas las comidas mayas (y todavía hoy continúa siendo parte importante de ella), además de figurar en la mitología e ideología de ese pueblo. Con el maíz se confeccionaban tortillas (*waah*) acompañadas de otros alimentos, o bien tamales (*to'obil holo'och*, masa de maíz rellena de carne o verduras, envuelta en una de las hojas que cubren la mazorca y cocida al vapor). Además se preparaba atole (*sa'*) y pozole (*k'eyem*), bebidas que podían tomarse a todas horas, y que en la actualidad se consumen a nivel internacional (y se conocen por sus nombres en náhuatl).

Incapaz de traducir algunos términos al castellano, dado que no existían equivalentes para ellos en su lengua natal, la joven se percató entonces de hasta qué punto los préstamos lingüísticos se habían infiltrado en su propio idioma: «tamales» y «chile», por ejemplo, eran palabras náhuatl castellanizadas. Precisamente para ampliar sus conocimientos sobre distintos idiomas, dos días antes había estado revisando algunos volúmenes de la *Enciclopedia Universal* del Archivo. Entre las entradas de esa obra había seleccionado las de las lenguas itzá y yucateca. Así se enteró de que la primera había desaparecido y de que la segunda, hablada por más de sesenta millones de personas, se caracterizaba por el uso de consonantes glotales y tonos y se escribía en alfabeto latino, aunque el empleo de los ancestrales jeroglíficos continuara vigente.

Su investigación se vio beneficiada con el hallazgo de un trabajo — con el insulso título de *Los Mayas*— que, a pesar de su aspecto vulgar y anodino, explicaba en sus apéndices finales la estructura de los nombres de aquel pueblo.

La construcción de los antiguos nombres mayas era compleja. Comenzaban con el nombre propio, el cual estaba precedido por la partícula «Ah» (sexo masculino) o «Ix» (sexo femenino). Como en todas las lenguas, existían nombres propios tradicionales para hombre (p.ej. Báalam, jaguar, o Took', pedernal) y para mujer (p.ej. Kukuul, quetzal, o Xíiw, hierba). Después de la ceremonia de la pubertad se añadía el primer apellido paterno, y tras el matrimonio algunos adoptaban un

tercer nombre, un complicado conjunto compuesto por la partícula «Na», el apellido de la abuela materna y el del abuelo materno del individuo. Además de esa intrincada serie de designaciones se usaban numerosos apodos.

Sobre libros y escrituras también obtuvo datos interesantes. Fue en una obra especializada que le habían recomendado muchas veces mientras era alumna de la Alta Casa de Estudios: *Antiguos textos y escrituras*, de Ibn-Yussef. En ella se enfrascó toda una tarde con el propósito de elaborar algunos resúmenes en castellano. Decía, por ejemplo, que antes del año 1500 los pueblos del área maya habían desarrollado la forma de escritura más avanzada de las Tierras del Oeste y habían redactado un vasto cuerpo de documentos sobre las más variadas temáticas, incluyendo Astronomía, Matemáticas, Religión, Historia, Ciencias de la Vida y Tecnología. Mantenían, además, cuidadosos anales y crónicas, y un registro detallado de las profecías de los *ah kino'ob*. Lamentablemente, a principios del siglo XVI gran parte de las valiosas colecciones de códices mayas fueron robadas o destruidas por los mexicas de Tenochtitlan durante las llamadas «Grandes Invasiones» o «Guerras Mayas».

El *Libro del Mensajero* también incluía referencias a las profecías de los *ah kino'ob* del Yucatán, aunque era improbable que los autores de los manuscritos originales —por ejemplo, el segoviano Escobedo— hubieran tenido noticias de ellas. Algo parecido ocurría con los nombres de puertos y ciudades mayas en los que los exploradores hispanos no se habían detenido. Se adivinaban allí las manos de los compiladores sevillanos de 1560, quienes posiblemente habrían completado lo que ellos consideraron «lagunas» o

ausencias. Isabel era consciente de que esas manos se evidenciaban en muchos otros puntos y aspectos de la obra, y que, lejos de ser una intromisión irrespetuosa, organizaban y completaban de forma soberbia los contenidos de las *Crónicas*.

La muchacha también se mostró satisfecha con lo aprendido acerca de las prácticas médicas de los mayas gracias a unos artículos de la revista especializada *Ts'aak*, editada en lengua maya-yucateca en Chichén Itzá. Con la colaboración de la encargada de la Colección Principal del Archivo —que la ayudó en la búsqueda de los documentos a través de los complejos catálogos— y de una compañera que conocía el idioma yucateco —una de las lenguas cultas internacionales de mayor difusión— pudo recuperar datos muy útiles. Entre otras cosas, pudo confirmar que entre los mayas las prácticas medicinales eran llevadas a cabo por especialistas llamados *ah meno'ob*. Ellos eran quienes se ocupaban del bienestar físico de sus pacientes, pero también del espiritual. Empleaban para sus curas las numerosas sustancias vegetales de su zona, junto a una serie de oraciones que se transmitían oralmente de maestros a aprendices. Con una sonrisa descubrió cuál era el tratamiento que había recibido Rodrigo Balmaceda para combatir sus fuertes dolores: goma de *ya'axche'* o ceiba, usada en casos de afecciones intestinales, y cocimiento de tabaco para combatir la fiebre.

¡Ah, el tabaco! ¡Toda una industria de ciclos y siglos! Sobre esa planta había encontrado no sólo definiciones, sino también un par de citas antiguas. Ésas eran jugosísimas: provenían de sendos cronistas castellanos del siglo XVI que narraban sus primeros contactos con las hojas humeantes. Uno de ellos —un fraile dominico— proporcionaba una descripción pintoresca:

... [están] siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumerios, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel de los que hacen los muchachos la pascua del Espíritu Santo y encendida por la una parte dél por la otra chupan, o sorben, o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y casi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio.

El otro había profundizado un poco más en los detalles, con lo cual su exposición era de las mejores:

... un manojo de tabacos que son del tamaño de un jeme e delgadas como un dedo, e son de una cierta hoja arrollada e atada con dos o tres hilos de cabuya delgados; la cual hoja e planta della crían con mucha diligencia para el efecto destos tabacos, y enciéndenlos por el cabo poca cosa y entre si se va quemando ... hasta que se acaba de quemar, en lo cual dura un día. E de cuando en cuando métenla en la boca por la parte contraria de donde arde, e chupan para dentro un poco espacio aquel humo, e quítanla, e tienen la boca cerrada, e retienen el resollo un poco, e después alientan y sádeles aquel humo por la boca e las narices.

Había trabajado duro los días anteriores y había logrado acopiar una buena provisión de recursos que le permitirían, en la intimidad de su cuarto,

aclarar particularidades y aspectos que en las páginas de las *Crónicas* solamente se le mostraban esbozados o fragmentados, insinuando el extremo minúsculo de una enorme madeja que esperaba ser tironeado.

Sí, todas aquellas notas ensancharían el horizonte de su saber. Pero había una cita en particular que, más allá de mejorar su comprensión sobre un tema concreto, la había conmocionado profundamente. Estaba relacionada con los textos del *Libro del Mensajero* y con sus últimas lecturas sobre la guerra y las armas, e incluso con los apuntes que había tomado hacía pocos días en el Museo del Alcázar. Pero si había tocado de forma tan radical sus fibras interiores era porque hablaba de la historia de su propia gente hacía siglos. Era un comentario de un cronista hispano, un religioso católico defensor de los derechos de las comunidades *nativas* de Castilla que en su trabajo había recogido y denunciado los excesos y barbaridades cometidos en sus tierras durante la época de las invasiones. La obra completa de ese hombre, que se mantuvo siempre en el anonimato, había sido publicada hacía pocos años en lengua original por una editorial independiente, tras mucho tiempo de censura. Isabel volvió a leer aquellas líneas, que no dejaban de pintar sus ojos de miedo.

De aquí comenzaron los castellanos a buscar maneras para echar a los invasores de sus tierras; pusieron en armas; los invasores con sus caballos y espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades estrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas y paridas que no desbarrigaban y hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una

cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete, o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo y burlando, y cayendo en el agua decían: «bullís, cuerpo de tal»; otras criaturas metían a espada con las madres juntamente, y todos cuanto delante de sí hallaban. Hacían unas horcas largas que juntasen casi los pies a la tierra, y de trece en trece, a honor y reverencia de Nuestro Redemptor y de los doce apóstoles, poniéndoles leña y fuego los quemaban vivos ... Comúnmente mataban a los señores y nobles desta manera: que hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atábanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados, se les salían las ánimas ... Yo vide todas las cosas arriba dichas y muchas otras infinitas. Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amestraron lebreles, perros bravísimos que en viendo un cristiano lo hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él y lo comían que si fuera un puerco.

Eran prácticas que no diferían demasiado de las habituales entre los ejércitos europeos, y es probable que también se asemejaran a las empleadas por las tropas militares de muchísimas otras naciones extranjeras a lo largo de

las eras. Definitivamente la guerra era brutal, fuese cual fuese el objetivo perseguido y los argumentos esgrimidos para ponerla en marcha: siempre habría vencedores y vencidos, victimarios y víctimas, asesinos y asesinados...

Pero cuando la barbarie tocaba tan de cerca las raíces propias, esas narraciones pasadas parecían doler mucho más. De hecho, provocaban un terror que tardaba demasiado en disiparse. Cerrando su cuaderno, la joven bibliotecaria pensó que en otro tiempo, en otra historia paralela a la suya, quizás era otro pueblo y no el suyo el que debía soportar un injusto pasado bañado en sangre y un largo sendero de humillaciones que conducía al presente.

Y se dio cuenta de que el dolor pocas veces se entiende si es otro quien lo sufre. Sin embargo, cuando uno lo lleva marcado en la piel, las explicaciones sobran.



Estaba sentada en su camastro, la espalda contra la cabecera, las piernas encogidas y la manta cubriéndola hasta el pecho. En su regazo tenía el segundo tomo de aquella serie de seis, el cual, hasta donde ella entendía, seguía perteneciendo al *Libro del Mensajero*.

Fuera se había desatado un auténtico vendaval: el agua golpeteaba con vehemencia contra el vidrio de la única ventana de su cuarto. Con una taza de infusión de hierbas exhalando desflecadas volutas de vapor desde la silla que había arrimado a su catre y una luz escasa cayendo exactamente sobre el volumen de las *Crónicas* que se disponía a inaugurar, Isabel pensó que no podría haber elegido mejor noche para esa actividad, ni mejor

actividad para esa noche.

La división del *Libro del Mensajero* en dos tomos parecía artificial, motivada más por una cuestión de tamaño de los volúmenes y distribución de páginas que por razones de contenido. Al abrir el libro —que descargó sobre su manta un pequeño montón de virutas de papel, de encuadernación roída y de polvo— no vio ninguna portadilla que le indicara cuál era el ejemplar que tenía entre manos. Sólo estaba la conocida página llena de sellos borrosos y, tras ella, la abigarrada escritura que ya le era tan familiar. La continuación lógica de la historia que venía leyendo le confirmó que aquélla era, en efecto, la segunda parte del *Libro*.

Embelesada por la idea de descubrir más historias, se entregó a la lectura mientras espantaba distraídamente a un par de pececillos de plata que correteaban sobre su cama, huyendo despavoridos del tomo que hasta entonces había sido su hogar y su almacén de comida.

IV

TOLEDO, 1972

En algún momento de su infancia, en la escuela, le habían contado que las islas Canarias habían pertenecido a la Corona de Castilla y Aragón. Aquel archipiélago, ahora independiente, había entrado en las páginas de la Historia como una de las primeras conquistas coloniales de los monarcas de una Península Ibérica más o menos unificada. La Historia, pensaba Isabel, era tan impredecible como esos vientos que parecían surgir de ningún sitio y avanzar sin rumbo fijo. Y era tan cambiante que los mismos castellanos que habían vendido como esclavos a los canarios compartirían su suerte sólo unos pocos años más tarde.

La Confederación de las Tierras Canarias —así se llamaba oficialmente la república federal insular— tenía una historia digna de ser contada y sobre la cual se habían escrito muchos libros. Se había prometido que, en un futuro cercano, dedicaría algunos días a ahondar en ella. En aquel momento, Isabel estaba interesada específicamente en el periodo que incluía la conquista castellana. En el segundo tomo del *Libro del Mensajero* se mencionaba a los antiguos nativos de las islas y se aludía al destino que habían tenido en manos hispanas. La vida de Dasil era un buen ejemplo. Esa tarde, terminada su jornada laboral, desanduvo el camino hasta su corrala cargada con nueva bibliografía. Sus compañeras de la sección de préstamos

de la Colección Principal estaban admiradas por su capacidad de lectura y amenazaban, entre bromas, con declararla «lectora del mes» si continuaba sacando documentos del Archivo a aquel ritmo frenético.

Entre los ejemplares que depositó en su escritorio se encontraba un tomo publicado en 1953 en Gáldar, en la isla de Gran Canaria. Se titulaba *Mundo guanche*, en clara alusión a los originales dueños de aquellas tierras. Era una obrita de referencia, concisa pero completa, escrita por un tal Betancourt. De su introducción extrajo un par de párrafos que iluminarían un poco su ignorancia con respecto al archipiélago.

Las islas Canarias estuvieron habitadas por diversas poblaciones de origen berebere que desarrollaron culturas unitarias en cada una de las siete islas mayores que componen el archipiélago. Si bien se las conoce bajo el nombre genérico de *guanches*, ese nombre debería aplicarse, en rigor, a los habitantes de la isla de Tenerife, dado que las demás culturas tenían su propio apelativo.

Célebres en la antigüedad como sede del Jardín de las Hespérides o como los restos de la mítica Atlántida, las Canarias fueron citadas por primera vez por Plinio el Viejo, que se refirió a ellas como «Islas Afortunadas», mientras que el primero en situarlas en el mapa fue el geógrafo romano Pomponio Mela. Durante la Edad Media fueron visitadas por los árabes y más tarde por mallorquines, portugueses y genoveses. Lancelloto Malocello se instaló en Lanzarote en 1312 y desde entonces fueron sucediéndose distintas ocupaciones europeas. A partir de

1344 comenzó la carrera de conquista y colonización por parte de la Corona castellana. En 1402, una expedición normanda ocupó Lanzarote en su nombre. Fuerteventura, La Gomera y El Hierro fueron sojuzgadas inmediatamente después. La conquista de Gran Canaria terminó en 1483, la de La Palma en 1493 y en 1496, la de Tenerife. Desde ese momento todas ellas quedaron incorporadas a Castilla. La anexión duró casi cien años y significó la total erradicación de la cultura local, la derrota militar y la venta como esclavos de la población originaria; además tuvo lugar una rápida asimilación al cristianismo, y el mestizaje entre los colonizadores y los nativos (en realidad, *las nativas*) sobrevivientes.

Conquista. Sumisión. Guerra. Esclavitud. Barbarie. Matanzas. Isabel estaba empezando a asquearse un poco de tanta sangre. Parecía como si la historia de los hombres hubiese sido escrita con el filo de una espada antes que con el de una pluma. Tenía la impresión de que cada paso que había dado un grupo determinado de la especie humana hubiese llevado implícita la desaparición previa de otro menos afortunado en el manejo de las armas. La palabra «paz» le sonaba hueca, vacía, casi una burla del más acerbo de esos «humoristas negros» de prolífica carrera en alguna gaceta matutina. Fue en una de ellas donde tiempo atrás había leído una definición que le produjo cierta gracia por su sarcasmo:

Paz: Época de engaño entre dos épocas de lucha.

Ahora que la rememoraba, y a la luz de sus últimas apreciaciones, no le parecía graciosa en absoluto. Destripaba, con mucha ironía, una verdad enorme y amarga.

A través de las *Crónicas* había sido testigo de la caída de Cádiz, y aquel relato le había escocido, pues lo sabía sólo una pequeña muestra de los terribles acontecimientos que su gente tuvo que sufrir después. Pero pensó que en otros tiempos, en historias paralelas ocurridas o no, cientos de otras villas, capitales, puertos y poblados habrían caído bajo el poder y la fuerza de ejércitos que considerarían que la razón estaba de su parte. Muchos de ellos creerían obedecer mandatos divinos; otros satisfacerían su propia codicia o la de regentes enfermos del mismo mal. Llamaban a aquellas acciones «conquistas», «sitios» o «escarmientos» y siempre habría algún buen argumento que sustentaría con lógica lo ilógico, o ciertas palabras —como «liberación», «descubrimiento», «civilización», «evangelización» o «pacificación»— que darían una pátina de nobleza a la vileza. Todas esas villas habrían sido tratadas igual o peor que Cádiz, y sus habitantes, despojados de la vida de la forma más cruel.

En esos mismos tiempos y horizontes, en otras historias a las que quizás jamás se les prestara atención, miles de voces y cantos recordarían durante siglos a los sacrificados a manos de seres llegados desde quién sabía donde, armados de hierro o de fuego. Esas voces pronunciarían en voz baja o a gritos los nombres de sus muertos, perpetuando su existencia a través de la palabra, que era lo único que les quedaba.

Continuó rumiando su desesperanza bajo el chorro de agua tibia de la ducha, y mantuvo el gesto adusto mientras empapaba una toalla pequeña en un intento vano por secarse la larga melena oscura.

Terminó de enrollarse la toalla en la cabeza, confiando en que absorbiera el resto de humedad y, en lo que decidía qué se iba a preparar de cena para dejar de tiritar, hojeó un segundo libro: *Prehistoria canaria*, de Santana y González, publicado en 1970. Ante sus ojos desfilaban diversos ejemplos de arte rupestre, pequeñas estatuillas e ídolos y unas antiguas habitaciones con muros de piedra que le recordaban a las casillas de los pastores de su tierra. Entreveía la vida tranquila de un pueblo de campesinos, con sus corrales, su ganado, sus cosechas, sus alegrías y penas, su escueto arte, sus útiles domésticos, sus cuentos, sus proverbios... Una historia probablemente similar a la de la gente que siempre había vivido en su comarca serrana: zagales que lidiaban con rebaños de merinas, segadores que cortaban el centeno y el trigo... Las imágenes de su infancia y las narraciones que se desgranaban en las tertulias familiares fueron surgiendo de entre sus recuerdos, convocadas por las ilustraciones de un mundo que ya había desaparecido, pero que no era, con seguridad, tan diferente al suyo de antaño.

Dejó el libro abierto y se dirigió a su armario. Tras revolver el desordenado contenido de aquel decrepito cajón de tablas, se enfundó un par de calcetines gruesos —lamentando que el frío no le permitiese andar descalza—, un amplio pantalón de lanilla desgastado por el uso y un abrigo que le quedaba demasiado grande pero que ella adoraba. Así equipada, se hizo una sopa, resignada a alimentarse con el mismo plato que los días anteriores a condición de entrar en calor. Después de cenar —o durante la cena— podría ponerse a trabajar nuevamente con sus textos.

Con un poco de suerte, si no se hacía demasiado tarde volvería a dejarse cautivar por las *Crónicas*.



Tenía la vista muy cansada, así que buscó con desgana sus espejuelos de montura metálica fina y se los puso para poder seguir delante de los libros. Allí sentada, con su cazuela de barro a un lado, los codos sobre la mesa y la barbilla entre los puños, se dedicó unos instantes a contemplar las paredes cercanas, cada vez más cubiertas por mapas, dibujos y anotaciones. Docenas de preguntas acudían a su mente mientras la mirada se le escurría entre aquellos papeles. ¿De dónde venía el tomate? ¿Cuál era la historia del cacao? ¿Cómo se fabricaba la pólvora? ¿Cómo funcionaba un cuadrante? ¿Qué era la vainilla en origen? ¿Cómo se hacía el papel antiguo? ¿Y la tinta? ¿Cuál era el palo de mesana y cuál el trinquete de un barco? ¿Quiénes eran los beaumonteses? ¿Qué significaba «calafatear»? ¿Cuántas variedades de mangle existían? ¿Cómo era la diosa Ix Chéel? ¿Cómo se decía «hola» en euskera? ¿Cómo se diría «te amo»? ¿«Te odio»? ¿Había un dios de la paz, así como había un dios de la guerra, en todas las religiones antiguas? ¿Dónde crecía el agave? ¿Qué sabor tenían el zapote, la papaya, el aguacate...? ¿Dónde quedaba el monte Orzanzurieta? ¿Cómo era la villa de Ixlapak hacía cinco siglos? ¿Cómo se orientaba el piloto de un barco en alta mar? ¿Cómo eran Chipiona, Rota o Sanlúcar en 1520? ¿Cómo olía realmente un mercado itzá?

A aquella veinteañera los caminos del saber le parecían infinitos, siempre que hubiera dudas que detonasen las preguntas y se fuese capaz de enfrentar con interés la búsqueda de las respuestas. Y había millones de tales preguntas. Claro que era necesario poseer un alma indagadora y tesón para estudiar día a día. Tal vez ése era el motivo por el que existían tan pocos investigadores y tantos libros de divulgación: no todo el mundo sentía la curiosidad suficiente para adentrarse más y más en el mundo de lo

desconocido, fuera éste la historia, las ciencias o la filosofía. Eran muchas las personas a las que no les importaba pasar por alto las preguntas que el universo proponía, usar palabras sin saber lo que significaban, discutir sobre temas de los que apenas tenían idea...

Pero a ella —un tanto desacostumbrada a pensar en términos relativos, y más apegada a creer que su comportamiento debería ser el de todos— le resultaba casi imposible vivir sin buscar las respuestas a todas aquellas cuestiones que desafiaban su intelecto. El tiempo y la experiencia le enseñarían a abandonar tales posiciones absolutas y radicales y a pensar desde posturas más atemperadas. Sin embargo, en aquel momento le parecía estar rodeada de seres inertes y amorfos que paseaban por el escenario de la vida insensibles a las maravillas que se escondían tras el telón. ¿Cómo podía ser que alguien no sintiera el cosquilleo que ella experimentaba ante los centenares de incógnitas que se cruzaban a diario en su camino?

Años más tarde, tras haber dejado atrás muchos senderos, agotadas las energías por su derroche vital y emprendedor, Isabel entendería que las *Crónicas* habían llegado a sus manos en el momento oportuno: cuando aún era una joven poco menos que infatigable. Cuando todavía tenía esa hambre de saber que nunca llegaría a perder del todo, pero que poco a poco se iría saciando hasta convertirse en un apetito mucho más fácil de satisfacer. Pero para eso faltaban décadas aún. En aquellos días, la vorágine de su propio fuego interno la empujaba a aprender, a investigar, a profundizar.

Comenzó a leer detenidamente *Prehistoria canaria*. Al parecer, en aquella sociedad la mujer tenía mucha influencia y una situación social prestigiosa, algo que ya no era tan corriente. Se recluían en casas especiales —los *tamogantes*— cuando menstruaban por vez primera, y entonces eran

llamadas *harimaguadas* o quizás simplemente *mawwad*. Y muchas de ellas guerreaban a la par de los hombres, peleando bravamente cuerpo a cuerpo, y no dudaban en suicidarse —llevándose a cuántos enemigos pudieran arrastrar con ellas— si corrían el peligro de verse prisioneras. Al respecto, Isabel anotó una cita del cronista Torriani, refiriéndose a las guerras en la isla de La Palma.

Las mujeres eran más valientes que ellos, y en las emergencias iban ellas en adelante y peleaban virilmente, con piedras y con varas largas.

Supo después que vivían en cuevas naturales o artificiales, en casas hundidas de muros de piedra y en cabañas ovales. Que sus pueblos tenían lugares de reunión —los *tagorores*—, así como plazas, graneros y rediles. Que eran cabreros y agricultores, que recogían los frutos de la tierra y del mar, que adoraban a un alto dios —Acorán, Abora o Achamán— y que creían en otros entes espirituales, como los del mal, casi siempre asociados a perros oscuros y lanudos. Que marcaban su cuerpo y sus pertenencias con sellos de piedra y arcillas de colores. Que atendían los consejos de los *faycanes*, que eran liderados por *guanartemes* y *menceyes* y que en la guerra usaban rodelas, venablos de madera y lascas de piedra con tanta fuerza y puntería que fueron muchos los enemigos que cayeron ante ellos. Que amaban los colores, el canto y la danza; que vestían *tamarcos* de pieles, y que tenían adoratorios o *almogarenes* en las cumbres, donde offrendaban leche y manteca al cielo y a la tierra.

Cerró los ojos y dio por sentado que aquella gente amaría también el

aire fresco, el sonido del mar, el goteo de la lluvia sobre la piel, el canto de los pájaros... Lo supuso porque, a través de generaciones y generaciones de pastores y labriegos, a su sangre había llegado un poco de ese gusto por la naturaleza, por la libertad, por la vida...

Y con una rabia indecible condenó las cadenas que los hispanos habían puesto en sus muñecas y tobillos allá por el siglo XV, así como la opresión que sus ancestros castellanos sufrieron a manos de los invasores del Oeste sólo unos años después. La esclavitud y la servidumbre a las que se vieron sometidos unos y otros significaron el fin de todo lo que amaban.

Antes de dejar el libro, leyó un listado de nombres *amazighe*, la ancestral lengua canaria, y halló uno que, de haber nacido en aquellas islas en otro tiempo y en otra historia, le hubiera gustado llevar. Y, sobre todo, le hubiera gustado merecer.

El nombre era «Tamonante». Su significado: «la que deletrea, la que sabe leer, la sabia».



A la mañana siguiente, husmeando por la sección «Historia» del Archivo, dio con un texto especializado sobre historia naval. En realidad buscaba información sobre la Sevilla del 1500 —la cual encontró luego— pero ese ejemplar encuadernado en rústica le recordó que aun tenía mucho que averiguar sobre la anatomía de un barco de vela antiguo, las estrategias de las armadas de guerra y la naturaleza de sus armamentos y tripulaciones.

El libro en cuestión, *Historia de las armadas hispanas*, había sido escrito por un valenciano, E. Llorens, e impreso en castellano en la ciudad de Segovia. Al hojearlo, se detuvo en una larga parrafada que luego resumiría en su cuaderno.

A principios del siglo XVI no existían armadas, tal y como se conocieron algunas décadas después, tras las invasiones. Excepto en Venecia, no había en Europa una flota especialmente preparada para la guerra o la defensa. Debido a los piratas y a las inseguridades en la navegación de aquella época, todos los barcos solían llevar algún tipo de arma de fuego y un buen arsenal de armas blancas. Cuando eran requeridas por la Corona para participar en un conflicto bélico, las naves cambiaban las cargas comerciales por las militares, y sus armadores y tripulantes pasaban a recibir un pago del rey.

Las «flotas militares», pues, estaban dispersas, defendiendo alguna acaudalada ciudad mediterránea o dedicándose al saqueo en las costas de África. Las primeras acciones militares navales de Castilla y Aragón tuvieron lugar en 1494 (primera y segunda expedición a Italia, acciones de Gonzalo Fernández de Córdoba, «el Gran Capitán») y en 1505-1510, con las actividades bélicas españolas en el norte de África (batalla de Mazalquivir, ocupación del Peñón de Vélez de la Gomera, toma de Orán y de Trípoli). En aquel tiempo, las flotas se componían especialmente de galeras de tipo veneciano, impulsadas a remos por prisioneros, esclavos y convictos. Ése sería el navío de guerra

más usado durante todo el siglo XVI, aunque ya comenzara a atisbarse la presencia de algunas naos y carabelas, cuyo diseño estaba siendo mejorado.

¡Sabía que le faltaban conocimientos de náutica! Tras leer aquél y otros fragmentos se sintió casi desnuda, desprovista de un vocabulario que le sería de gran ayuda para sacar mayor provecho a las *Crónicas*. Pese a haber nacido tierra adentro y a no haber visto jamás el mar —o quizás precisamente por esa misma razón—, Isabel sentía una enorme fascinación por él. En casa de sus padres había un librito infantil en el que aparecían muchos tipos de barcos y algunos de sus nombres. Con él había aprendido a diferenciar una nao de una carabela, y a ambas de un galeón o de una galera. Y había conocido las andanzas de algunos piratas, como las de sus favoritos, los *wokou* chinos. Pero lo que sabía distaba mucho de ser suficiente. Necesitaba un glosario, una pequeña enciclopedia o algo por el estilo. Además, toda aquella parafernalia de armas de fuego —culebrinas, cañones y demás— le resultaba un verdadero trabalenguas. Pensó que debería darse otra vuelta por el Museo de Armas del Alcázar toledano, por mucho que le disgustara la idea, y recorrer concienzudamente la sección de grandes armas de fuego que había dejado de lado durante su primera y última visita.

Por la tarde, el mal tiempo había vuelto a hacer acto de presencia, derramando sobre el casco antiguo de la ciudad castellana una considerable cantidad de agua en forma de chaparrones. Apenas protegida por un abrigo de lana impermeabilizado con cera de abejas, Isabel corrió por las callejas que la conducían al puente sobre el Tajo —ese de Alcántara que cruzaba a diario— y salió de la villa para atravesar, siempre al trote, los barrios alejados

del centro, en donde se levantaba su corrala. Llegó empapada, embarrada, jadeando por la carrera y con un humor de perros.

Su humor empeoró cuando descubrió que dentro de su cuarto había una gotera, una filtración diminuta, cierto, pero suficiente para fastidiarle el resto de la tarde con su repicar monótono y torturante. Dejó los zapatos cubiertos de lodo y rebosantes de agua en la puerta, sobre unos trapos viejos, y se colocó exactamente debajo de la pequeña mancha de humedad que se dibujaba en el techo de la habitación. La gota le dio en la cara. Molesta, puso otro paño en el suelo, en el sitio donde la dichosa gotita debía caer, y se metió en la ducha. El agua nunca salía del todo caliente —la dueña ahorrraba mucho en combustible, a pesar de que el precio que cobraba por aquellos cuartos ruinosos no era en absoluto económico— pero, aun así, el baño la relajó y le quitó de encima un poco del enfado que traía. Odiaba que la lluvia la alcanzase en la calle, quizás desde el día en que, siendo niña, una tormenta les sorprendió a ella y a su padre de excursión por el Pico de la Miel, una agreste montaña un poco apartada de Buitrago a la cual iban a caminar un par de veces al año, ascendiendo por la cañada de los trashumantes. Jamás olvidaría la sensación de pánico que sintió al recibir aquella tromba de agua que resonaba entre los canchos de piedra, y al oír el viento ululando entre el eco de los truenos.

Mientras se secaba, se asomó a la ventana. Sólo se distinguía una tupida cortina gris que impedía ver más allá de las casas inmediatas. De pronto, dejó escapar un grito y corrió a revisar los libros sobre Sevilla que había pedido prestados en el trabajo. Estaban chorreando agua dentro del bolso. Otro tanto ocurría con los desechos que traía en su socorrida «bolsa de papeles viejos», que ya podían darse por perdidos. Maldiciendo con las más castizas expresiones de las que pudo hacer acopio, se apresuró a buscar más

trapos y a enjugar las cubiertas y los lomos de aquellos volúmenes. Luego, intentando recordar las nociones básicas de conservación y preservación de documentos que le habían impartido durante sus estudios, procedió a ir abriendo los volúmenes para que se airearan, si tal cosa era posible en aquel cuarto saturado de humedad.

Finalmente se sentó con una rebanada de pan del día anterior y el último trozo de queso manchego que quedaba en la alacena, y agarró uno de los libros que había puesto a secar. Era una especie de guía en castellano titulada simplemente *Sevilla*, en cuya introducción tropezó con una pequeña descripción de la ciudad en su época de oro, los primeros años del siglo XVI. Básicamente, coincidía con lo que contaban las *Crónicas* cuando describían a Dasil, la esclava canaria, recorriendo las callejas y los mercados de la antigua Hispalis. El capítulo II estaba dedicado a la población y a cómo estaba organizada dentro de aquel recinto fortificado.

Tanto en los arrabales exteriores como dentro de los muros de la ciudad, la población se agrupaba en *collaciones* o parroquias. Había unos veintisiete templos parroquiales, que presidían cada *collación*. A la vez, existían barrios donde se vendían productos particulares, denominados *alcaicerías*. Se contaban más de sesenta gremios artesanos en Sevilla, que solían localizarse en calles concretas. Maestros, oficiales y aprendices de cada grupo se unían en *cofradías* o *hermandades*, que realizaban labores asistenciales bajo la protección de un santo patrono. Las cofradías aseguraban una pensión a sus miembros y tenían a su cargo algunos hospitales.

Abundaban las *corralas*, pequeñas «ciudades internas» de origen árabe, destinadas a las minorías étnicas y religiosas y a los cristianos pobres. Estos reducidos universos interiores eran bien conocidos por su pobreza y por las grescas, gritos, peleas y juegos que animaban su vida cotidiana. No eran, sin embargo, los únicos: los *adarves* o callejones ciegos eran, a veces, utilizados como barriada o refugio por la población morisca y por algunos judíos.

De modo que las corralas eran de origen árabe y que ya en aquellas épocas medievales cobijaban a «cristianos pobres» y eran escenario de fiestas y duelos. Isabel, con una carcajada que resonó en la soledad de su habitación, se dijo que en casi cinco siglos las cosas no habían cambiado demasiado. A pesar de ser atea, la etiqueta de «cristiana pobre» no le venía nada mal después de todo, pues se daba perfecta cuenta de que era el término «pobre» el que definía realmente a aquellos inquilinos. Y sobre ruidos y escándalos en la vecindad... ¡qué le iban a contar a ella! Bastaba con intentar dormir un par de noches en su cuarto para comprender de qué modo funcionaba esa «ciudad interna».

Aún con la risa en la boca, se levantó y se preparó una infusión de romero traído de sus montañas, donde florecía para finales de marzo vistiendo las laderas de un precioso color azulado que nunca podría borrar de sus retinas.

Con su té —y un trocito más de pan, que siempre se dejaba como *postre*— se sentó de nuevo, apartando a un lado la guía abierta para que siguiera secándose. Era el turno de *El clero en Sevilla*, un trabajo especializado editado por la Junta Histórica de esa ciudad en 1950. Había sido escrito en

Lengua Oficial por un autor de apellido Popohua y ofrecía una visión bastante atípica del estrato religioso sevillano. Consultando por encima varios de los capítulos y seleccionando la información perteneciente al periodo histórico que le interesaba, elaboró una pequeña nota.

En Sevilla existían numerosas órdenes religiosas regulares, entre las cuales los franciscanos y los dominicos eran las más poderosas. De hecho, poseían cinco instituciones en Sevilla, y podían darse el lujo de vivir de sus rentas y de los donativos que recibían asiduamente. Por su parte, las monjas de los conventos de Santa Clara, Santa Inés y Santa Paula, entre otros, eran conocidas por intentar obtener algunos ingresos pidiendo limosnas o vendiendo los bordados que confeccionaban.

Cuando se trataba de preservar la honra de las mujeres solteras se las recluía en conventos si eran ricas, o en los famosos *emparedamientos* si eran pobres. Los primeros exigían elevadas dotes para la entrada de quienes iban a convertirse en *monjas enclaustradas*, mientras que los segundos, entre los que destacaban los cercanos a las iglesias de San Miguel, San Ildefonso y Santa Catalina, no reclamaban nada a las futuras *beatas emparedadas*.

Al llegar a ese punto, Isabel se había puesto pálida de ira y había lanzado algunas interjecciones propias de su tierra, que su madre habría desaprobado de inmediato. Después de leer la posición de la mujer canaria en su sociedad «primitiva», un vistazo a aquellas diferencias «civilizadas» —

perpetuadas en Europa a través de los siglos— la llenaba de amargura y decepción. Ya lo había entrevisto en las *Crónicas*, pero corroborar esos hechos a través de documentos académicos la enervaba. No sería, de todas formas, la última vez que se deshiciera en insultos esa noche. Atraída por la cuestión de los emparedamientos, recopiló información puntual sobre la materia que encontró en el capítulo IX del libro.

Dirigidos por ancianas *beatas*, los *emparedamientos* también servían para que algunas mujeres se encerraran a expiar culpas temporalmente, o para que las autoridades las depositaran allí mientras terminaban de dirimir algún pleito matrimonial. Su vida no era fácil, pues comían de las limosnas recibidas.

Había cientos de *beatas* en la ciudad. Eran mujeres con muy pocos medios económicos, a veces viudas, con escasa o nula formación intelectual pero con fuertes convicciones religiosas. Decían hablar directamente con *Dios*, con la *Virgen* y con las almas del *purgatorio*. Se atrevían a enseñar la palabra de *Dios*, aseguraban tener visiones, éxtasis, revelaciones y dones proféticos, y engatusaban al pueblo con sus excentricidades, aunque muchos las tenían por charlatanas, limosneras y pícaras. Algunas llegaron a tener cierto renombre, e incluso crearon sectas. Eran fácilmente reconocibles por sus hábitos de estameña o lana torcida, las cabezas y los hombros cubiertos con mantas y tocas de lana, las *basquiñas* frailescas y las *servillas* para los pies.

Era un cuadro de picaresca sin igual, muy parecido a los pintados por algunos literatos castellanos de aquella época, cuyos escritos habían

sobrevivido a las invasiones y llegado a la actualidad. Un ejemplo —que Isabel no se cansaba de releer cada vez que podía— era *Vida del Buscón llamado Pablos*, de Francisco de Quevedo. Se conservaban también citas antiguas de un cierto *Lazarillo de Tormes*, al parecer la «obra cumbre» de los relatos de pícaros, aunque el libro se había perdido irremediablemente, así como el nombre de su autor. ¡Era tanto el saber que se había esfumado gracias a la negligencia y la estupidez de los hombres! Sonaba ridículo, pero era un hecho: los que hubieran debido estar más interesados en conservar la cultura eran quienes la destruían, llevados por las desidias, odios y pasiones del momento, dejando un legado de cenizas para la posteridad. Era otra de las facetas de la guerra y de la naturaleza humana que Isabel reprobaba totalmente.

Y ese desprecio por los bienes culturales *nativos* era asimismo reproducido por las políticas editoriales contemporáneas, que pocas veces incluían materiales en lenguas o sobre pueblos «minoritarios». Un alto porcentaje de lo editado representaba la visión y la lengua oficiales. Las nobles y productivas prensas segovianas reivindicaban su recio castellanismo, pero sólo un puñado de casas de impresión independientes se animaban, de vez en cuando, a lanzar algunas publicaciones en otros idiomas, como el *asturianu* o el *galego*, o referidas al acervo local.

Siguió pasando las hojas de sus libros mojados —que, de a poquito, parecían querer secarse— y rescató excelente información en *Historias de Sevilla*, una compilación de varios autores que tocaba diversas cuestiones, algunas de los cuáles llamaron poderosamente la atención de la muchacha. Uno de los capítulos trataba sobre la administración de la urbe en su edad dorada. Afirmaba que Sevilla era una localidad anárquica y sucia. Algunos cronistas y viajeros de la época citaban una inscripción anónima inscripta

sobre la Puerta del Osario, que rezaba: «Ésta es la ciudad del desorden y del mal gobierno». Adolecía de mala gestión y peor justicia, lo que significaba un descontrol excesivo. A la muchacha aquello no le causó mayor sorpresa: en su manuscrito había sobradas alusiones al caos que reinaba en el lugar.

Otro de los capítulos estaba especialmente dedicado a las minorías étnicas que poblaban la villa, entre las cuáles destacaban los judíos.

Era Sevilla una ciudad en la que, por su pluralidad de razas y credos y por su aglomeración, brotaba a menudo la intolerancia, sobre todo contra judíos y moriscos. Los primeros sobrevivían dentro de sus murallas como conversos o «marranos», y eran los más odiados de todos. Se desempeñaban como banqueros, contadores, cambistas, recaudadores y prestamistas; médicos, barberos, cirujanos y boticarios; tratantes y vendedores de cueros, aceites, vinos, carnes, pescados, aves, menudos y bestias; herreros, cerrajeros, espaderos, armeros, hebilleros, candeleros y latoneros; plateros, esmaltadores, joyeros y lapidarios; perfumeros y especieros; secretarios, mayordomos y arrendadores; y en todas aquellas profesiones relacionadas con ropas, telas y tintes, como tejedores, orilleros, bancaleros, tundidores, tejilleros, boneteros, cortadores de vestidos, zapateros, zurradores, borceguineros, jubeteros, calceteros, sombrereros, agujeteros, cordoneros, colcheros, traperos, sederos, lenceros, fustaneros, tintores y tintoreros... Muchos vivían en la Aljama o judería, y jamás podrían quitarse la etiqueta que provocaba tanto odio en sus conciudadanos.

Isabel se preguntó si todas esas ocupaciones seguirían existiendo o si el «progreso» y la «evolución» socio-económica habrían conducido a la pérdida de la mayoría de ellas. Con la ayuda de un diccionario comenzó a desentrañar el significado de algunas de esas palabras —¿a qué demonios se dedicaría un «tejillero»?— y enseguida comprobó que muchas de aquellas actividades habían desaparecido junto con la época que las vio nacer y los términos que las identificaban. Íntimamente lo lamentó, porque cada uno de esos oficios era una especie de arte, un conjunto de técnicas y secretos que pasaban de mano en mano, de maestro a aprendiz, a través de las generaciones, constituyendo saberes únicos y exclusivos. Recordó a un hombre de Buitrago, el último constructor de instrumentos musicales tradicionales castellanos, que había muerto hacía dos años llevándose consigo toda la experiencia acumulada en su larga vida. Su propio padre, un excepcional carpintero, probablemente tampoco tuviese a quien legar lo aprendido trabajando entre virutas de madera desde que era un muchacho. Quizás se estaba pagando un precio demasiado alto por el tan celebrado «progreso».

En un capítulo posterior, su autor se explayaba sobre la estructura de la sociedad sevillana y su división en las consabidas «clases». Allí aparecían las diferencias de siempre: una nobleza urbana que vivía en palacios levantados en barrios modestos y que no se presentaba muy numerosa; un enjambre de caballeros de hábito, comendadores y señores de vasallos; una clase media compuesta por caballeros e hidalgos; y, por supuesto, los plebeyos o *pecheros*, entre los que se incluían comerciantes, financieros, funcionarios, profesionales —escribanos y médicos—, artesanos agremiados y campesinos. Los oficios menos atractivos, como los de peones, aguadores y buhoneros,

eran llevados a cabo por franceses pobres.

Isabel copió un párrafo que no estaba exento de curiosidad:

Las diferencias sociales entre clases altas y bajas eran en Sevilla menos acentuadas que en el resto de España. Un ejemplo era que todos —nobles y plebeyos— pagaban el *derecho de sisa* por la compra de carne. Este derecho era de una blanca por cada kilo de carne comprada. En Castilla existían carnicerías diferenciadas para los dos estamentos, en las cuales la nobleza no pagaba esa blanca (o la pagaba pero le era devuelta luego).

Esta última aclaración disipó sus dudas sobre una nebulosa referencia que se hacía en el *Libro del Mensajero*. Cuando llegó al capítulo sobre *La prostitución en Sevilla*, se llenó los pulmones de aire, intuyendo que de su boca se desprendería una nueva catarata de juramentos. No se equivocó. La descripción de la situación recogida en aquel texto la enfureció lo suficiente como para acordarse largamente de los antepasados de muchos de los hombres que habían creado una sociedad tan desigual, en especial para con las mujeres. Sus ideas al respecto eran bastante radicales, como muchas otras acerca de distintas materias. A pesar de la indignación continuó tomando notas, casi rasgando el papel con su pluma, y de tanto en tanto se detenía para levantarse, dar un par de vueltas por el centro de su habitación y deshacerse en denuestos rabiosos.

La prostitución estaba tremendamente extendida en

Sevilla. Las prostitutas eran consideradas como un «mal menor»: sin ellas, los hombres hubieran pensado en el adulterio, el incesto, la homosexualidad o la seducción de mujeres con honra.

Eran aceptadas, pero estaban muy segregadas, relegadas a *mancebías* o a sitios con escasa vigilancia, como ciertos bodegones. Oficialmente, sin embargo, trabajaban en el Compás de la Mancebía, una zona intramuros entre las puertas de Arenal y Triana, separada del resto de la ciudad por un muro bajo. Sus servicios eran requeridos sobre todo por extranjeros y marineros de paso, alrededor del puerto y extramuros. Fueron sus clientes los que las «clasificaron» en *izas* (bonitas y bien vestidas) y *rabizas* (feas y ajadas).

En ese punto Isabel se había parado de nuevo para llevarse las manos a la cabeza, en el grado máximo de su enojo. No bastaba con que las mujeres se vieran destinadas a ese tipo de actividad, pensaba ella, sino que además era necesario ponerles etiquetas de acuerdo a su aspecto. Aquello le parecía el *non plus ultra* de la desvergüenza y el oprobio.

Pero no eran las únicas mujeres que «vendían placer». Las prostitutas sevillanas tenían su mayor competencia en las «mujeres enamoradas», pues éstas últimas contaban con un trabajo fijo y ejercían la prostitución sólo a veces y en su barrio. Los hombres de honra que no querían ser vistos en una *mancebía* usaban sus servicios, aunque las «casas de citas» o «monasterios de malas mujeres» en los que solían encontrarse estaban prohibidos. Había, además, «concubinas» y «mujeres servidas»

o «mantenidas». Las diferencias eran muy sutiles: las primeras vivían con el hombre que las mantenía, lo que no ocurría en el caso de las segundas. Muchos eclesiásticos tenían concubinas a pesar de sus votos, un hecho que contribuía a agravar aún más la imagen decadente de los religiosos en aquella ciudad. En el escaño más bajo de la escala de la prostitución se encontraban las «cantoneras», mujeres «de torpe vida» que vendían su cuerpo en callejones y esquinas de forma totalmente ilegal. Andaban protegidas por «gente de barrio», uno de los tantos tipos de delincuentes que existían en la villa.

Cerró todos los libros, ordenó un poco su escritorio, apagó las luces y se metió en la cama, arrebujándose entre sus mantas y buscando un poco de calor. Estaba triste. El mundo no funcionaba como ella hubiera deseado. Lo peor era saber que el enorme mecanismo de desigualdad e injusticia que se aplicaba en su sociedad actual no era algo nuevo: había estado andando así por siglos y ciclos. Era imposible detener tamaño engranaje. Pensar que el mundo podía ser diferente era una utopía, precisamente porque *siempre* había sido como era y porque todos los intentos por cambiarlo habían fracasado de una forma o de otra. Pero soñar que todo podía ser distinto era *esperanzador*. Y a pesar de que intuía que en algún momento sus sueños y sus esperanzas se quebrarían —o que algo o alguien *se los quebraría*— prefería seguir imaginando que otro mundo era posible. Al menos, tendría una razón para seguir levantándose cada mañana con ganas de vivir.

Con esos pensamientos se quedó dormida. El tic-tac de la gotera acompañó el sueño de la joven hasta la madrugada.

V

TOLEDO, 1972

En un principio, indagar sobre los mexicas, su lengua náhuatl y su ciudad capital, Tenochtitlan, le pareció inútil. Ya la habían bombardeado bastante con datos de todo tipo sobre ellos, tanto en la escuela como en los otros niveles educativos. Durante su carrera para convertirse en bibliotecaria se había visto compelida por sus docentes y su programa de estudios a saber más sobre aquel pueblo que sobre el suyo propio. Aquello siempre le había desagrado profundamente, pero así funcionaba el sistema. La formación que poseía sobre la historia de su gente y su lugar de nacimiento la había adquirido de manera autodidacta, o a través de cursos y materias opcionales dictados por docentes *nativos* comprometidos con la cultura hispana. Esa cultura que, casi gradualmente, se había ido convirtiendo en una curiosidad, en una tradición folklórica, en un bien de museo y de foto turística.

Sin embargo, no podía dejar de reconocer que, para el objeto de su investigación y para la mejor comprensión de determinadas partes de las *Crónicas*, era imprescindible recabar algunos conocimientos puntuales. Dado que existían muchísimos textos que versaban sobre todos y cada uno de los aspectos de la cultura mexicana, incluidos los más nimios e irrelevantes, y que había información para todos los gustos y a todos los niveles y profundidades, no tuvo más remedio que establecer unos criterios de selección bastante

rígidos. Con ellos bien definidos se concentró en la búsqueda de aclaraciones sobre aspectos concretos que necesitaba ampliar.

De esa forma, se vio instalada de nuevo en un rincón de la sala comunitaria de lectura del Archivo de Toledo, frente a una docena de documentos sobre las comidas mexicas del siglo XVI, algunas de las cuales se habían preservado inalteradas a lo largo de los ciclos posteriores.

«¿Aprendiendo algo de cocina?» le preguntó María, su compañera del depósito, mientras pasaba a su lado comiendo una tortilla. Se había dirigido a ella usando la Lengua Oficial, pues no estaba muy bien visto emplear el castellano en público, especialmente por parte de trabajadoras de una institución de la República. Isabel asintió con un rezongo, sin levantar la vista de las páginas del libro que acababa de abrir, un manual de *Alimentación mexica* que, entre otras cosas, ofrecía algunas particularidades de la nutrición y la gastronomía de Tenochtitlan hacia el año 1500. Su mano izquierda trazaba palabras y más palabras sobre su libreta.

Los mexicas tenían, hacia 1490, el hábito de realizar tres comidas al día: al amanecer, a media mañana y a la tarde. En grandes ocasiones o en casas ricas, previo a la comida se presentaban tubos de tabaco y flores con las cuales podían frotarse cabeza, cuello y cara. Solían colocar cuencos con salsas en el medio y varias canastas con distintos tipos de tortillas para mojar en ellas. Las familias pudientes acababan la comida tomando una bebida espumosa de cacao (*cacahuatl*) caliente.

El maíz era la base de la dieta: se usaba en los *tamalli* o tamales y en las tortillas, además de en el *atolli* o atole, la bebida

más común. El atole podía combinarse con sirope de maguey (*nequatolli*), con chile, sal y tomate (*iztac atolli*) y de muchos otros modos. Si bien su consumo estaba condenado socialmente, había bebidas alcohólicas como el *octli* o maguey fermentado y la «cerveza» de maíz, y otras más fuertes, hechas a partir de miel, cactus y frutas como la piña tropical y la tuna. Las elites no bebían en ningún caso *octli* —considerado «popular»—, prefiriendo el *cacahuatl*.

Las tortillas y tamales se acompañaban con diversos tipos de carne, como la de los *axolotl* (larvas de salamandra) e iguanas. Además se consumían pavos y otras aves, y una gran variedad de pescados. Se comían también saltamontes, hormigas, gusanos del maguey tostados, pequeños camarones del lago, y puestas de mosquitos o de peces secas y aderezadas con chile. Entre los vegetales destacaban las distintas variedades de calabaza —y sus semillas, crudas, asadas o secas— y las judías. Se consumían asimismo tomates, hongos y semillas como el amaranto o *huauhtli* (para usos religiosos) y la *chiyan* (un tipo de salvia, con la que se preparaban refrescos). La sal y el omnipresente chile (*chilli*) eran empleados como los principales condimentos.

De vuelta en el depósito se puso a revisar algunos planos de la antigua ciudad de Tenochtitlan, copiando *grosso modo* sus perfiles y su estructura básica. Agregaría aquel boceto a mano alzada a los que ya tapizaban profusamente las paredes de su habitación. Acto seguido completó esos

dibujos con algunas características de la urbe mexicana, que sin duda iban a permitirle entender mejor los pasos que sus aventureros del *Libro del Mensajero* dieran por aquellas calles. En la Colección Principal había dado con un enorme tomo ilustrado titulado *Tenochtitlan*, del cual extrajo un puñado de ideas. Evitó, por supuesto, lo que ya habían explicitado las páginas del manuscrito, y otras referencias que, por haber sido suficientemente difundidas, entraban dentro de los conocimientos básicos de cualquiera.

Para 1500, la ciudad de México-Tenochtitlan contaba con unos 200.000 habitantes, además de otros 100-500.000 asentados en las costas cercanas. Edificada originalmente sobre un conjunto de islas de la costa sudoccidental del lago Texcoco, la ciudad fue ensanchándose y ocupó los brazos lacustres que las separaban gracias al magistral avance que experimentaron las técnicas de ingeniería hidráulica. Su impulso permitió establecer calzadas, puentes, diques, acueductos, contenedores de agua, canales internos y muros en y sobre el lago. Entre los desarrollos que más contribuyeron a tal expansión estuvieron las *chinamitl* o *chinampas*, jardines flotantes sobre los que se cultivaba y se podía llegar a construir. A lo anterior habría que sumar también el terreno que se ganó al agua con relleno. Todo ello convirtió a Tenochtitlan en una gigantesca urbe anfibia y en gran medida autosuficiente.

Aquella misma tarde concluyó por fin sus indagaciones sobre los mexicanos, añadiendo a sus apuntes algunas líneas sobre el monarca que regía

los destinos de Tenochtitlan hacia 1493.

Ahuitzotl fue el octavo *hueyi tlahtoani* («gran orador») de Tenochtitlan. Ascendió al poder en un año 7-conejo, 1486 del calendario juliano, tras el asesinato de su hermano Tizoc a manos de los nobles debido, supuestamente, a la ausencia de éxitos bélicos durante su reinado. Fue el mejor líder militar de los mexicas, conocido por dirigir las batallas más importantes en persona, al frente de sus tropas. Llevó a su pueblo a dominar gran parte de la región central de las Tierras del Oeste. Supervisó la expansión de la ciudad de México-Tenochtitlan, capital de su territorio, y en 1487 completó la construcción de la mayor pirámide de esa metrópoli. Bajo su mandato se mejoró el trazado y se subsanaron numerosas deficiencias de las vías de comunicación, lo que ayudó a que florecieran las actividades comerciales mexicas. Además, fue un reconocido guía religioso y un gran diplomático.

Como colofón, Isabel incluyó en una hoja aparte información muy valiosa sobre el término *ahuíztotl*.

El *ahuíztotl* era una criatura legendaria de los mexicas que vivía en el agua. Tenía el aspecto y el tamaño de un perro, pero con manos y pies de mono, orejas puntiagudas y un pelaje gris oscuro, resbaladizo, que fuera del agua se apelmazaba en mechones que parecían espinas. Contaba además con una larga cola terminada en mano humana. Con ella atrapaba a todos

aquellos que se acercaban a las charcas y riachos en los que moraba y los ahogaba.

El *ahuítzotl* estaba al servicio de las divinidades de la lluvia. Los atacados por la entidad eran elegidos por los dioses y sus almas, portadas directamente al paraíso. Los cuerpos de sus víctimas sólo podían ser tocados por sacerdotes y aparecían a los tres días del ahogamiento, sin ojos, dientes ni uñas, los cuales habían sido arrancados por el monstruo en su gruta subacuática.

La joven consideró que con eso tendría más que suficiente para seguir leyendo. Sentada ante su escritorio, se dio cuenta de que le quedaban sólo un puñado de hojas para acabar el segundo tomo de las *Crónicas* y finalizar así el *Libro del Mensajero*. Decidió que lo haría a la noche siguiente, para poder abordar la lectura con la debida atención. Y que aprovecharía los días sucesivos para ir, por fin, a Buitrago a visitar a su familia. Llevaba posponiendo ese viaje desde hacía mucho y creía que, a esas alturas de su investigación, era muy necesario para ella charlar con los suyos. Por otra parte, un descanso tras tanto ajetreo y un poco de cariño y cuidados maternos no le vendrían nada mal.

Pensando en eso, se puso a hacer la cena. Y mientras partía un pimiento en cuatro o cinco trozos y escuchaba algo de música en la radio, comenzó a bromear consigo misma. «En un tiempo paralelo, en otra historia que nunca será realidad, Isabel Balmaceda decide gastar el poco dinero que le queda en comprar unas truchas y unas lonchas de jamón para envolverlas antes de cocinarlas *a la navarra*, y esperar a que el olor de éstas atraiga de inmediato al mozo que vive tres puertas más allá en su corrala. Invitado a

compartir el yantar, el guapo joven y la eximia cocinera...» La chica, desternillándose de la risa, no pudo terminar el relato. «Pero en esta historia, en este tiempo, Isabel se prepara una prosaica y muy castellana tortilla de patatas al ritmo de dulzainas, cena y se va a dormir sola, solita, sola». Riendo aún, se guiñó un ojo a sí misma y echó el pimienta cortado en la sartén, sobre las patatas que ya se freían con abundante cebolla picada.

VI

BITRAGO, 1972

Colmenar Viejo, Chozas, Las Porquerizas... Los pueblos de camino hacia la sierra del norte de Madrid iban desfilando ante sus ojos castaños. Lloviznaba más allá de las ventanillas del destartado transporte que la llevaría, por el camino más largo —pero también por el más bello— hasta su pueblo natal. Aquel había sido un invierno pródigo en aguas: hacía años que no se vivía uno tan lluvioso. Sin duda sería una buena noticia para los agricultores, aunque los fabricantes de tejas y los carboneros estarían blasfemando contra ese dios de los cielos que tanto lloraba.

Sus dedos jugueteaban con su larga trenza. Por los cristales corría una majada de gotas sin pastor que las condujese a su redil. En la radio, el conductor había seleccionado una emisora en la que sólo ponían *xite*, ese nuevo ritmo de moda —¿o «ruido de moda»?— que mezclaba tambores de las Tierras del Oeste con gritos en alguna lengua exótica de quién sabía qué ignoto rincón del planeta. A esas alturas del viaje ya estaba un poco mareada por culpa de las curvas de Las Porquerizas, pero la entrada al valle de Bustarviejo no tardaría en devolverle la sonrisa. Allí estaban las dehesas de robles pelados por el invierno, las laderas cubiertas de jaras y brezos apagados por el frío, los helechos secos pintando de marrón todo el suelo, las zarzas engullendo los muros bajos de piedra que dividían las tierras, las casillas de

tejas viejas de los campesinos. Allí comenzaba todo lo que ella amaba: esa pequeña parte del mundo que conocía bien y que nunca dejaba de echar de menos cuando no podía sentirla bajo sus pies ni abrazarla con la mirada. La lluvia tenía un extraño efecto sobre la joven: si la encontraba desprotegida, la ponía de mal humor, pero a cubierto le producía un estado indefinido entre la melancolía y la ternura.

La muchacha pensaba en su investigación. Hasta entonces había consultado sólo referencias y fuentes generales, pero... ¡le quedaba tanto por leer! Y por oír. Tenía aún pendiente la revisión de tradición oral castellana: canciones, poemas, leyendas, cuentos y adivinanzas, todo ello de inestimable ayuda para rellenar las enormes lagunas de la «Historia Oficial». Por otro lado, había dejado momentáneamente aparte el estudio de las ilustraciones — tan preciosas como exóticas— y de las cartas incluidas en los manuscritos, así como los detalles paleográficos y bibliológicos de los volúmenes en sí. En ese aspecto, reconocía que había dado demasiada importancia a los contenidos, mientras que su interés por las cuestiones de forma había quedado completamente relegado a un segundo plano. Más pronto que tarde tendría que volver sobre ellas si quería entender la razón de ser de aquellos libros.

Entender... Isabel se dijo —como ya lo hiciera al iniciar su periplo a través de las *Crónicas*— que habría un montón de cosas que se le escaparían, ciertamente, pero que su vida cambiaría, así como algunas de sus ideas y creencias, si lograba dar sentido a aquel fragmento del pasado en forma de texto. Se sentía como si en su poder hubiese caído el mapa de un tesoro que muchos se habían empeñado en mantener enterrado: un cofre que contenía voces silenciadas por ciclos. Muchas cosas se alterarían dentro de ella, estaba segura. Hacia dónde la conducirían sus descubrimientos era algo que aún no podía ni tan siquiera imaginar.

Atravesó el pequeño pueblo de Valdemanco, bajo los riscos grisáceos y ciclópeos de su montaña. A su lado, una señora leía una revista en la que aparecían mujeres de cabello azabache, pieles bronceadas, siluetas curvilíneas y perfiles aguileños exhibiendo el último grito en tocados de lujosas plumas *quetzalli* elaborados por los altos diseñadores de México-Tenochtitlan. Dejó atrás La Cabrera y Lozoyuela y finalmente entrevió, a través de la bruma grisácea que se extendía a ambos lados del camino, el perfil medieval de Buitrago, con su muralla de tres puertas y su castillo de siete torres, levantándose sobre un recodo del río Lozoya.

Estaba en casa.

Una breve y veloz caminata bajo la llovizna fría, la nariz helada y el aliento hecho vaho; una puerta conocida; unos pasos por el corredor largo donde jugaba a los piratas de pequeña; la cara asombrada de su madre, el abrazo, las risas de su padre —que le acariciaba con delicia la larga melena trenzada—, las preguntas, las respuestas y, finalmente, la mesa de la cocina, al calor del horno que se encendía para preparar unas magdalenas, el dulce favorito de Isabel.

Su padre cortó algunas finas lascas de una pata de jamón que estaba ya en las últimas y preguntó sobre el trabajo, sobre la casa, sobre los compañeros, sobre su vida en Toledo. Su madre se deshizo en dudas sobre su salud, su alimentación, su bienestar. Ella sonreía cálidamente: su familia era así, opresiva a veces, decepcionante en algunos aspectos, maravillosa en otros, pero dotada siempre de un amor profundo hacia su única hija, ese retoño que creció y voló buscando su felicidad. Ella preguntó también: por sus abuelos, por sus tíos, por todos aquellos vecinos y conocidos con quienes todavía guardaba algunos lazos.

Entre rebanadas de pan, jamón y queso, y al anuncio de unas deliciosas pescadillitas fritas —el pescado era un bien que Isabel apenas podía permitirse con sus magros ingresos como becaria— la hija contó a sus padres un poco de su vida. Evitó, sin embargo, hablarles de las *Crónicas*, aunque en los últimos tiempos el manuscrito se hubiera convertido en el eje en torno al cual giraba su existencia. A su vez, su padre le relató la reciente visita de investigadores de las Tierras del Oeste. En esta ocasión había sido gente de Cuzco, que había estado rodando un documental sobre las costumbres tradicionales de los *nativos* de las Tierras del Este. Y lo habían hecho allí mismo, en Buitrago, mostrando los trajes típicos, algunas jotas, herramientas de labranza y poco más. Nada, o mejor dicho, las mismas tres o cuatro cosas que se difundían siempre sobre los castellanos que todavía conservaban vivos algunos vestigios de su pasado. Habían dicho que el documental se iba a llamar *Castellanos: memorias de un pueblo que se va*. Isabel no podía creer que la gente se prestara para algo así, ni que el gobierno de la República de la Nueva España patrocinara filmaciones que exhibían a su población, por muy *nativa* que fuera, como reliquias del pasado.

Para la noche, sus abuelos paternos se habían unido a la partida. Terminando de recoger la mesa, y mientras su abuelo encendía su vieja pipa de raíz de brezo, Isabel hizo la pregunta que, en parte, la había impulsado a hacer aquel viaje de vuelta a casa.

—Abuelo... ¿cómo era la historia de aquel Balmaceda que viajó con el tal Colón a buscar nuevas tierras al oeste?

El anciano alzó la vista hacia ella y la miró con complicidad, mientras soltaba una larga bocanada de humo. Su madre no pudo por menos que intervenir.

—Hija, tu abuelo ha contado tantas veces esa historia que ya nos la sabemos todos de memoria.

Su abuela asentía en silencio, ocupadas sus manos con un par de largas agujas y un ovillo de lana cruda de oveja.

—Ya, pero... ¿nunca se supo nada más de él?— insistió Isabel. — ¿Nunca se supo qué le ocurrió realmente?

La pregunta desató las suspicacias del abuelo, que se tomó su tiempo antes de responder.

—¿Y qué querías que se supiese?

Isabel se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero con todo lo que sucedió después...

El abuelo estaba concentrado en la cazoleta de la pipa, que se iba apagando. Su padre se levantó y bajó de un estante una botella de pacharán casero —un delicioso licor hecho a base de endrinas— y unos vasitos. Sirvió, tornó el frasco a su sitio y volvió a sentarse, sin haber soltado una sola palabra. El viejo pareció desperezarse un poco y luego volvió a dirigirse a Isabel.

—Bueno, hija, espero que estés cómoda en esa silla, porque la historia que te voy a contar es larga.

Isabel sonrió afirmativamente. Bebió un sorbo de su vasito de licor, clavó los codos en la mesa y hundió la barbilla entre las manos.

Y el abuelo, tras encender nuevamente la pipa de brezo, comenzó su narración.

VII

BUITRAGO, 1972

—Toda esta historia empieza en 1492. El año es fácil de recordar. Fue cuando Isabel, la reina católica, terminó de echar a los reyes moros de Granada. Digo que fue ella la que lo hizo porque siempre se dijo que el marido, el rey Fernando, era un esclavo de su bragueta. Ya sabes...— y aquí el anciano guiñó un ojo, pícaro. Su nieta no pudo evitar una carcajada, asombrada de que su abuelo, ése que siempre había conocido como persona seria y circunspecta, estuviera hablando así. —Cuentan que el hombre nunca se preocupó demasiado por guerras, reinos, territorios y demás minucias. Bien dicen que dos tetas tiran más que dos carretas.

—Padre...— reconvino su hijo.

—Ya, ya...— El viejo se incorporó, prendió trabajosamente una astilla de jara en las ascuas moribundas del brasero y encendió su pipa por enésima vez. Satisfecho, volvió a ocupar su lugar entre espesas volutas de humo blancuzco. —Bueno, pues te decía que lo que te voy a contar pasó en 1492, cuando echamos a los moros de Granada...

«Es curioso» pensó Isabel para sí «que esos mismos ‘moros’ que tanto se apresuraron a echar fueran los artífices de uno de los sustratos culturales más importantes de Europa, los que recuperaron y tradujeron muchos de los libros del saber antiguo, los que desarrollaron eso que luego se

llamaría *ciencia*... Claro que aquí muy pocos estaban dispuestos a reconocer la importancia de su trabajo... Prefirieron quemarlo, como cosa de herejes y endemoniados... Otros vendrían que le otorgarían el valor que merecía». Su abuelo, entretanto, seguía hablando.

—... y ya de paso, echamos a los judíos de las Españas, que dicen que si Colón no salió del puerto de Cádiz fue porque estaba atascado de barcos que se llevaban a toda esa gente. Tarde se dieron cuenta del error, pero bueno, aquella época era así. Y como sabrás, poco ha cambiado.

—Sí, abuelo, por desgracia eso ya lo sé. Seguimos humillando al que nos respeta y respetando al que nos humilla. Pero tú me estás contando otra historia.

—Que sí, pequeña, que sí, que todo a su tiempo.— Se giró hacia su mujer, susurrándole casi un «¡Digna nieta de su abuelo, la niña y sus decires! ¿eh?» y luego prosiguió. —A ver... Pues eso, que en 1492 salió del puerto de Palos un tal Colón. O Colombo...— El viejo reflexionó un instante y se encogió de hombros. —En realidad, hoy nadie sabe cómo se llamaba realmente el fulano. Y parece que poco importó entonces. Era un navegante... «oscuro». Poco claro, quiero decir. Un poco mercader, un poco traficante y otro poco loco. Se dice que era genovés, pero ese tampoco es dato de fiar.— Súbitamente, el abuelo cambió de tema y se dirigió a su nuera. —Hija, habría que remover ese brasero...

—¿Tiene frío?— preguntó la madre de Isabel, moviendo las brasas cenicientas y agregando un puñado de cisco de jara al pequeño brasero junto a la mesa.

—Es invierno, ¿no? Y ya estoy demasiado viejo como para andar helándome porque sí.— Dio dos chupadas a su pipa y continuó con su

narración. —Pues nada. Que este Colón tocó más puertas que un mensajero y que se aprendió los pasillos de palacio de memoria, porque lo tuvieron esperando en ellos un par de años. Un par largo. Igual éste fue el que inventó eso de que «las cosas de palacio van despacio», ¿no?— Isabel negaba, divertida. Las ocurrencias de su abuelo eran increíbles. —Otros dicen que no estuvo en ningún palacio, pero que lo mismo siguió a los reyes de aquí para allá como un chucho sin dueño, siempre insistiendo con sus propuestas... Bueno, que al final la reina católica, tu tocaya, fue y lo recibió. Y después de muchas idas y venidas, Colón pudo contarla sus teorías.— El viejo dejó escapar un largo resoplido. —Su idea era navegar rumbo al oeste, para encontrar la ruta hacia las Indias por aquel lado, ¿sabes?, porque parece que la del otro, la del este, ya la tenían bien agarrada nuestros vecinos los portugueses, y claro, no había Cristo que la hiciera sin tener un altercado «peligroso». En fin, esas rencillas que todavía hoy vemos, aunque con otros actores, ¿verdad?— El abuelo mordisqueó la boquilla de su pipa, pensativo. —Pues bueno, que estaban todos preocupados por llegar a las Indias esas, porque se decía que era tierra rica, y claro, había que ir y aprovecharse. De hecho, los portugueses ya se estaban empezando a aprovechar... Y Colón, o como se llamara el amigo, venga con sus ideas de día y de noche, hasta que al final la pudo convencer. La reina dio el visto bueno, como quien dice, y su bendición, y poco más. Porque poco más había, niña, sobre todo después de una guerra como la que tuvimos con los moros.

El anciano se rascó la frente. Quizás pensaba que aquella guerra había sido nada comparada con las que vinieron después, las que desangraron aquella «piel de toro», como solían llamar los *nativos* a la Península Ibérica. Sea como fuera, se guardó de comentar sus pensamientos.

—Lo dicho— prosiguió tras su breve pausa. —Colón que preparó a duras penas su flotilla, y que pidió voluntarios. Y que casi se queda esperando, el hombre, porque todos pensaban que aquello era un suicidio. ¡Si hasta dos de los barcos, las vituallas y demás enjundia las consiguió por presión de los reyes a Palos de la Frontera! Porque parece ser que esa villa se había rebelado contra la autoridad y tenía algunas deudillas pendientes... Así que, ya ves, a las apuradas armó su expedición, con muchas amenazas por parte de los reyes, o mejor dicho, de la reina, para que se le proveyera lo que necesitaba.

El viejo se detuvo y bebió un sorbo de pacharán. Luego se aclaró la garganta. Isabel no había cambiado de posición. Disfrutaba del estilo de su abuelo para contar las cosas: lento y un poco farragoso, pero totalmente auténtico. Mientras tanto, la abuela seguía entrechocando las agujas de tejer, convirtiendo su ovillo de lana cruda de oveja en una toquilla.

—Total, que en ese viaje se embarcó Rodrigo Balmaceda, que era sólo un muchacho y ya tenía un prontuario de mucho cuidado.— La expresión de la cara del abuelo no dejaba lugar a dudas: probablemente había sido un historial extenso. —Hasta había dado con su trasero en una celda en Jerez y todo... Parece ser que allí le echaron el guante los alguaciles, o como se llamasen, y le hicieron probar su buena somanta de palos y su tiempillo a la sombra.— El viejo suspiró, y su suspiro fue humo de tabaco. —No había tenido una buena vida, ese Rodrigo, no, o al menos así se contó siempre en la familia. Pues eso, que aquel pillo se embarcó. Quizás para intentar dejar atrás su historia, ya ves... O quizás para continuar sus andanzas en tierras en las que su nombre o su cara no fueran tan conocidos.

—Y nunca más se supo de él...— terminó Isabel la historia.

—¡Hombre!— alargó la palabra el abuelo, sacudiendo la pipa en un signo de admiración hecho ademán. —¡Vaya si se supo! Verás: de la expedición, en realidad, «saberse» jamás se supo nada a ciencia cierta. Y en aquellos años, mucha gente la olvidó pronto. Ya sabes: entre las guerras, las rebeliones de los moros, las comunidades que se alzaban en armas, las malas cosechas, las hambrunas, las pestes y eso— el viejo enumeraba con los dedos —pues nada, que la gente terminó olvidándose del tal Colón y sus ideas. Creo que nadie se sorprendió de que no regresara. Habían sido muchos los que habían dicho que ese viaje era una locura, porque al otro lado del mar, si había tierra, estaba tan lejos que era imposible llegar allí navegando.— El anciano hizo un alto, mientras se acariciaba la barbilla mal rasurada. —La Iglesia había aportado su grano de arena, no te creas, y un grano bien gordo. Los santos padres esos habían dicho que la distancia era innavegable, pues así lo mandaban Dios, los entendidos de la curia y los maestros antiguos. Y tú ya sabes que en aquella época la palabra de la Iglesia era palabra santa. Si te atrevías a contradecirla te asaban en la plaza del pueblo. Y encima los vecinos iban y se sentaban tan orondos, con la merienda y los niños, para ver como te chamuscaban. Con leña verde, para hacerlo más largo, vaya...

—Abuelo, que ya te vas por las ramas otra vez— protestó Isabel, impaciente.

—Jolín, hija... Es que contigo no puede hacer uno ni un «comentario al margen»— decía el hombre, golpeando el borde de la cazoleta de su pipa. —¿Por dónde iba? Ah, sí, te contaba que durante unos años prácticamente no se volvió a pensar en los que se fueron con Colón, pero en 1500 y poco, los deudos de ese Rodrigo recibieron una cédula real. La familia vivía en aquel

entonces por Medina Sidonia. No eran más que unos pobres campesinos que trabajaban como vasallos las tierras del Duque...— el viejo hizo un claro gesto de asco, farfullando algo para sí —...hasta que, de la noche a la mañana, su suerte cambió gracias a ese trozo de papel. En él se les otorgaba un sueldo único de varios miles de maravedíes, que hubiera sido la paga del muchacho que marchó con Colón. ¡Imagínate aquello! Unos pobres diablos, con más trabajo que los negros de la Guinea en Sevilla, que van y reciben del tesoro real un pellizco de diez o doce mil maravedíes... ¡Cómo no iban a recordarlo por siglos!— exclamó el abuelo, enarcando sus cejas canosas. —Con eso, aquellos Balmaceda se quitaron las deudas de encima y se mudaron. La propina les alcanzó para comprarse una pizca de tierra que labrar por su cuenta, libremente. Aunque en España ser libre nunca fue fácil, y menos para el campesino pobre.

—Como ahora...— agregó el padre de Isabel.

—Igualito, hijo, igualito. Para los pobres las cosas nunca cambian. Eso sí: a los que seguimos siendo católicos por la fuerza del hábito aún nos quieren consolar diciéndonos eso de que el reino de los cielos es nuestro. No, si un día de estos me voy a hacer creyente del Quezacóal ese, yo...

—Mariano, no seas hereje— gruñó la abuela, sin levantar la vista de su labor. El hombre le devolvió una mirada de fingido arrepentimiento, mascullando a su vez un «Vale, vale... ».

—¡Abuelo! —gimió Isabel, tapándose la cara con las manos para escenificar un fastidio que en realidad no sentía, pero que intentaba forzar al viejo narrador a regresar a la senda de su historia. La madre movía la cabeza despacio, como diciendo que aquel hombre no tenía remedio.

—Bueno— prosiguió el viejo, impasible, —que los padres y algún

hermano del Rodrigo ese, con los cuartos que consiguieron, se fueron a vivir a Ubrique, o a Ronda, no recuerdo bien... A un pueblo de esos de la vieja Andalucía. Y guardaron la cédula real como oro en paño. Aunque luego se perdió, vaya a saber cómo. Pero dicen que la conservaron mucho tiempo, sí. Al fin y al cabo, buen favor les había hecho el muchacho aquel que se les fue al otro lado del mundo. El resto de parientes se quedaron sirviendo al Duque y comiéndose los codos de hambre. Y así estaban las cosas cuando llegaron los invasores, mal rayo los partiera a todos.

El anciano se levantó y volcó las cenizas de su pipa en el brasero. De vuelta en su asiento, extrajo de su abrigo una pequeña petaca de cuero gastado y de su interior sacó un puñado de hebras de tabaco claro y fragante. Con estudiada meticulosidad fue rellenando la cazoleta, mientras sus pensamientos se perdían en los rincones de su memoria, intentando hallar las palabras con las que ir acabando su relato. La madre de Isabel aprovechó para ir a buscar una canasta de nueces y ponerla en medio de la mesa. Isabel y su padre se apoderaron de un puñado de ellas y comenzaron a romperlas sin ayuda de un cascanueces, apretándolas de a dos entre los puños.

—¿Y entonces...?— inquirió la muchacha, separando una nuez de su cáscara.

—Y entonces, mi niña, empezaron las guerras. Pero bien sabes tú eso, que no hace falta que yo te lo cuente. Comenzaron las matanzas en Andalucía, y la esclavitud, y la traición más tarde, que los que llegaron a Castilla como corderos mostraron pronto las garras y los colmillos de lobo. Pues eso eran. Una manada de lobos...— El hombre se pasó la mano por la frente. —Muchas cosas ocurrieron, hija... Nos atacaron, nos persiguieron, nos robaron mujeres, hijos, casas, rebaños, tierras, nos prohibieron hablar la

lengua nuestra, nos impusieron otras leyes y creencias— iba enunciando el abuelo, y cada elemento de la lista era remarcado con un golpe de su mano callosa en la mesa. —Ya ves. Intentaron dejarnos sin nada. Sin nada. Pero muchas de las costumbres que ellos y los que vinieron tras ellos prohibieron continuaron cantándose en coplas y romances al calor de los fogones, para que la gente no olvidara el pasado ni lo que pasó. Nuestros viejos no querían que perdiéramos las historias que se hicieron cenizas, ni que sus hijos tuvieran miedo de sus propios recuerdos...

Todos callaban alrededor de la mesa. Isabel sentía un nudo en la garganta. Se acordó de un libro titulado *Memorias del cantar popular*, que contenía un puñado de aquellos mismos romances viejos, transmitidos de boca en boca a través de los siglos. Leer aquello era estremecedor. Y escuchar a su abuelo también. Sin embargo, ¿cómo había llegado hasta allí partiendo de la historia de un Balmaceda? Lo más probable era que el abuelo se hubiera dejado llevar por sus propias emociones, perdiendo una vez más el hilo de su narración.

—... y las ganas de seguir luchando estaban ahí, niña— apuraba sus últimas palabras el viejo —como cuando se levantaron las comunidades y los «hermanados» contra el rey Carlos. Hubo muchos movimientos rebeldes, muchos grupos que se alzaron en armas a lo largo de estos cuatro siglos y pico. Siempre los hubo. Porque el poder cambiaba de manos, ¿sabes?, pero nosotros seguíamos siempre en el mismo sitio. Siempre abajo. Siempre sometidos, relegados. «Nativos» nos llamaron. Nativos éramos, sí, pero... ¡sonaba tan asquerosa esa palabra en sus bocas!

El único ruido que se oía, cubriendo el apagado siseo de las agujas de tejer de la abuela, era el «crac» de las cáscaras al partirse.

—Pero entonces... ¿lo único que se supo de Rodrigo Balmaceda fue lo de la cédula real?— arriesgó Isabel la pregunta, a ver si el abuelo le contaba algo más de su antepasado.

—¿Te parece poco?— respondió el hombre. —Muchos supieron menos. Pero no, hija. No fue *lo único*. Fue *casi* lo único. Tras las invasiones, la mayoría de las canciones que se cantaban hablaban de los antiguos reinos españoles. Y entre ellas, mira tú qué cosas, había un puñado que se referían a los que viajaron con Colón.— El viejo le sostuvo la mirada con aire enigmático, como quien se prepara para dar una gran sorpresa. —Parece ser que algunos de esos romances daban versiones «curiosas» de la historia de las invasiones. Decían que Colón había encontrado las Tierras del Oeste. Decían que dejó gente allí, y que esa gente fue la que habló a los del otro lado del mar de nuestras tierras, de nuestras costumbres, y les enseñaron nuestras armas, nuestra lengua y nuestros usos. Y así habría sido como luego vinieron aquí.— El anciano se encogió de hombros. Isabel observaba cada uno de sus gestos. Ignoraba cuánto sabía el abuelo —o cuánto se había sabido a través de esas canciones— de la historia que se narraba en las *Crónicas*. Decidió ponerlo a prueba.

—¿Y tú te crees todo eso?

—Lo crea o no, niña, no cambia nada. Lo que fue, fue— sentenció el hombre, esquivando la pregunta. —Pero digo que si se cantaron esas cosas, algo habría de cierto en ello.

—O sea... que nuestro Rodrigo Balmaceda nos vendió— concluyó Isabel, buscando las cosquillas a su abuelo.

—Yo no he dicho eso.— El abuelo persistió en sus trece, poniéndose

serio. —Quizás ocurrió así, quizás no. ¿Quién sabe cuál fue su historia después de salir de Palos? Todas las pruebas de ese asunto, si alguna vez las hubo, se perdieron con el tiempo. Ya ves. Una cédula real y algunas sospechas es lo que nos quedó de aquel mancebo que se fue en los barcos de Colón.

—Pues no es una evidencia muy grande, abuelo— opinó la muchacha, llevando la situación al límite.

—Hija,— dijo el anciano con vehemencia —vuelvo a repetirte que lo que es importante es que, si alguna vez se cantó, algo de verdad habría en ello. Esas estrofas son sólo pedacitos de una parte de la historia que, por más que han tratado de acallar, vuelve a oírse cada tanto. ¿Entiendes eso?

Las últimas dos frases habían sido dichas de un solo golpe. Constatando el enfado de su abuelo, Isabel asintió.

—No importa lo que hiciera ese Balmaceda. Si desapareció en medio del mar o llegó allá y luego nos vendió a los mexicas de los infiernos, a estas alturas, ya da igual...

—A mí no me da igual, abuelo— interrumpió la muchacha.

—Pues tendrás que conformarte con eso, chica, porque poco más sabrás. Quédate con que tal vez la historia de las invasiones sea *otra*, distinta de la que nos han contado. Una historia en la que ellos no fueron «enviados de los dioses» ni seres poderosos. Una historia en la que nosotros no fuimos despojos atrasados, ignorantes y cobardes. Una historia en la que quizás un Balmaceda fue maestro, y no alumno, fue señor y no siervo.— El hombre se tomó un respiro antes de continuar. —Una historia de la que sólo nos quedaron retazos, hija, canciones populares que se entonaban en secreto, que estaban prohibidas por el poder. Hubo muchas de esas canciones. Coplas,

jotas... Algunas se han perdido, y otras se han ido transmitiendo de padres a hijos. Y también están las que se salvaron gracias a los movimientos revolucionarios. A esas las llamábamos «cantares rebeldes».

—¡Ahhhh...!— exclamó Isabel, con la cara iluminada. —¿*Esos* eran los «cantares rebeldes»?

—Esos eran, sí.

—¿Y tú te sabes alguno?

—En mis años mozos yo también quería cambiar el mundo. Podría decirse que fui un «rebelde». A mi manera, claro. No tenía más que estas dos manos y una ignorancia muy, muy grande. Pero yo amaba mi tierra, la tierra dónde nací, que para eso era la mía. Y no me gustaba que me contasen mentiras, ni que me pusiesen el pie encima. Como a ningún castellano le gusta. Y tu tío salió por el estilo, que él siempre estuvo metido en eso de «la voz de los vencidos». Poco pudimos hacer, ya ves, pero las ideas y la jerga se nos pegaron.

Isabel lo miró, asombrada. Sabía de su tío, y de la memoria inagotable de su abuelo, pero aquello... Las canciones de los revolucionarios —los que se alzaron en el siglo XVI, los del XVII, los del siguiente y los del otro...— habían sido una leyenda para muchas generaciones. Aunque a la de Isabel, esa leyenda llegó un tanto apagada. Aún cuando muchos *nativos* jóvenes se interesaban por la historia de su pueblo, pocos se habían preocupado por la de esos movimientos nacionalistas e independentistas. Con el correr de los años, sus ideales se habían convertido en elementos románticos, deslucidos, casi utópicos, reducidos a frases y consignas pintadas en algunas paredes, a pesar de haber sido, en su momento, las bases sobre las que se asentaron no pocos logros y libertades.

—Abuelo...— Isabel titubeó. —¿Me puedes cantar alguno?

VIII

BITRAGO, 1972

El abuelo carraspeó. Los demás intercambiaron una mirada sutil.

—Hija, hace mucho que no canto ninguno de ellos. Ya estoy viejo. Tu tío probablemente los recordará mejor que yo...

La muchacha hizo un mohín de desilusión.

—... pero si te vas a poner así, quizás pueda hacer un esfuerzo— dijo finalmente —aunque sólo sea para llevar la contraria a muchos de tu edad, que dicen que los viejos no somos más que antiguallas y que deberíamos morirnos de una buena vez y dejar de incordiar.— El padre de Isabel contuvo a duras penas una sonrisa. «Éstas son jotas castellanas a la vieja usanza» aclaró el abuelo, mientras comenzaba a golpear la mesa, tum, tum, tum, tum-tún, imitando el ritmo del tradicional tamboril.

¡Elegidos diz que fueron!

Elegidos diz que fueron

de los dioses de la guerra.

Señalados por los cielos

pa' dominar nuestra tierra.

Pa' dominar nuestra tierra
elegidos diz que fueron.

Isabel estaba alucinada. *Adoraba* las jotas tradicionales: sus frases casi gritadas al principio, sus interjecciones de ánimo intercaladas, sus repeticiones, sus modulaciones cuando acababa cada sentencia y la vuelta final de dos versos repetidos, tan bien construida que siempre tenía sentido por sí misma. ¡Y aquella hablaba de la llegada de los invasores! Lo hacía en un castellano antiguo y campesino, sencillo, iterativo, que a veces sonaba un poco desfasado por su patriotismo y un idealismo que a muchos podría parecerles infantil. Pero ese patriotismo había sido parte del repertorio de los movimientos nacionalistas, y por esas ideas muchos habían dado sus vidas.

¡Con el filo de su espada!
Con el filo de su espada
segaron nuestros trigales,
mataron nuestros rebaños,
tomaron nuestras ciudades.
Tomaron nuestras ciudades
con el filo de su espada.

¡Todo acabó bajo el hierro!
Todo acabó bajo el hierro:
los trabajos artesanos,
los cuentos tradicionales,
y aquel pasado lejano.

Y aquel pasado lejano,
todo acabó bajo el hierro.

La muchacha podía imaginar a generaciones y generaciones de españoles *nativos* recitando aquellos versos, cada uno en su habla, en su tiempo, en su lugar...

Podía oír a un zamorano entonando en *llingua llionesa* «*Conu filu dos seus fierrus...*» mientras reparaba la esquila de una de sus ovejas, cuatro siglos atrás.

O a un anciano de Navia cantando en *asturianu*, marcando el ritmo con la piedra con la que afilaba la hoja de su hoz, al tiempo que repetía «*...segaron nusesus trigales*» y recordaba los campos robados a sus ancestros.

O a un pastor trashumante de Las Hurdes, hacía dos siglos, doliéndose en *estremeñu* porque «*...matorin muehtrus rebañus...*» y dejaron morir de hambre a muchos como él.

O a un maestro aragonés del Sobrarbe a comienzos de éste, terminando la estrofa en su *luenga aragonesa* y lamentando no haber conocido más que las ruinas de L'Aínsa y Boltanya por culpa de quienes «*...tomón as nusesas ziudaz*».

Fraguas, zurrones, abarcas, pizarrones, fuegos, calderos, rostros serios, manos laboriosas... Todo desfilaba ante los ojos de Isabel, imágenes convocadas por la voz y el cantar de su abuelo.

¡Sin recuerdos nos dejaron!

Sin recuerdos nos dejaron,

nos borraron la memoria.
Con un puñao de papeles
nos inventaron la historia.
Nos inventaron la historia,
sin recuerdos nos dejaron.

¡La historia que ellos quisieron!
La historia que ellos quisieron,
fue ésa la que nos contaron.
Una sarta de mentiras,
fue eso lo que nos pintaron.
Fue eso lo que nos pintaron:
la historia que ellos quisieron.

Isabel sentía una presión muy fuerte en la garganta, en el pecho, en los ojos... ¡Si su abuelo supiera que la historia verdadera estaba escrita, que había sobrevivido, que describía exactamente lo que esbozaban esos cantares, que hablaba de Rodrigo Balmaceda, y que quizás la única copia estaba en su corrala de Toledo! Para ella, en ese momento, era importantísimo descubrir lo que realmente pasó, pero... ¿lo sería para otros? ¿Cambiaría algo averiguarlo? ¿Borraría los siglos de tristeza? ¿Reviviría a los muertos, reconstruiría lo demolido, restituiría a cada uno lo suyo?

¡Pa' ser sus siervos nacimos!
Pa' ser sus siervos nacimos,
pa' llevar yugo de esclavos.

Que el más débil sirva al fuerte,
así nos lo predicaron.
Así nos lo predicaron:
pa' ser sus siervos nacimos.

¡Una tapia levantaron!
Una tapia levantaron,
que los sueños escalaron.
«Las ideas no se matan»
nuestros rebeldes gritaron.
Nuestros rebeldes gritaron
«¡Una tapia levantaron!».

¡Las letras que nos robaron!
Las letras que nos robaron,
siempre las hemos cantado.
Las coplas no se olvidaron,
junto al fogón se guardaron.
Junto al fogón se guardaron
las letras que nos robaron.

¡La canción cuenta verdades!
La canción cuenta verdades
que el poderoso desmiente.
Si las voces no se apagan
nuestra historia no se pierde.

Nuestra historia no se pierde:
la canción cuenta verdades.



Isabel se despertó tarde. La noche anterior se había prolongado hasta la madrugada, y al acostarse, el eco de la voz cascada de su abuelo, acompañada por los golpes de sus manos sobre la mesa, quedó atrapado dentro de su cabeza. Se asomó al ventanuco de su buhardilla —su habitación de adolescente— descalza y con un viejo camisón encima, y se acodó en el marco para ver cómo llovía. Llovía, sí, o más bien lloviznaba: parecía que el agua se tomaba su tiempo en caer y que, por el camino hacia la tierra, jugaba a dibujar redes translúcidas que flotaban un rato antes de deshacerse.

Encendió la radio. Sonaban tambores e instrumentos de cuerda, y voces que coreaban en pulaar, una de las lenguas más habladas y cantadas de África. «*Yo Alla welnu laawol ngol*»¹ deseaba la letra de la canción. Su madre, al sentir sus pasos, la llamó desde abajo —«Isa, ¿bajas a desayunar?»— pero ella prefirió quedarse un rato más en su pequeña habitación, tan diferente del cuartucho que ocupaba en Toledo, tan llena todavía de sus cosas, de sus sueños... Inspirada por lo que acababa de escuchar, apagó la radio, buscó un cilindro de música fulbe en su sonoteca y lo puso en su aparato reproductor. Ousmane Diallo y su grupo interpretaron entonces «*Hunde kala e saa'i mun*». «Cada cosa a su tiempo». Aquello de los cilindros musicales —o *kuikakokojtli*, en Lengua Oficial— era todo un invento. De origen indio, como la radio, pero mucho mejor que ésta. Eran

¹ En pulaar, «Que Alá te haga fácil el camino». El pulaar es la lengua del pueblo fulbe, fula(ni) o peul.

pequeños tubitos metálicos que se podían llevar hasta en un bolsillo. El único problema era que la barrita lectora de acero del reproductor los podía estropear si se la usaba mal. «¿Por qué no me llevaré el reproductor a Toledo?» pensó, mientras contemplaba el resto de sus «*kuikah*» —como se los conocía entre los jóvenes— cuidadosamente ordenados en una estantería, dentro de sus coloridos estuches de cartón prensado.

Terminaba el cilindro —media docena de temas— cuando Isabel, tirada sobre la cama revisando sus «diarios íntimos» de pequeña, oyó la voz grave de su tío en la cocina. Era el único hermano de su padre, estaba soltero y la adoraba como a una hija. «Isabela, más te vale que bajes...» le gritó por el hueco de la escalera. La muchacha no tardó en estar metida dentro del abrazo de aquel hombretón enorme, que parecía querer asfixiarla.

—Así que estuvisteis de concierto anoche— comentó, socarrón.

—Calla, que el abuelo nos contó que no es el único que sabe «cantares rebeldes»— repuso su sobrina en el mismo tono.

—Chica, yo nunca negué saberlos. Lo que ocurre es que tú nunca preguntaste.

—Vaya morro tienes, tío— dijo la muchacha. —Pues ahora te lo pregunto. ¿Me vas a cantar alguno?

El hombre rió con ganas. Parecía dotado de una vitalidad inextinguible. Tenía los ojos claros de los Balmaceda, esos que ella hubiera deseado lucir en vez de los castaños heredados de la familia de su madre. Y la carcajada sonora y clara que ella sí había sacado.

—Vale, pero déjame llegar, ¿no? ¡Antonio!— llamó al padre de Isabel. —¿Es así como se recibe a la familia en esta casa?

Precisamente Antonio Balmaceda llegaba de su taller de carpintería —anexo a la casa— buscando un descanso y su merecido almuerzo. En la zona se lo consideraba uno de los más habilidosos en su oficio. A pesar de que sus manos ásperas todavía tenían la fuerza y la pericia que éste requería, sabía que no le faltaba mucho para retirarse, y en su fuero interno lamentaba que su hija no pudiera perpetuar la tradición. Aunque, con una muchacha como aquélla, nunca se sabía... Dio un abrazo a su hermano, cubriéndolo del serrín que cargaba su ropa, y ambos se prepararon para comer y beber algo. En la cocina todavía flotaba el aroma desvaído del tabaco del abuelo. El tío de Isabel se dirigió a la joven.

—Venga, muchacha, a ver si lo hago mejor que don Mariano Balmaceda.— Diciendo eso, sacó de su enorme morral una bandurria cubierta por un paño. Isabel quedó boquiabierta.

—Tío... hace *años*, pero *a-ños*— remarcó, separando las sílabas —que no tocabas *eso*...

—«*Esto*» se llama «bandurria», aunque ya muy pocos recuerden su nombre. Y como tu señor abuelo, que duerme menos que tú, ya me puso en antecedentes esta mañana de vuestra «audición» de anoche, no quería ser yo menos... ¿Hacen unas «joticas anudadas»?

—¡Hacen!— palmeó Isabel, sentándose a la mesa de la cocina, en la que su madre acababa de poner algo para picar.

La púa comenzó a hacer vibrar las cuerdas metálicas del instrumento, delineando la melodía con un ritmo vivo. La voz grave del hombre, que contrastaba con el sonido agudo de la bandurria, entonó las siguientes coplas.

Del mar los vieron llegar
las gaviotas de los puertos.
Nadie dio la bienvenida
a los barcos extranjeros.
A los barcos extranjeros
del mar los vieron llegar.

Nadie dio la bienvenida,
pues desconocidos eran.
Sólo el viento se arrimara
a sus palos y a sus velas.
A sus palos y a sus velas
nadie dio la bienvenida.

Era una estructura distinta de la de las jotas tradicionales. Las «anudadas» se habían «inventado» —si es que algún rasgo del saber popular podía decirse «inventado»— en épocas recientes, y eran difíciles de componer. Además de que la vuelta final, que repetía el último y el primer verso, debía tener sentido por sí sola, las estrofas comenzaban siempre por el tercer verso de la precedente. «Un verdadero lío...» opinaba Isabel mientras oía aquella historia cantada.

Sólo el viento se arrimara
soplando desde poniente.
¿Quién enseñó nuestros rumbos
a la armada de la muerte?

A la armada de la muerte
sólo el viento se arrimara.

¿Quién enseñó nuestros rumbos?

¿Quién decidió nuestra suerte?

¿Quién señaló nuestras costas
a esas fieras del oeste?

A esas fieras del oeste...

¿Quién enseñó nuestros rumbos?

¿Quién señaló nuestras costas?

Quizás antiguas leyendas...

Quizás los que se perdieron
en esas tres carabelas.

En esas tres carabelas

¿quién señaló nuestras costas?

Quizás los que se perdieron
fueron los que traicionaron
a su gente y a su tierra.

Tal vez ellos nos marcaron.

Tal vez ellos nos marcaron.

Quizás los que se perdieron.

A su gente y a su tierra,
a su ley y a su saber,
a su lengua y a su reino

¿Qué ganaran por vender?
¿Qué ganaran por vender
a su gente y a su tierra?

Isabel aún no sabía hasta qué punto lo que referían aquellas coplas era verdad o no. No había avanzado lo suficiente en su lectura de las *Crónicas*. Pero no podía quitarse de la cabeza las palabras de su abuelo la noche anterior: «Esas estrofas son sólo pedacitos de una parte de la historia que, por más que han tratado de acallar, vuelve a oírse cada tanto». La muchacha estaba de acuerdo con él: algo de cierto tenía que haber en aquellas canciones, y si en algún lugar podía encontrar una confirmación era en los seis pesados tomos que la aguardaban en su corrala toledana. Siempre, por supuesto, que no fueran una burda falsificación, un invento construido por castellanos rebeldes necesitados de escribir la historia de una manera que legitimase su existencia y su accionar. A Isabel, esta posibilidad le ayudaba a mantener los pies en el suelo y la obligaba a seguir analizando y contrastando distintas fuentes para buscar la verdad.

Aplaudió a su tío hasta que las palmas de las manos le ardieron. Luego le hizo prometer que le contaría sus mil y una historias de revolucionario, y las ideas sobre las que descansaba ese movimiento llamado «la voz de los vencidos». La emoción no disipó su apetito ni sus ganas de recluirse después en su buhardilla. De vuelta en Toledo echaría de menos sus *kuikah* y la deliciosa comida de su madre. Debía aprovechar muy bien aquella visita.



Dos días más tarde Isabel recorría con la yema de sus dedos la tapa del tercer tomo de las *Crónicas*, la primera parte de *El Libro del Guerrero*. El propio título ya insinuaba qué parte de la historia iba a comenzar a leer. No, aquello no iba a ser agradable: de hecho, solo el nombre ya le hacía sentir los dientes de un cepo de acero cerrándose sobre la boca de su estómago. Pero le sería imposible entender el relato si se saltaba cualquiera de sus partes.

En aquel volumen, en teoría, los textos incluidos tendrían bastante que ver con la versión oficial de la obra, aunque sospechaba que podían contener alguna que otra sorpresa. Las diferencias, de existir, saltarían a la vista por sí solas.

Al volver la primera página —una vez más, llena de sellos borrosos— encontró que, al igual que en el primer tomo, se desplegaba el título de la obra general entre dos imponentes dibujos. Mientras acariciaba lentamente las letras oscuras, recordó su fin de semana en Buitrago y la promesa que le había hecho su tío —quien, corto de tiempo, no compartió con ella nada más que las «jotas anudadas»— de que le contaría muchas cosas durante su próxima visita. Tampoco podía olvidar el olor de los guisos de su madre, el de la madera en la ropa de su padre, el de la tierra mojada que se respiraba desde la ventana de su buhardilla... Eran los olores que la habían acompañado desde niña, los de su hogar y los del campo tiritando bajo la lluvia.

A Isabel también le temblaba la mano cuando pasó otra hoja de aquel pesado volumen y dio con el título del segundo libro de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada*. La aventura continuaba.

IX

TOLEDO, 1972

Por encima de su cabeza volaba un enorme dirigible *ejekali*. Probablemente sería uno de los que cubrían la ruta Madrid-Sevilla-Canarias-Fez. Isabel lo miró ir, preguntándose quién podría tener el valor de subirse a uno de esos artefactos que surcaban los aires como los barcos el agua. Aquellos globos llenos de gas cruzaban los océanos y permitían una comunicación más rápida entre ciudades, países y continentes. «Pero, aún así...» comentó en voz alta «yo me lo pensaría dos veces antes de viajar a tanta altura y sin ninguna seguridad».

Era un día templado en mitad del frío invierno que estaban padeciendo en Toledo, y la joven apuraba su descanso matinal sentada bajo las añosas arcadas de piedra labrada sostenidas por finas columnas que enmarcaban el patio del Archivo, austero y tranquilo. En los últimos días, Isabel se había obligado a dejar un poco de lado todo lo relacionado con las *Crónicas* y a dedicar sus ratos libres a otras lecturas, o simplemente a tomarse un respiro y relajarse. Trabajo no le había faltado: estaban en la época en la cual llegaban a Toledo investigadores extranjeros y estudiantes de intercambio, y en la que las instituciones oficiales se esforzaban por ofrecer su mejor cara. Todas las cuestiones descuidadas a lo largo del resto del año eran entonces atendidas en el plazo de dos semanas y, como era de esperar, los

mayores pesos recaían sobre las espaldas más débiles: las de los «pasantes».

En aquel momento estaba hojeando un ejemplar de *Tlaltikpaxkan*, «Mundo actual», una revista de divulgación que informaba sobre los novísimos avances y hallazgos de la ciencia, los reclamos de los movimientos de protección de la naturaleza y los derechos humanos, y las revelaciones de las últimas exploraciones geográficas y etnográficas. Le gustaba estar al tanto de ese tipo de novedades, en especial las noticias aportadas por las expediciones a lugares lejanos. Isabel vivía en un mundo que aún no había sido totalmente «conocido». Amplias regiones de las Tierras del Oeste —en especial las cuencas selváticas de los grandes ríos del sur—, de Asia nororiental y de África no habían sido graficadas en los mapas de las naciones «dominantes». Los polos y gran parte del inmenso Océano Amarillo —ése que separaba las Tierras del Oeste de Asia— caían dentro de la antigua categoría de *terra incognita*. Y docenas de pueblos, lenguas y costumbres se «descubrían» y «publicitaban» mes a mes. Echar un vistazo a aquellas páginas, a aquellos informes e ilustraciones le producía una especie de fascinación. No hacía falta volar a bordo de uno de esos dirigibles que ella tanto temía hasta alguna esquina remota del planeta, pues cada uno de esos reportajes la transportaba a una realidad totalmente distinta de la suya.

Sin embargo, y a pesar de su interés, la muchacha era consciente de que todo aquel asunto de los «descubrimientos» tenía un sesgo muy oscuro. Aunque la geografía de aquellas tierras no estaba reflejada en las cartas de los países llamados «poderosos», estaría probablemente recogida de forma minuciosa en los mapas mentales —o físicos— de los seres humanos que allí habitaban desde tiempos inmemoriales. Otro tanto ocurriría con las culturas: las lenguas e historias de esos pueblos tampoco estaban incluidas en las grandes enciclopedias, pero ¿significaba eso que no existían? ¿Eran invisibles,

acaso? ¿Es que recién comenzaban a «existir» cuando eran «descubiertas», cuando aparecían en los papeles escritos de las «naciones civilizadas»? ¿Se recogían en algún sitio las opiniones de los «descubiertos» sobre los «descubridores», o no importaban siquiera?

¿Podía hablarse, pues, de esos países y gentes como de «nuevos descubrimientos», como hacía aquella revista cuando se refería, por ejemplo, a las últimas expediciones a las aldeas guaraní-mbyá del alto río Paraná? ¿Cómo era posible que se siguiera contemplando el universo desde un sólo lado, sin tener en cuenta las visiones de los demás, sin respetar en absoluto su idiosincrasia y su forma de ser?

«¿Es que nadie aprende de las lecciones del pasado?» solía preguntarse la joven cuando pensaba en ello. «¿Nadie recuerda que esto ya nos pasó a nosotros? ¿Es que nadie tiene *memoria*?».

Más allá de ese espinoso asunto, Isabel vivía en una época en la cual las ciencias progresaban casi prodigiosamente, y aquella revista que tenía entre manos daba buena cuenta de tales adelantos. A ritmo vertiginoso se desarrollaban mejores combustibles a partir de productos vegetales, se aislaban nuevas sustancias medicinales procedentes de insectos y flores, se perfeccionaban sistemas de provisión de energía doméstica a través de la descomposición de basura o la utilización de la fuerza del sol, el viento, el mar y los ríos...

El pensamiento más tradicional de los pueblos de las Tierras del Oeste había influido de manera profunda en las raíces de la *ciencia* moderna. De hecho, rasgos como su respeto por la «madre tierra», su conocimiento de los recursos y los ritmos naturales y su adoración por el sol constituyeron las bases filosóficas a partir de las cuales se habían generado numerosos avances

tecnológicos, esos que proveían a muchos —pero no a todos, lamentablemente— de sustento y bienestar.

Sin embargo, tales aportes no habían partido sólo de las Tierras del Oeste. Una proporción significativa de aquellos saberes y adelantos provenía de Asia, especialmente del poderoso *Zhongguo*, el «Reino Central», el célebre «Catay» de Marco Polo. Y de los países árabes. Y de los estados de África... Todos ellos, a lo largo de su dilatada historia, habían visto florecer en sus ciudades y campos las artes y las ciencias, y tal acervo —enorme, valiosísimo— había sido aprovechado, mejorado y vuelto a aprovechar a través de ciclos y siglos. Con el correr del tiempo se habían formado fuertes polos de conocimiento y tecnología en el mundo. Los centros de investigación mayas del Yucatán se habían especializado en medicina y los de Beijing, en comunicaciones y transportes. Las Altas Casas de Estudio y las bibliotecas de Timbuktu eran las mayores productoras de libros y las principales gestoras del saber del globo, seguidas de cerca por las del norte de los Estados Germanos. La Confederación Rusa poseía las mejores instituciones de desarrollo de oficios manuales, y Constantinopla, Damasco y Bagdad eran espacios inigualables de educación y enseñanza. Bagdad, en especial, se había destacado por ser puntera en lógica, matemáticas y astronomía, y Constantinopla, en filosofía. Las ciencias de la naturaleza y la agricultura habían hallado su epicentro en Cuzco, y las ingenierías, en los numerosos reinos que ocupaban aquella tierra antaño llamada «India». El resto del planeta, recordaba Isabel, era una especie de limbo ocupado en producir materias primas baratas y mano de obra migratoria para aquellos núcleos de poder e información. La muchacha, como buena bibliotecaria, reparó en la asociación de esas dos últimas palabras. Sabía que *la información era poder*, y que aquel que la producía, poseía y organizaba —y ése no era el caso de los

antiguos países de su Europa occidental— dictaba las reglas con las que funcionaba el mundo.

Volvió a su revista y al artículo de divulgación que estaba leyendo. En él, una investigadora del «Centro de Estudios de la Tierra» de Cuzco exponía someramente la «Teoría Pachamama», la cual establecía que el planeta —junto a todos sus habitantes— era un solo ser vivo: una gigantesca entidad con latidos y pulsos propios, con inmensos órganos verdes y fluidos azules, con un aliento tenue y con una piel de tierra y agua que debía ser continuamente alimentada y protegida para que los ritmos y ciclos internos pudieran mantenerse de forma equilibrada.

En mitad de la lectura fue interrumpida por su jefa, Axayacatl.

—*Isabel, xnikneki nimitspajsolo ika in, pero... nikneki xkixmati un investigadotl de African...*

—*No, no, está-kuajli... Melak nipakis ika nikixmati...*

—*Tejua melak titenotski... Mucho niktlasojkamati...*²

La mujer le pidió que la acompañara al interior del edificio, y allí le presentó a un hombre de unos cuarenta años largos, de aspecto indudablemente africano, con parte de la cara marcada por lo que parecía un complejo diseño de cicatrices.

—*Isabel, yejua Usmar. Usmar, yejua Isabel...*

² —Isabel, no quiero molestarte con esto, pero... quiero que conozcas a un investigador de África...

—No, no, está bien... Estaré muy contenta en conocerlo...

—Eres muy amable... Lo agradezco mucho...

«*Panolti*» saludó Isabel mientras le daba la mano con una sonrisa forzada. «*Panolti*», respondió el hombre, incómodo, devolviendo el saludo con ambas manos. Ella no entendía a cuento de qué venía aquella presentación: temía ver sumada, a sus numerosas tareas, la de acompañante de aquel extranjero. Por su parte, el recién llegado, además de no manejar con soltura la Lengua Oficial, no estaba demasiado acostumbrado a tratar con personas jóvenes. Mientras se observaban mutuamente, la jefa de la muchacha explicó que aquel hombre, Usmar Dookire, pertenecía a un programa de intercambio internacional del gobierno español con el de su país, la tierra de los fulbe. Trabajaba en Timbuktu, corazón cultural de aquel estado y de todo el occidente de África. Allí, en una de las más importantes Altas Casas de Estudios de la ciudad —la de Sankore— llevaba a cabo sus reconocidas investigaciones sobre la «llegada» mexica a España. O, al menos, así lo expresó Axayacatl.

En aquel momento, Isabel suavizó un poco la expresión adusta de su cara.

La joven debía mostrar al invitado el área de depósito, pues éste utilizaría sus fondos durante los tres meses siguientes y era aconsejable que tuviera un primer contacto con la colección de mano de una persona que la conociera bien. Asintiendo, la muchacha indicó al africano que la acompañara.

—*Ken tinemi?*— preguntó Isabel más relajada, mientras se encaminaban a los sótanos.

—*Kuajli ninem³*— respondió el otro sin más.

³ —¿Cómo está? —Estoy bien.

—*Xuajla, xkalaki*— le invitó a entrar al depósito en donde ella pasaba sus días. «*Xmotenmatí*»⁴, avisó, señalando los traicioneros escalones, resbaladizos por la humedad. El hombre contemplaba atónito el enorme archivo y las pésimas condiciones de trabajo y conservación. Isabel sonrió para sus adentros. «Y no sabes lo que te queda por descubrir, amigo...».

—*Y... titlajtoua kaxtijlan?*⁵— quiso saber la muchacha.

—Sí...— contestó el africano con cierto alivio. —Mejor que la Lengua Oficial.

—Eso está bien... ¿Cuál es su lengua natal?

—Pulaar.

—Ahhhh...— exclamó la chica. —Bella lengua... Pero también habla usted náhuatl.

—No... Sólo un poco vuestra Lengua Oficial.

Isabel tuvo que reconocer que aquello no era lo mismo. En teoría, la Lengua Oficial era el náhuatl clásico, y ésa era la que ella había aprendido en la escuela. Pero en la práctica, tanto la escritura como el vocabulario e incluso algunos rasgos gramaticales de una y otro eran distintos. Muy distintos. Pensó que, en ese caso, ella hablaba, además del castellano, dos lenguas. O una lengua y su dialecto...

—Sí, son diferentes.

—Aquesto sucede a menudo— repuso Usmar. —En Canarias, háblase una Lengua Oficial que une amazighe, hassaniya, castellano, portugués y

⁴ Venga, entre — Tenga cuidado.

⁵ Y... ¿habla castellano?

náhuatl. Mas ellos también dicen que hablan náhuatl.

—No lo sabía... ¡Vaya mezcla!— dijo la chica, reparando que el hombre usaba un castellano antiguo, quizás aprendido a través de los documentos que estudiaba.

—Para mezclas, esa lengua revolucionaria inventada en Europa... *Iya kalembi?*— intentó recordar el nombre el africano, en su propio idioma. — Ah, sí... El *mondalinguo*.

—Pero nadie habla *eso*, ¿no?— preguntó la chica, confundida.

El *mondalinguo* era una lengua pan-europea, armada con una estructura gramatical extremadamente sencilla —pero no por eso incompleta o pobre— y con palabras procedentes de raíces griegas, latinas y germánicas. Había sido un intento de los rebeldes y revolucionarios de aquel continente de crear un código común que les permitiera, si no sacudirse, al menos contrarrestar el peso de los yugos impuestos ideológica e idiomáticamente por sus principales dominadores: los árabes de habla semítica, los mexicas de habla náhuatl y los otomanos de habla turca. Pero, más allá del sueño utópico y romántico de tener una lengua común de resistencia en una Europa dividida y dominada por fuerzas y poderes extranjeros, aquel idioma no había tenido demasiado éxito. Manejado en su momento por unos pocos idealistas, había caído en el desuso.

—Quizás aún no conozcas todo el valor que las palabras y las lenguas pueden llegar a tener...— contestó enigmáticamente el africano, mientras deslizaba los dedos sobre las superficies polvorientas de los libros del depósito. Se detuvo en uno en cuyo lomo aparecía, en relieve, el antiguo acueducto de Segovia. Lo extrajo de su sitio y consultó el título. En su cara se dibujó una expresión que Isabel no supo interpretar, por lo cual oteó, curiosa,

la portadilla. Eran los *Viajes por las Tierras del Este* de M. Ahuicyani.

—¿Haslo leído?— preguntó el africano. Isabel negó con un gesto mudo, y Usmar mostró cierta decepción en sus ojos. «Pues es recomendable» agregó, mientras devolvía el libro a su lugar. La muchacha se acordó de que, hacía un tiempo —precisamente el mismo día que encontró las *Crónicas*— se había prometido echarle un vistazo a ese tomo. Quizás aquella fuera la ocasión. Tomó el libro de la estantería y se lo colocó bajo el brazo.

—Hay que seguir los consejos de los que saben, ¿no?— sonrió. Usmar le devolvió el gesto con una incipiente cordialidad.

—Así es. Y como tú eres la experta aquí, ¿puedes darme consejo sobre qué leer?

—¿Sobre la «llegada» mexica a España?

El hombre arrugó el entrecejo como si acabara de tropezarse con un problema.

—El término... es «correcto», mas... no es exacto... Yo diría... la «invasión»...

—Yo diría lo mismo— asintió la chica, intentando generar confianza en su interlocutor.

—Me alegra saberlo— suspiró el investigador.

El resto de la mañana transcurrió lentamente, dándole tiempo a Isabel de identificar las necesidades de su «invitado» para poder aconsejarle las fuentes documentales más pertinentes. De libro en libro, de manuscrito en manuscrito, el africano elaboró un listado de medio centenar de tomos de

consulta obligatoria para su trabajo, y se anotó otros tantos que revisaría por el simple placer de leer. Para cuando se retiró —satisfecho y prometiendo volver a visitarla pronto— la chica se sentía exhausta y con un hambre atroz. Decidió aprovechar el hermoso día regresando al patio del Archivo, donde se comería un tentempié antes de continuar su jornada laboral. Al ir a buscar algunos granos de *cacahuatl* en su bolso se tropezó con los *Viajes*. Los debía haber dejado junto a él en algún momento de la mañana para no olvidárselos. Con el libro en una mano y los granos de *cacahuatl* —que servían de moneda— en la otra «subió a la superficie», al aire limpio y al sol que la esperaban fuera.



Este es el relato de los viages de Miquiztin Ahuicyani, nascido en México-Tenochtitlan, en el calpolli de Atzacualco, fijo de Tlacoachcuetzin, guerrero de la Casa de las Águilas e escribano del reyno en la cibdad de Sevilla.

Fui enviado del gobernador Huehneh Tzacatzin de Sevilla por las Tierras del Este, llamadas Europa por los naturales dellas. He aquí la chronica de los grandes e peregrinos sucessos que vide, e de los paisages que atravessé, e de las cibdades que conocí, e la relación e notizia de los quoriosos uzos e costumbres de los naturales de aquestas tierras.

Así comenzaban los *Viajes*, impresos en Segovia hacia 1600 del calendario juliano, traducidos al castellano y profusamente ilustrados por un artista conocido como Tlacuicani, el cual realizó dibujos al estilo mexica para proveer al texto de imágenes vivas. El texto acababa de conquistar toda la atención de Isabel. ¿Qué contaría en esas páginas un viajero mexica al observar con sus ojos extranjeros un universo nuevo para él? ¿Que diría sobre esos «uzos e costumbres» europeos? ¿Cómo los habrían interpretado las elites y los lectores de la metrópoli de Tenochtitlan, en quienes muy probablemente estuviera pensando el autor al escribir aquella obra?

Con suma delicadeza pasó las destrozadas hojas, muy maltratadas por los años, y ya desde los primeros párrafos se dio cuenta de que los juicios allí vertidos le iban a escocer.

La primera cosa que llama la atención en aquestas tierras son las gentes que las habitan. Son sus rasgos los más diferentes que imaginarse pudiera de aquellos de los pobladores de México-Tenochtitlan e las otras Tierras del Oeste. Es su piel blanca e sin la color, como desluzida o desteñida, o como cubierta de cal como las ojas de papel de corteça que se blanquean para escribir en ellas. Sólo con el sol algunas de esas pieles toman una color que semexa la nuestra. Los ombres han pelos en todo el cuerpo, mas por demás en la su cara. En la lengua de la Castilla, a esos pelos llaman «barbas» e «bigotes». Los primeros déxanselos en el mentón e megillas; a vezes córtalos con una cuchilla afilada, e nunca se los arrancan, que doloroso e cruel les paresce tal negozio. Los segundos llévanlos so la nariz, por sobre el labio. Es

costumbre entre algunos ombres el dexarse esos «bigotes» largos e curvar las sus puntas hazia arriba, e dízenme que para algunos es signo de harta distinzión. A lo largo de todos mis viages he visto muchos modos e maneras de aquestos «bigotes», e todos me parecieron suzios e repelentes, mucho más quando comen e déxanselos llenos de caldos, sopas e otros mexunges que ellos tienen por costumbre tomar. También algunas mugeres he trubado con «bigotes» poblados, e es aquesto espetáculo que proboca harta impresión, que siendo de ese sexo semexan ombres, e nada hacen por remediallo.

Los pechos, braços, manos e piernas de los ombres son peludos también, que no tienen por costumbre cortarse esos pelos con cuchilla, ni arrancallos, que, como tengo dicho, tienen por asunto doloroso. E las mugeres llévanlos hartos e bien poblados por debajo de los braços, en los sobacos, que varias vide yo e dan imagen mui repunante con ellos, e también un fortíssimo mal olor. Mas dello no se preocupan, como se dirá.

La color de los cabellos es harto diversa, que es aquesto grande maravilla: algunos hanlos amarillos o dorados, otros roxos o bermexos, otros castaños e marrones, e otros, finalmente, como los nuestros. Llévanlos las mugeres largos, e adornados de distintas guisas, e los ombres del pueblo llano *macehualtin* llévanlos cortos a la altura de las orexas. Algunos nobles llevan cabellos largos, recojidos en una cola a la nuca, o sueltos, que en ello hai distintas costumbres, e tantas como naciones. Son sus cabellos más finos que los nuestros, débiles, e son muchas las gentes que los llevan ondulados o con curvas, que es cosa natural

e sin artificios e no entiendo todavía como pudieron ser creados así.

Los ojos son grandes e redondos, como de lechuças, que asombra que no se hagan daño con la luz del sol o con el polvo. La color de los ojos es tan variada como en los cabellos. Muchos son claros e desteñidos como las sus pieles, de la color azul, verde, gris o miel. Otros son oscuros, e pocos hai tan negros como los nuestros. E en algunos lugares de aquestas tierras, ojos oscuros son tenidos por traydores o echiçeros e bruxos, e como esa, mui muchas otras costumbres he trubado que parescen ridículas e dignas de risa. Mas son estas gentes mui dadas a esos tipos de crençias, que, junto con otras, prueban su innorancia e su baxa naturaleça e condición.

Había leído algunos relatos de la época escritos por los invasores acerca de lo que encontraron en España y en el resto de Europa, pero pocos tan mezquinos como aquel texto. Tratar lo «distinto» como execrable, como «bajo», como «ignorante» o «ruin» le parecía una barbaridad discriminatoria. Respiró hondo y siguió leyendo.

Las sus caras son redondas e finas e las narizes, de tantas e tan diversas guisas que sería imposible numerallas. Haylas cortas, romas, rectas, finas e gruesas, e pocas como las nuestras. E algunos las llevan mui suzias siempre de mocos, *yacatolli*, e usan para limpiallas a vezes unos trapos más suzios aún que llaman en Castilla «lienços de narizes», mas no alcanço yo a entender

como pueden limpiarse con algo que está más podrido que la su nariz e que apesta a enfermedad e a muerto. E ciertamente, que lo vide yo con los mis ojos, verdes los llevan de tanta basura seca como acumulan en ellos, mas tan alegremente los despliegan, sacándolos de las sus mangas, e se suenan con ellos las narizes con harto ruido e pompa, que pareciese aquello espectáculo honroso e divertido para ellos.

Allí donde las pieles de las caras son más blancas, llevan sobre ellas como puntos oscuros e pequeños que, a primera vista, paresciéronme tatuages e dibuxos quiriosos, mas que luego supe de ser naturales, e que llaman «pecas». E dixéronme que, en teniendo la piel tan clara, el sol las ofende mucho e súrgenles entonces esos puntillos, que son como marcas que les dexa el sol allí puestas. Tales marcas aparéscentle casi siempre sobre la nariz e en las megillas, e no pueden quitárselas con nada e son así para siempre. Aunque en las islas que llaman Británicas oí dezir yo que moxaban las caras de las mugeres en edad de casarse con lienços empapados en un líquido que llaman «leche», que luego describiré, e que aqueso borraba las «pecas». E en algunas mugeres son como rosas o pardas e hartos ombres truban que, con ellas, las dueñas son más galanas e hermosas. Mas no hallélo yo así, que me pareció que llevan las caras suzias o mal pintadas, e no las fazen más bellas en nada.

Las orexas son del regular tamaño, e los ombres no acostumbran aguxereallas, aunque algunos dellos sí lo fazen, e llevan en ellas unos colgantes senzillos, como arillos de metal. Porque no usan de ofrescer la su sangre a sus dioses —e tienen

tantos o más que los nuestros, que es aquesta cosa de estrañarse— no tienen cicatriçes en sus orexas, como es costumbre e uso de muchas de las gentes de nuestras tierras. Mas de esas cosas hablaré prolixamente en más adelante, que no es agora momento de escribillas. Pocas otras cosas pueden señalarse de aquestas gentes, a no ser su mal olor, que a qualquier persona común espantaría desde lejos, mas que entre ellos no es tenido en cuenta. El no bañarse cada día, e el no haber costumbre de fazello sino en contadas ocasiones, hace que hiedan como animales, aún más si viven, como es su uso, entre ellos e con ellos. Pues, como se dirá luego, muchos dellos —sobre todo los *macehualtin*— tienen sus animales dentro sus casas, e a vezes en los mexores lugares, siendo como son su prinzipal sostento.

Llevan sobre ellos muchas pulgas, chinches e otras alimañas pequeñas, que no tienen cuidado de quitarse, e entre sus pelos viven pioxos e liendres. E hanme dicho —que eso yo no lo he visto, ni vello quiero— que en los pelos de sus bergüenças también cargan alimañas destas, que llaman «ladillas». E llevan la piel con marcas e picaduras de aquestos bichexos, e grande escoçor e padescimientos les provocan, que pronto se libran dellos con un simple baño.

Llevan los cabellos grasos e suzios, e ciertos dellos, siendo más ricos, ocúltanlos con «pelucas», que son unos asombrosos tocados a manera de cabelleras con pelos cortados a otras personas. E mueve a risa pensar que, en vez de limpiar los sus cabellos, ponen por sobre su mugre un gorro con los pelos de otras personas, por disimular su desaliño. E aquesta costumbre es

tenida por harto honrosa, e sólo la gente rica e poderosa, como digo, puede portar «pelucas», que mui caras son.

Las mugeres son harto diestras en ocultar sus olores e imperfetos con toda clase de afeites, pinturas e aguas de aroma, mas en vez de usallas para realçar sus beldades, úsanlas para ocultar sus defetos.

Esa era, pues, la impresión primera que habían tenido los invasores al recorrer Europa: la de una tierra poblada por individuos raros en su apariencia, sucios, malolientes y con costumbres bárbaras. Las ilustraciones que intentaban recrear esas opiniones mostraban esperpentos ridículos, descuidados, peludos y en las posiciones más azarosas que uno podía imaginarse. Sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas de frustración, de rabia, de impotencia... Su pasado quedaba allí reducido a un puñado de caricaturas, a un listado de horrores donde se enumeraban algunos hábitos de antaño elegidos de modo efectista para divertir al lector «civilizado». Desgraciadamente, ésa era la imagen que sobre los europeos —*su gente, su pueblo*— se había difundido en un puñado de libros como aquél que, en un lejano siglo XVII, sin duda habrían sido tremendamente populares.

Lo que la muchacha acababa de leer era sólo el principio. Sin embargo, en esa breve introducción los suyos ya habían sido etiquetados como poco menos que salvajes.



Aquella misma tarde, antes de abandonar el Archivo, Isabel se cruzó de nuevo con el investigador africano, que bajó a los depósitos a buscar unos ejemplares. La chica señaló con el mentón el tomo de los *Viajes*, apilado junto a otros encima de su mesa.

—Ya le eché un vistazo a su «recomendación»— dijo con resentimiento.

—¿Y...?

—¿Y qué quiere que piense?— respondió, casi agresiva. —Jamás había leído tal sarta de mentiras.

—¿Mentiras?— repitió el hombre, alzando una ceja. —*O'o!* No, no, no... Sólo la versión del vencedor, que explica las cosas según sus intereses. Como lo haría el vencido si hubiese la oportunidad, *nee*.⁶ El problema es que la voz del primero se amplifica y se potencia de mil maneras, mientras que la del segundo raramente se escucha y a menudo es silenciada. Es por eso que te sientes agraviada— aclaró, usando el término castellano antiguo. —Porque has leído un texto sin equilibrio. Una sola de las campanas, como decís vosotros... Te parecerá injusto...

—En efecto. Me parece injusto— interrumpió Isabel la frase.

—...mas tantas cosas hay que son injustas en este mundo...

—No es consuelo— replicó la muchacha, aprestando su bolso para marcharse.

—Si consuelo buscas, Isabel, y si aún crees que lo que has leído son sólo mentiras, piensa en un refrán de mi gente. *Fenaande ñappay kono*

⁶ En pular, «¿Cierto?».

duwataa. «Una mentira construye un techo que no da sombra».

—Es un buen refrán— admitió la chica, suavizando su tono. Al fin y al cabo, aquel hombre no tenía la culpa de su enfado.

—Sí, sí que lo es... Mañana volveré a seguir trabajando— anunció Usmar retirándose. —Y, si tú quieres y me lo permites, podemos hablar de historias antiguas.

—Hasta mañana, pues...

—*Si Alla jabi...*⁷



Caía la noche. Y con la oscuridad había vuelto el frío.

Isabel calentaba medio cuartillo de agua para hacerse una generosa ración de té de romero, tomillo y escaramujos secos, todos ellos cosechados en Buitrago durante la primavera, el verano y el otoño anterior. Fuera sonaban las bocinas de los templos de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, levantados en pleno casco medieval toledano, sobre las ruinas de dos antiguas iglesias, las de San Cipriano y San Lorenzo. Pronto se escucharían las de los templos de Tlaloc, Tezcatlipoca y Coatlicue, erigidos, como era de esperar, sobre los restos de lugares de culto cristiano.

Tras el eco sordo de aquellas bocinas sonaron débilmente las esquilas del rebaño de ovejas que solían pasar la noche en un corral cercano a la pensión de Isabel. Para la muchacha, oír aquello era como escuchar las dos campanas de las cuales le había hablado aquel africano por la tarde: la voz del

⁷ En pulaar, «Si Alá quiere».

universo tradicional castellano, que sobrevivía a duras penas, y la de los descendientes de los conquistadores y de todos aquellos que, arrinconando sus raíces, habían abrazado la nueva religión y tantos otros rasgos. Aquellos sonidos eran las dos caras de una misma moneda, un mundo con cimientos añosos bajo una fachada restaurada que incorporaba elementos ciertamente odiosos para algunos castellanos. Vencedores y vencidos, todos juntos en una sociedad cuya argamasa rezumaba intolerancia.

Eran muchos los «castellanos puros» que preferían el olvido o la ignorancia a tener que afrontar la herencia histórica que cargaban. Ella misma había aprendido —y hablaba a la perfección— la lengua de quienes habían querido acabar con muchos pueblos como el suyo. Aunque no había renunciado al sabor de las palabras que compartía con su gente, no podía evitar el gusto amargo que le quedaba en la garganta cuando tenía que traicionarlas. No era ése el camino hacia la sociedad «plural» y «diversa» de la que tanto presumían en sus discursos los gobernantes. Ellos sabían, mejor que nadie, que encerrando entre cuatro paredes las voces del pasado sólo se escucharía una música monocorde y autoritaria en el futuro: la que ellos compusieran.

Las manos de Isabel buscaron el calor de la taza de barro en la que acababa de verter la primera ración de té. Sentándose en la cama, trató de distinguir el lejano dolondón de los cencerros.



—¿Por qué investiga lo que investiga, Usmar?

El hombre estaba en cuclillas, con la espalda apoyada contra unos estantes del depósito del Archivo y un manuscrito viejo y cubierto de moho sobre las rodillas. Isabel catalogaba un ejemplar en su mesa de trabajo. María, para no perder la costumbre, había desaparecido. Usmar detuvo su lectura y se mantuvo unos momentos en silencio, como si construir la respuesta le resultara muy difícil.

—Tápate un oído, por favor— dijo al fin. Isabel se lo quedó mirando, sin entender, y el africano insistió en su petición. Confusa, la muchacha alzó una mano y obedeció.

—¿Cómo me oyes?

—¿Que cómo le escucho? ¡Pues mal!

«*Mi faamaali... Haliree ðoy...*» musitó el hombre y le pidió que hablara un poco más despacio. Isabel se explicó mejor.

—Lo escucho mal. ¿Cómo quiere que le escuche, teniendo una oreja tapada?

—Pues de eso se trata mi trabajo. De destapar esa... «oreja»... que está tapada, para que la historia se escuche mejor. O... más completa, al menos.

La chica sonrió, dejando caer la mano. La metáfora no era gran cosa, pero el experimento resultaba bastante esclarecedor.

—Ya, pero... ¿sirve de algo conocer la historia entera cuando ya no se puede hacer nada para cambiarla? ¿No es mejor pasar página, en vez de vivir una vida llena de malos recuerdos que al final te la amargan y te llenan de odio?

El africano quedó pensativo un momento. La falta de convicción con que Isabel lanzó esa segunda pregunta hizo que éste sospechase que la muchacha no creía lo que acababa de decir pero que, de algún modo, lo estaba haciendo partícipe de sus propias dudas, de su lucha personal. Por eso quería actuar con cautela y escoger bien la respuesta.

—Perdón, mas... creo que lo que tú mencionas son dos extremos. Hay muchas posibilidades en el medio.

—¿Podría usted nombrarme una? ¿Sólo una?

—Saber de dónde vienes, y porqué eres quien eres y como eres, *giđo*.⁸

—No le veo la utilidad al asunto. Yo sé quien soy— repuso la chica, incómoda.

—Tú lo sabrás, cierto soy, mas mucha gente puede conformarse con el relato de libros como los *Viajes* de Ahuicyani. Mucha gente puede creer que sus antepasados fueron «eso», porque así está escrito. Puedes imaginar el futuro que les espera.

—Ya... La cuestión es no avergonzarnos de nuestro origen.

—Ésa puede ser *una* de las cuestiones, sí. Conocer todas las voces, las extrañas y las propias, para saber quién es uno realmente.— El hombre cerró el manuscrito pero no se movió de su sitio. —Para mí, mi trabajo significa buscar un poco de equilibrio en un mundo que no lo tiene.

—¿Y por qué estudia usted *nuestra* historia?

—Ya estudié la mía. Mi pueblo, el pueblo fulbe, es la voz vencedora de mi tierra. A principios de vuestro siglo XIX uno de nuestros líderes comandó

⁸ En pulaar, «Amiga».

una guerra santa, una *yihad* contra los hausa, nuestros vecinos. Los vencimos y dominamos. Muchos otros jefes siguieron su ejemplo, y derrotaron a los bambara, a los dogon, a los dyula... *Nuestra* historia fue la que se contó, fue la que oí en mi casa de pequeño y en la *madrassa* donde estudié. Pero cuando me casé con una mujer hausa, aprendí de los labios de mi esposa la historia de *su* pueblo...

Isabel escuchaba atenta, adoptando esa particular manera suya de sentarse: los pies encima del asiento, las piernas encogidas, los codos apoyados en los brazos de su silla, las manos entrelazadas a la altura de la barbilla y la cara entre las rodillas. Comenzaba a entrever el fondo de aquel relato.

—...y eso cambió mi... mi cabeza, mi forma de pensar ¿me comprendes? Entendí que el mundo es mucho más complejo de lo que creía, que la realidad no es justa, y que hace falta harto esfuerzo para intentar comprenderla.

—Con todo mi respeto, Usmar, creo que es usted un idealista.

—Sí, lo soy,— reconoció el hombre —y es todo un honor. Cuando terminé de estudiar la historia de mi tierra, me dediqué a aprender castellano para poder estudiar la historia de la vuestra. Porque es un caso que... que apasionaría a cualquier historiador crítico. Las invasiones mexicas dejaron una increíble estela de silencio tras ellas. Y el silencio siempre es sospechoso. Especialmente en la historia.

—¿Y por qué aprendió castellano y no náhuatl?

El hombre le devolvió una mirada elocuente, antes de contestar:

—¿Qué voz es la que quiero oír?

«Ya...» asintió la muchacha. «Hay voces que suenan tan fuerte que no necesitan que nadie las amplifique. Pero, aún así... hay gente que lo hace. Estar del lado del poderoso siempre es más seguro. Y mucho más fácil». En aquel momento admiró al estudioso africano, por su valentía y por lo mucho que significaba su trabajo, en el cual había vuelto a concentrarse. Y se dijo que, de algún modo, lo que ella estaba haciendo con las *Crónicas*, si bien no era lo mismo, perseguía algo parecido.

Ese pensamiento la acompañó a la salida del trabajo, cruzó el puente de Alcántara con ella e inundó el cuarto en el que vivía. Y se hizo tan fuerte que la animó a abrir nuevamente el *Libro del Guerrero*, allí donde un rústico señalador marcaba la última página leída.

X

TOLEDO, 1972

—Isabel, perdona, pero preguntan de arriba que si recuerdas cómo se llama el dirigente de los católicos.

—¿Y tú no lo sabes? ¡El Papa!

—¿Yo qué voy a saber, niña...?— replicó la otra, para luego insistir. — Que cómo se llama el fulano.

Isabel se encogió de hombros.

—No, de eso no me acuerdo.

Su interlocutora enarcó una ceja, agresiva.

—Ah, ¿así que no lo sabes?

«Curiosa conversación» pensó la chica cuando su compañera ya había subido las escaleras del depósito del Archivo, blasfemando entre dientes. «Estuve a punto de mandar al diablo a una castellana *nativa* por no saber quién es el dirigente de la religión de sus antepasados, y resulta que ni yo misma recuerdo su nombre». El catolicismo era un credo minoritario en las Tierras del Este, un fragmento residual de una fe antaño muy extendida que gozó de gran influencia. Las invasiones habían destrozado sus estructuras y borrado su poder, y la habían condenado como «creencia de ignorantes y borregos». Había sobrevivido milagrosamente al paso del tiempo y los

gobiernos, a las prohibiciones y a las masacres, pero actualmente el número de sus fieles no era mucho más alto que el de hablantes de inglés o el de intérpretes de gaita: unos pocos miles.

Al igual que la lengua de aquella ignorada isla del Mar del Norte o las estremecedoras notas de ese instrumento de viento, el catolicismo atravesaba sus horas más bajas y su presencia en las Tierras del Este era meramente testimonial.

Isabel había sido educada en el seno de una familia católica. Conocía los ritos, las tradiciones, las oraciones... Pero ella era atea. Dejar su destino en manos de una potencia superior, ignota, invisible y omnipotente le parecía ridículo. Y aún más ridículos le parecían los castigos con los que esa divinidad amenazaba a sus seguidores si no cumplían sus deberes religiosos. Así que había decidido desligarse de toda creencia. Sin embargo, por ser quién era y haber nacido donde había nacido, su vida estaba salpicada de costumbres tan católicas como jurar por Dios, celebrar la Navidad y los Reyes Magos, blasfemar recordando al infierno y su señor rey... Por eso, a pesar de no ser creyente ni practicante, tenía cierto vínculo con esa religión y la consideraba un componente más de su herencia cultural. Y le molestaba —como lo hacían tantas otras cosas, desde su particular perspectiva personal— que otros castellanos menospreciaran ese legado.

Aunque, por supuesto, tampoco ella estaba «libre de pecados», por hablar en términos propiamente católicos. «¡Mira que no saber cómo se llama el Papa...!» se recriminaba mientras limpiaba unos libros.

El Papa... En los tiempos antiguos había sido uno de los personajes con mayor poder sobre la tierra. Sus bulas en latín dividieron el mundo, decidieron el destino de miles de hombres, condenaron a muerte a otros

tantos, fiscalizaron, legalizaron, ordenaron, denegaron... En los tiempos de Isabel, el Papa era para el mundo algo así como el sumo sacerdote de un antiguo rito, decadente y reaccionario, que moraba en *Huehue Roma* —la parte antigua de la «Ciudad Eterna»— y que de vez en cuando se despachaba con algún mensaje sobre las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo, el matrimonio múltiple, el uso de hongos alucinógenos, el control de los nacimientos o los sacrificios de sangre. Mensajes que sus vicarios transmitían a los fieles en los territorios en donde el catolicismo aún subsistía y estaba permitido; es decir, en la Confederación de las Tierras Canarias, en los seis países que ocupaban la antigua Francia, en los quién-sabía-cuántos que llenaban la «bota» italiana y en los cinco que se repartían la Península Ibérica: Portugal, *Euskal Herria*, la República de la Nueva España, las *Terres Catalanes* y el Reino de Granada o *Al-Mamlaka al-Garnat*.

Había llegado la hora del descanso y la joven se animó y optó por subir al patio del Archivo llevándose consigo los *Viajes* de Ahuicyani. Estaba decidida a seguir el consejo de Usmar y lo iba leyendo poco a poco, a pesar de que cada página le provocaba un cólico. Todavía tenía bastantes búsquedas pendientes referidas a las *Crónicas*, de manera que por la tarde no le quedaría tiempo para aburrirse ni para distraerse, ocupada como iba a estar con ellas.



La parte de los *Viajes* que estaba leyendo hablaba precisamente de religión. «No podía haber llegado en un momento más oportuno», se dijo.

Han en todas las Tierras del Este grande número de dioses, que para toda causa e problema han uno al que invocar e pedir protección. E llámanlos «sanctos» e «sanctas», e a otros de más grande poder e reverenzia llaman «archángeles» e «apóstoles» mas no sé yo quales son las diferencias entre los unos e los otros, que, en siendo tantos, es cosa de harta confusión.

El mayor éroe e dios en las Españas es Santiago, e han numerosos relatos sobre él. Los guerreros de aquestas tierras solían apellidallo antes de lançarse al combate, de aquesta guisa: «¡Santiago e cierra España!». Mas aún no he podido aberiguar qué cosa significa el tal grito, como no sea tradizi3n mui antigua.

Este dios Santiago rescebe hartos nombres en las Tierras del Este, como Iacobo o Diego, que son también nombres de gentes. Pues cada dios ha un día de fiesta, como en las nuestras tierras, e los nascidos en ese día suelen llevar el nombre del dios que entonces gobierna. E aquesto no es tenido como falta de respeto al dios, como debiera ser, sino como cosa común e natural.

De los arqueros es protector el dios Sebastián, un guerrero muerto por sus enemigos a saetazos, según cuentan. E aqueste Sebastián es también el que libra de la peste, e a vezes se lo representa galano, mancebo e con rezia armadura, e otras atado a un palo e atravessado de flechas, que parescen haber estas gentes en alta estima el representar a los sus dioses en amarga agonía o muertos e cubiertos de sangre.

De los artilleros e polvoreros es señora la diosa Bárbara, a

la que también ruega el pueblo quando sufren fuertes tormentas. Del canto lo es el dios Gregorio Magno, siendo Gregorio el nombre e «Magno» como dezir «el Grande», o sea, como *hueyi Gregorio* o *Gregoriotzin*. E llámanlo así porque fue regente e autoridad prinzipal de la Iglesia. E la diosa de la música llámase Cecilia, e fue nombrada poco tiempo ha por el Papa de Roma como diosa. Pues es ese Papa, el más prinzipal de los sacerdotes, el que diz quien ha de ser «sancto» o «sancta» e quien no. E qué poder tiene para dezir tales cosas no lo sé, mas dízelo e todo el mundo lo acata e respeta. Porque los dioses de aquestas gentes son ombres e mugeres que en su vida fueron justos e piadosos, e después de muertos suben a los cielos e allí son poderosos e tórnanse dioses. E pienso yo que esto sea grande mentira e falazia, pues hombres muertos no pueden ser dioses.

De los animales de criar e los *cahuayomeh* es dios Antonio, que fue «Abad» o grande sacerdote de un templo. Este es poderosísimo e dízenme que también protexe a los pobres, a los namorados e a las preñadas. También es señor de las «carnicerías», que es do se vende carne, e de los «cementorios», que es do entierran a los muertos; e aquesto no es de estrañar, pues en las Tierras del Este una e otra cosa son quasi lo mesmo. E tiene este Antonio hartas narraciones e tradiziones, que diz que curaba enfermedades muchas, e que fue tentado por el «demonio», que es el dios malo de aquesta gente.

El protector de los viajeros es el dios Christóbal, e el de los carpinteros, el dios José, que fue el padre, según dizen, del dios e señor principal Iesús o Christo, de quien luego se hablará. Los

funzionarios encomiéndanse al dios Mateo, e los mineros e las freganchinas e dueñas de casa, a la diosa Ana, que fue abuela del dicho Iesús o Christo. De los estudiosos de los códices sagrados es protector Gerónimo. E de los ciruxanos, sacamuelas, sangradores, barberos e físicos lo son Cosme e Damián, que han menester de dos dioses por ser peligrosa la profesión, espezialmente para los enfermos. Aquestos enfermos elevan las sus súplicas a Pantaleón. Los maestros e oradores se encomiendan a Marcos, e los soldados e ginetes a Jorge, de quien dizen que mató una fieríssima bestia que llaman «dragón», que es como serpiente enorme e que echa fuego por las fauces e narizes. Pancracio protexe a los niños e a los que trabaxan. La diosa de los molineros es Catalina, e de los escultores es señor Lucas. E dexo la relazió aquí, por ahorrar molestias al lector: sépase sólo que cada nazió llama de una manera distinta al mismo dios en la su lengua, e aún entrellos no se entienden.

Isabel no tenía ni idea de que hubiera tantos santos en el panteón católico. Sabía de Santa Lucía, patrona de la vista, y conocía a Santa Bárbara, a quién se invocaba para exorcizar las tormentas de rayos y truenos. Pero jamás se había encomendado a San Pancracio, o a San Mateo... Su ignorancia la hizo sentirse aún más culpable de lo que se había sentido por la mañana: ¡si hasta un mexica viajero sabía más que ella sobre su propia cultura!

Presentan a los sus ídolos e dioses muchas ofrendas, e una dellas más común son las que llaman «velas». Son estas como

varas hechas de cera o sebo, que llevan en el medio un cordelillo, e a queste cordel prenden por un cabo de la «vela» e, en poniéndola vertical, dexan que se queme e se derrita la cera o el sebo. E así en los sus templos, que llaman «iglesias» en Castilla, han muchas «velas» prendidas, que dan grande humo e mal olor. E allí dentro de sus templos dizen las oraciones a los distintos dioses, siempre puestos de hinoxos, haciendo estrañas señales con la mano sobre frente e pecho, e contando a vezes las cuentas de un collarzillo que llaman «rosario».

E las hierarquías de aquestos dioses es complicada de dezir, que pienso que ni ellos la entienden, como no sea los sus sacerdotes e ofiziales. Pues en lo más alto está el dios que llaman simplemente Dios, e luego está Iesús o Christo e también el Espíritu Sancto. E los tres dioses son uno. E por debaxo de aquestos están la diosa Virgen María e el dios José e otros familiares del Iesús antedicho. E luego viene una corte de «sanctos» e «sanctas», cada una con su ofizio, e también «archángeles». E el «demonio», por ser el dios de todo lo malo e dañino del mundo, está por debaxo de todo. Mas él también ha la su corte, e allegados e servidores numerosos. E diz que vive a queste dios bajo la tierra, en un lugar que llaman «infierno» e que es casa de llamas e tormentos para los que han cometido errores en vida, que ellos dizen «pecados».

E supe que guardan partes del cuerpo de los sus dioses, que es grande maravilla aquesto, e cosa de no creer que puedan haber pedaços de huesos e pellexos de dioses. E aún las sus ropas e armas tienen con ellos, e adóranlas.

—¡Esto es el colmo! ¡Menudo imbécil!— escupió Isabel, indignada con las palabras de Ahuicyani. Luego, picando la página con su dedo índice, preguntó a voces: —¿Acaso vosotros no teníais las cabezas secas puestas en los «tzompantli» esos? ¿Y también un montón de estatuas y dioses? ¿Eh?

Un poco avergonzada, miró a su alrededor para comprobar que nadie había sido testigo de su exabrupto y continuó leyendo.

Vide en la cathedral de Valenzia, grande templo, las siguientes cosas, que ellos llaman «reliquias», que es como dezir cosa viexa: una costilla de la diosa Cecilia; la nuca del dios Pedro; el braço e la mano dextra con carne e piel seca del dios Lucas; un trozo de la cabeça del dios Sebastián; dos monedas de la venta del Iesús o Christo; un cuerpo entero de un dios que llaman Sancto Inocente; cabellos de la madre del antedicho Christo que dizen Virgen María; un pedaço de canilla del dios Andrés e otros de los dioses Jorge, Luis e Esteban; una camisilla del Christo cuando niño labrada por su madre Virgen María; un pedaço de pellexo del dios Bartolomé; unos dedos de Jorge; varios cuerpos de dioses; seis espinas de la corona del Christo; un pedaço de la bestidura de piel del dios Juan Bautista; la quixada del dios Matías, e mucho más. E tienen (e alábanse dello) muchos pedazillos de madera de la cruz en que clavaron e mataron a su dios llamado Iesús o Christo (que fue ombre), que es aquesto grande maravilla e cosa de risa. Pues si juntáranse todos los troços de cruz repartidos por las Tierras del Este e dados por berdaderos, poderían armarse más de tres cientos cruces. Mas

ellos dizen que todos son troços de una única cruz, la berdadera.

Ansí lo creen e nadie hai que los pueda sacar del su error.

A esas alturas de su lectura, la muchacha no pudo evitar sonreírse. Había leído bastante sobre algunas de esas prácticas religiosas antiguas y sabía que muchas de ellas aún continuaban vivas en el mundo católico. Sin embargo, en el resto del cristianismo, especialmente entre la mayoría protestante, la veneración de reliquias sagradas, imágenes de santos o cruces no estaba contemplada y era asociada a «idolatría», una práctica que, según tenía entendido, estaba condenada por la propia Biblia. Libro aquél, por cierto, que no se veía muy a menudo, ni en librerías ni en bibliotecas.

La hora de descanso terminaba, e Isabel pasó algunas páginas, curiosa, intentado ver de qué más trataba el libro. Tenía la costumbre de leer el final de las novelas apenas las había comenzado, y de adelantarse hojas o capítulos para saber cómo continuaba la historia o la trama de lo que leía. Por mero autocontrol había evitado hacer eso con las *Crónicas*, y bastante esfuerzo le costaba. Lo que encontró en los *Viajes* no la alentó a seguir:

Son aquestas gentes tan olgaçanas que, para laborar la tierra, utiliçan ciertos grandes animales que llaman «bueyes», e unos fierros que llaman «arados» que ienden la tierra e ábrenla en surcos, do echan la simiente. E no conocen cómo fazer aquestos trabaxos de una otra forma, que las manos úsanlas poco e no gustan de trabaxar sino lo nescenario.

—Ya ves...— gruñó. —Como si mis padres no hubieran hecho nunca un surco a mano...— Cerró el libro y, mientras volvía al depósito, reafirmó su intención de saltarse aquella parte. No andaba con ganas de enfadarse.



A la hora del almuerzo salió del Archivo y, bocadillo en mano, bajó la calle hasta la antigua muralla de Toledo, desde donde se veía una hermosa panorámica del río Tajo. Podría haber ido a la vecina plaza de Tlacuechiuhcan, la antigua Zocodover, pero a esa hora solía llenarse de gente y ella tenía el ánimo solitario. No hacía demasiado frío, a pesar de que el invierno se mostraba reacio a abandonar las empedradas calles de aquella ciudad. Antes de continuar con los *Viajes*, lanzó unas migas de pan a unos carboneros de pecho amarillo que picoteaban el suelo cerca de ella. Luego se puso a leer.

Comen aquestas gentes una bariedad de manxares que no son conescidos en tierras nuestras: algunos son apetescibles e harto buenos, que probelos yo mesmo, mas otros son cosas despreciables e dignas de salvages. Fazen en Castilla una pieça de comida que llaman «jamón», que en lengua nuestra debiera dezirse carne seca e salada de animal roñoso. Prepáranlo de esas bestias suzias que llaman «cerdos», que son como *coyameti* e que se crían en su propia basura, e della comen, que eso vídelo yo con los mis ojos. E matándola, las patas traseras de la bestia salan e cuelgan de las vigas de las sus casas, e allí dexan secar, que se

pasean sobre ellas tantas moscas e bichexos como mugeres por el mercado de *Tlatelolco*. E así seca, e con la gordura de la carne amarilla e apestosa, van cortando taxadas della e comiendo con ciertas grandes tortillas que aquí llaman «pan». E tienen aquesto por esquisito.

E con la sangre de la bestia fazen otra comida que llaman «morzilla», que es que cuescen la sangre con algunas espezias que echan algunas biexas echizeras, que sólo ellas saben las rezetas e los sabores, e agregan ciertos menxunges de granos e pastas, e meten todo eso dentro de una tripa del mesmo animalexo, e atan luego las puntas e cuescen la tripa e su relleno. E así cuélganlas de las vigas en ristras, como el «jamón», e dello van comiendo.

Mas lo más fabuloso de las comidas de aquestos castellanos es lo que llaman «queso», que es de no creer que tal cosa se haya inventado en el mundo. E es que toman la leche de ciertas bestias que crían, de unas grandes e con cuernos que llaman «vacas» e de otras pequeñas de mucho pelaxe que llaman «ovexas» o «merinas», que aún no sé la diferenzia. E me fue dicho que usan también la leche de otras bestiezuelas que llaman «cabras», que comen qualquier cosa e apestan siempre a orines. E esa leche beben ellos a vezes, que cosa repunante me paresce, e con el resto hacen «queso», que es dexar pudrir la leche con ciertos onguillos que les ponen las mesmas biexas echizeras de las espezias, que sólo ellas saben qué les echan. E dexan pudrir así un tiempo, e otro día pónenla en un molde de madera redondo, e tras de que suelta un líquido claro, la ponen a secar. El líquido que

digo dánzelo a los niños como mui grande manxar e golosina, e no hallo yo explicación para ello, siendo cosa asquerosa e de mal aspeto. E después de seca, la leche podrida queda hecha pasta firme e rezia, e cuanto más seca está, más aprezian los naturales de aquestas tierras la tal comida, que comen como el «jamón».

En los tiempos de Isabel, el jamón, el queso y otros típicos productos ibéricos no eran consumidos en España sino por algunos *nativos*: los demás, influidos por la cultura gastronómica dominante, tenían tales comidas por algo desagradable.

Aquestas gentes no suelen comer ni gusanos ni uezos de peces o mosquillas, e tampoco pequeñas plantas e alguillas como las que crescen en nuestros lagos, que aquí también haylas mas no se tocan. Creen que es aquesa costumbre repunante. Mas agora comen mucho nuestros *etl*, que ellos llaman «alubias» o «judías», e cómenlos en guisos e cozidos, e agréganles, si tienen e pueden, pedaços de carne, orexas de «cerdo» e lascas de unas pieças llamadas «choriços», que son trozos de grasa e carne del mesmo «cerdo» metidos en tripa e secos. E dello comen con grandísimo plazer. Mas dizen que, en comiendo tales guisos, se les hincha la barriga de aires. E luego sueltan los tales vientos, que nosotros llamamos *miextli*, *iyelli*, diciendo «mejor fuera que dentro». E tienen aquesto por grande grazia e broma donosa, mas no le vide yo ni grazia ni donosura cuando de aquello participé.

A las carcajadas, Isabel comenzó a desandar la empinada calle que la llevaría de vuelta a su trabajo. Mentalmente, se prometía referir las opiniones de Ahuicyani a su madre la próxima vez que preparara «olla podrida».



Usmar pasó a visitarla con un libro en la mano. Empezaba a ser habitual que le trajera alguna novedad o alguno de sus «descubrimientos» cuando se acercaba al depósito a charlar un rato con ella. Aquella tarde puso sobre su mesa —llena de tomos por inventariar y catalogar, polvo, engrudo y etiquetas identificadoras— un pequeño volumen titulado *Les últimes plomes verdes*.

—¿Eso no es catalán?— preguntó la chica. El africano asintió.

—Sergi Dorandeu. Novelista. En agosto de 1942 publicó este libro en Barcelona. Y sí, es catalán. No es tan difícil de leer. Es más parecido al castellano de lo que piensas.

—Verá, Usmar, aunque me gustan las novelas, no son mi lectura favorita. Además... ¿en catalán? No creo yo que sea *tan* parecido al castellano...

El hombre no pudo disimular su decepción, y ésta no le pasó desapercibida a Isabel.

—¿Y por qué es tan interesante ese libro?

—Porque es el ejemplo más clásico de un estilo literario que luego se repetiría en muchas oportunidades: *la invención de lo posible*...— repuso el

africano, en un castellano que mejoraba día a día y con un tono que parecía destinado al auditorio de una Alta Casa de Estudios.

Isabel se encogió de hombros. Usmar no se dio por vencido.

—«¿Qué hubiera pasado si...?».

Isabel seguía en penumbras.

—¿Qué hubiera pasado si... *qué?*

Viendo que no había forma de que lo entendiera, el africano pasó a una explicación más directa.

—Dorandeu imaginó la caída de Tenochtitlan en 1521 a manos de una reducida cohorte de conquistadores castellanos...

—¡No me fastidie!— soltó la muchacha, ruborizándose inmediatamente. —Perdón...

—...apoyados por la superioridad de sus armas y por la ayuda de miles de guerreros nativos enemigos de los mexicas— explicó Usmar, pasando por alto la exclamación de su interlocutora.

—Vaya idea...

—Dorandeu relata las matanzas, las guerras y las traiciones que sufrieron los mexicas, inspirándose en lo que, en realidad, habría sucedido hacia la misma época en su propia tierra, con su propia gente.

—Sí, sí, lo entiendo. El autor se «inventa» lo imposible, dándole la vuelta a la tortilla...

—Supongo que así es, si eso último que has dicho significa que le da la voz narradora a los vencidos y les permite, por ejemplo, describir una ficticia

masacre a traición sufrida en el Templo Mayor de Tenochtitlan durante la fiesta de Tóxcatl.

—¡Noooo! ¿Los mexicas cuentan eso en la novela?

—Escucha...— Y el africano, tras hojear el libro buscando el fragmento, lo tradujo al castellano, no sin cierta dificultad.

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales; dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra, dispersadas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.

Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos; a aquellos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de mas allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a donde dirigirse

—¿Por qué será que todo eso me suena de haberlo leído antes?— dijo Isabel.

—¿Antes? ¿Dónde? No hay crónicas castellanas sobre la época de las invasiones que cuenten semejantes cosas, y menos con tanto detalle.

—Sí, Usmar, sí que las hay. Hace unos años se publicaron los escritos de un sacerdote, español él, que se atrevió a denunciar la brutalidad con que los invasores mexicas arremetieron contra nuestras comunidades.

—No he oído hablar de ese cronista.

—Hombre, no me extraña... Su trabajo estuvo censurado hasta hace poco. Su relato coincide con las narraciones de otros testigos que...

—¿Cómo? ¿Es que hay más?— preguntó, atónito, el africano.

Isabel se dio cuenta de que se había vendido. No, no había más... a excepción de sus *Crónicas*. Trató de buscar una excusa plausible.

—Tradición oral, Usmar. En las familias castellanas aún circulan canciones e historias sobre las matanzas de la época de las invasiones. Imagino que Dorandeu se basaría en esas mismas fuentes ¿no?

La castellana supo al instante que sólo lo había convencido a medias. El hombre, sin embargo, pareció dejar de lado aquel asunto y continuó.

—Dorandeu también permitió que los mexicas narraran sus primeras impresiones ante la visión de los caballos. En la ficción, para ellos son bestias desconocidas, y las toman por ciervos descomunales. Oye esto:

Vienen los «ciervos» que traen en sus lomos a los hombres. Con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro. Sus espadas penden del cuello de sus «ciervos».

Éstos tienen cascabeles, están encascabelados, vienen trayendo cascabeles. Hacen estrépito los cascabeles, repercuten los cascabeles.

Esos «caballos», esos «ciervos», bufan, braman. Sudan a mares: como agua de ellos destila el sudor. Y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando; es como agua enjabonada con *amole*: gotas gordas se derraman.

Cuando corren hacen estruendo: hacen estrépito, se siente el ruido, como si en el suelo cayeran piedras. Luego la tierra se agujerea, luego la tierra se llena de hoyos en donde ellos pusieron su pata. Por sí sola se desgarran donde pusieron mano o pata.

—Tengo que conseguir una edición en castellano de ese libro.

—Dudo que la encuentres— comentó Usmar. —Pero hay más. Dorandeu tuvo el acierto de incorporar en su historia aquellos romances tradicionales ibéricos que contaron y cantaron la visión de los derrotados...

—A esos me refería cuando le hablaba de «tradición oral»— interrumpió Isabel, persistiendo en el intento de subsanar su anterior desliz. El otro pareció no oírla.

—...y compuso algunos lamentos, que puso en boca de los mexicas que sobrevivieron a la conquista de México-Tenochtitlan. Éste es uno de ellos:

Y todo esto pasó con nosotros
Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.
En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos..
Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban,
en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.
Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa...

—Ese libro es una venganza literaria en toda regla.

—Permíteme no estar de acuerdo contigo, mi joven amiga. El libro es un...— el hombre buscó las palabras correctas —...un excelente ejercicio de ficción. Un juego.

—¿Un... juego?

—*Hii-hi*, así es... Y a través del juego y la ficción, creo que Dorandeu quiere que el vencedor se ponga en la piel del vencido. Porque, de otra forma, el vencedor siempre va a creer en su victoria y en los relatos que la cuentan, mas nunca va a saber qué fue del otro, del adversario, del oponente.

—El dolor pocas veces se entiende si le toca a otro. Pero cuando uno lo siente en su propia piel, sobran las explicaciones.

—Eso es. Bonita cita, por cierto...

—Gracias, pero no es cita de nadie. Eso lo suelo pensar yo a veces.

—Pues una buena manera de intercambiar los papeles es usar la ficción. Jugar, sólo jugar, por un rato y sobre el papel. Crear una invitación a

mirar la realidad desde otro punto de vista. Lo que podría haber sido. La historia que ocurrió, aunque no de esa manera precisamente.

—Ya veo...

—En cualquier caso, estos ejercicios de imaginación sólo surten efecto mientras uno deja de lado otras lecturas, como los periódicos, por ejemplo. Las noticias tienen el mágico poder de volver a poner las cosas «en su sitio» enseguida.

El hombre sacó de su bolso el diario de aquel día, rebuscó entre sus páginas, abrió en una sección determinada y plegó el papel de tal forma que quedara señalada una noticia. Isabel echó un vistazo, traduciendo mentalmente de la Lengua Oficial.

Con motivo de la celebración de la *Semana del Aborigen*, el Museo Arqueológico Nacional expondrá, durante todo el mes de febrero, una colección de esqueletos hallados en enterramientos nativos de Madrid, los famosos *cementerios*. Los restos (alrededor de un centenar) fueron exhumados en la pasada campaña de excavaciones 1970-1, y junto a ellos se han recuperado distintos objetos, tales como *crucifijos*, joyas y algunas prendas. A pesar de las protestas de las organizaciones nativistas —que argumentan que, de acuerdo a sus creencias religiosas, los cuerpos no pueden ser exhumados— los responsables de la exposición pretenden dar a conocer una faceta más de las raíces culturales pre-mexicas de España.

Como actividades complementarias, el Museo pondrá a disposición de sus visitantes sus fondos documentales especializados en lengua y cultura nativa, medios sonoros y visuales sobre antiguas expresiones artísticas aborígenes en vías de desaparición, su extensa colección de libros en lengua castellana (alrededor de 300 títulos) y una exposición accesoria en la que se presentará la evolución de la indumentaria nativa en los últimos cinco siglos.

—Esto es vomitivo— dijo Isabel. Usmar se mantuvo en silencio. Cuando leyó la noticia no había entendido demasiado, pero comprendió lo suficiente como para darse cuenta de que no era nada bueno. —No tienen derecho a desenterrar a nuestros muertos y exhibirlos como curiosidades. ¡No tienen derecho...! Los católicos creen... creemos...

—Sé lo que creen los católicos, Isabel.

—Y esos «fondos documentales sobre lengua y cultura nativa»... Será una broma, ¿verdad? ¿Un puñado de libros escritos en Lengua Oficial, explicando a los «nativos» lo que hacen los «nativos» desde el punto de vista de un «no-nativo»? ¿Y llamarnos «aborígenes», como si no tuviéramos nombre? ¿Y una «Semana del Aborigen»? ¿Y sólo trescientos títulos en castellano para una «extensa colección»? ¿Sólo eso? Todo, todo, todo es repugnante, créame...

—Hay más... Mira al pie de la página. Los dos recuadros pequeños.

La chica dio la vuelta al montón de papel doblado en el que estaba convertido el diario, y tradujo el primero.

Lanzamiento del censo nativo

En el marco de las políticas gubernamentales de integración de los aborígenes españoles en la sociedad, el Consejo de Materias Sociales y Culturales acaba de lanzar una propuesta innovadora: el censo aborígen. A través del mismo se elaborarán listados completos y detallados de todos aquellos habitantes de la República que se consideren nativos o descendientes de nativos en algún grado. El censo permitirá conocer sus características, el dominio de su lengua o dialecto, sus niveles de educación y sus modos de vida. En la actualidad se estima que un 20 % de la población española es aborígen, con bajos niveles educativos, altas tasas de analfabetismo y severos problemas económicos. Los mecanismos de elaboración del censo serán difundidos antes de abril.

El segundo no era mucho más extenso.

Programa de recuperación del castellano

El castellano —uno de los idiomas aborígenes de la Península Ibérica— está en proceso de desaparición. A tales conclusiones ha llegado el Centro de las Lenguas de la Alta Casa de Estudios de Segovia, en su último informe sobre el estado de los idiomas nativos de la República. El documento advierte que entre los hablantes del castellano, la lengua parece gozar de buena salud; sin embargo, su difusión es escasa (sólo un 40 % de los

individuos reconocidos como aborígenes confesaron conocerla y usarla habitualmente) y, de seguir las tendencias actuales, desaparecerá en el plazo de dos generaciones.

Para evitarlo, se ha presentado un proyecto de futura implementación, que pretende recuperar, difundir y popularizar el uso del castellano, especialmente en el seno de las comunidades nativas, entre las cuales —según el mismo informe— el uso de la lengua está considerado como algo «vergonzoso» y que «incita a la discriminación». Los nativos, según la Casa segoviana, creen que es más útil usar una lengua de prestigio como el náhuatl, lo cual pone en peligro la supervivencia del habla de sus ancestros.

—Sin comentarios— se limitó a decir Isabel.

El africano asintió. Desdobló el periódico y lo volvió a guardar en su maletín. Luego recogió *Les últimes plomes verdes*.

—Oiga, Usmar, ¿le puedo pedir un favor? ¿Le importaría leerme de nuevo esos párrafos de Dorandeu, en castellano, así los copio en mi libreta?

—Ninguno problema.

«Ningún...» corrigió Isabel mientras sacaba uno de sus cuadernos y buscaba una hoja vacía. El hombre observó con curiosidad aquella carpetilla.

—Tienes mucho escrito ahí— comentó.

—Estoy preparando mi «lectura», el trabajo final para poder ser una bibliotecaria profesional... por fin.

—¿Y sobre qué tema preparas tu trabajo?

Nuevamente Isabel se vio atrapada. «¿Por qué demonios no me tragaré la lengua?» se preguntó.

—Ufff... El tema. Gran pregunta— titubeó la chica. —Ni se imagina las veces que he cambiado de tema ya. Ahora mismo, pues... estoy trabajando sobre manuscritos antiguos. Eso. Manuscritos antiguos que hablan de las invasiones.— No podía mentir más, pero al menos trataría de no descubrir toda la verdad. Usmar sonrió con complacencia.

—Ah, ahora entiendo muchas cosas... ¿Y sobre qué manuscritos trabajas? Alguno podría servir para mi propia investigación.

Desde que conoció al africano, Isabel había sabido que aquel momento iba a llegar, y ya no tenía demasiadas ganas de evitarlo. Tampoco le quedaban muchas excusas. Ella misma había llevado las cosas hasta ese punto. Tal vez, inconscientemente, *quería llevarlas hasta allí*. Quizás compartir todo lo que estaba averiguando, todo lo que necesitaba consultar y aprender, estaría bien. Aquel hombre sabía toneladas de cosas que ella ignoraría por siempre. Tenía experiencia. Y parecía honesto y leal. ¿Por qué no?

—¿Puede guardar un secreto?



—Éstos son...— le dijo al africano, señalando los seis tomos de las *Crónicas*. Estaban en su corrala. El hombre recorría con la mirada aquel decorado: los libros, el escritorio de Isabel, todas y cada una de las notas pegadas en la pared, las numerosas carpetas llenas de apuntes, los mapas...

—*Miñan...*⁹ ¡Estás haciendo un trabajo gigantesco!

—Por favor, prométame que esto quedará entre nosotros.

—*Ee, allah...* Ya te di mi palabra, Isabel, y es algo que no acostumbro romper. *Pellet!*¹⁰

—Si alguien del Archivo se entera que tengo estos libros aquí...

Usmar rió con ganas.

—*Giðo*, las mayores investigaciones de la historia se han hecho con libros «desaparecidos» de algún archivo. Así que consuélate: aunque no haya estado bien... ¡no has hecho nada nuevo! Por otra parte, si estos libros han llegado hasta tus manos ha sido porque alguien, alguna vez, se los llevó de algún sitio. Y creo que están mejor aquí que pudriéndose como estaban en un rincón de ese Archivo en el que trabajas.

La muchacha se sintió un poco más aliviada.

—Estoy a punto de terminar el tercer tomo, y tengo citas textuales, copias completas traducidas y notas complementarias de todo lo anterior. Aunque aún me faltan muchas cosas por saber... pero supongo que las iré encontrando a medida que siga avanzando.— De pronto, Isabel recordó sus modales de anfitriona. —Usmar, ¿quiere comer algo? No hay mucho, pero...

—*Mi welaaka...* Perdón, quiero decir que... no tengo hambre. Mas, si no te molesta, quisiera beber algo que me quite el frío. Este clima me está matando.— La muchacha alzó las cejas, en una divertida expresión de asombro. —Se lo oí decir a tu compañera. María, se llama, ¿verdad?

⁹ Término pulaar para referirse a los hermanos más jóvenes de ambos sexos.

¹⁰ En pulaar, «Oh, Dios» y «¡De verdad!».

«Este hombre es increíble» admitió la joven mientras asentía, mordiéndose a la vez el labio inferior para no soltar una carcajada.

—Pues le voy a hacer probar nuestro remedio casero para el frío del invierno castellano— anunció con buen humor. Puso agua a calentar y preparó dos tazas y sendos puñados de hierbas y bayas secas. Usmar, sentado en el suelo, comenzaba a leer *El Libro del Mensajero*. La débil luz del cuarto dejaba en sombras las cicatrices que exhibía en el rostro. En la calle ya estaba oscuro, y entre el bramido de las bocinas de los templos podían escucharse, una tarde más, las esquilas de las ovejas.

XI

TOLEDO, 1972

Isabel revisaba y ordenaba algunos resúmenes sobre *Xicalanco* y los *chontalli*. El día anterior había completado un mapa del territorio de aquel pueblo y lo había pegado en la pared, haciéndole un hueco entre las demás ilustraciones. Aquella tarde estaba procesando apuntes que había tomado en la sala comunitaria de lectura del Archivo a partir de lo leído en la *Enciclopedia de los Pueblos y Culturas de las Tierras del Oeste*, traduciéndolos de la Lengua Oficial al castellano y dándoles un poco de forma. Se había puesto varias capas de ropa y tenía puestos sus espejuelos: sus ojos estaban rojos, irritados... Usmar estaba ocupado y tardaría unos cuantos días en volver a pasarse por allí, así que estaba aprovechando para poner un poco de orden en sus cosas.

Terminó de escribir e hizo una pausa para ir tender un par de toallas húmedas. Sobre su cuaderno, la tinta fresca aún brillaba tenuemente.

Xicalanco era también conocida por su nombre *chontalli*, «Zactam». Era un asentamiento cercano a la costa y a la enorme laguna conocida actualmente como «de Xicalanco». Fue puerto de los dominios yokot'an o *chontalli*, palabra ésta que en lengua náhuatl significa «extranjeros».

De acuerdo a las crónicas históricas, la villa había pertenecido a la «provincia» yokot'an de Acallán-Tixchel, cuya capital se situaba en el pueblo de Itzamkanak. Otras localidades importantes de este territorio eran Chekubul y Tixchel. Cerca de Xicalanco se alzaban Tetenam, Dzabibkam y Holtun.

Xicalanco ejercía de intermediaria entre los altiplanos centrales mexicas y los territorios mayas. Era un centro clave para la redistribución de los numerosos bienes del Yucatán. Por un lado, recibía los productos de las costas occidentales yucatecas (Chak'an Peten, Kaan Peech), del Peten y de la selva sur (poblados de Nito y Naco, donde había agentes comerciales *chontalli*). Por el otro, era el destino final de las rutas comerciales del interior peninsular, controladas tierra adentro por los yokot'an de Itzamkanak. Hasta Xicalanco llegaban, asimismo, las expediciones de los *pochtecah* mexicas para hacerse con sus valiosos y apreciados productos.

La villa de Potonchán, sobre la costa, al noroeste de Xicalanco, también pertenecía a los *chontalli* y concentraba en ella idéntico tráfico comercial.

La gente de Xicalanco tenía una excelente reputación como profundos conocedores de la geografía del Yucatán. La gran acumulación de datos geográficos, mejorados durante siglos de idas y venidas, les permitía poseer detallados planos y cartas de navegación elaboradas en lienzo de fibra henequén.

Se hablaban las lenguas náhuatl y *chontalli* y, probablemente, también la itzá. La primera era el idioma común

de la clase dirigente; los comerciantes, por su parte, eran bi- y hasta trilingües.

En uno de los márgenes podía leerse la siguiente observación: «Actualmente, Xicalanco es uno de los puertos comerciales más importantes del territorio yokot'an». Volvió a sentarse con la intención de organizar el resto de la información. Pero estaba rendida. Para distraerse un poco, conectó la radio y buscó uno de los escasísimos canales en los que se podían escuchar coplas, panderos y dulzainas, es decir, música tradicional castellana. Era una de las pocas emisoras en lengua *nativa*, y a través de ella difundían la mayor parte de los cantos y las expresiones culturales que seguían vigentes entre aquella «minoría». En general, tales expresiones diferían muchísimo de las pautas brindadas por la corriente dominante, que etiquetaba al castellanismo como «folklórico»: algo para vender a los turistas curiosos — si estaba limpio, claro— o para ocultar de todas las miradas. Pues ningún país quería ser considerado «de quinta categoría» en el concierto mundial... Y elementos como los *nativos* conducían indefectiblemente a dicha distinción.

La chica se estiró en su asiento, disfrutando de la música que ponían. En aquel momento eran jotas. Y estuvo un rato pensando en la cultura dominante, ésa que imperaba en todos los aspectos de su vida cotidiana. Ésa que asfixiaba las palabras cantadas que estaba oyendo, y tantas, tantas otras cosas.

La cultura oficial —la divulgada en revistas, radios y películas— era muy distinta de aquélla en cuyo seno había nacido y se había criado. La forma de vestir, por ejemplo, era muy colorista e incluía mantos de plumas, tocados y muchísimas alhajas provenientes de las Tierras del Oeste, aunque en

invierno se usaran los tradicionales pantalones y abrigos del norte de Europa y las tierras rusas. De España poco había quedado, como no fueran las boinas, los jubones y las «madreñas» o zuecos de madera en dispersas zonas rurales del norte. Las modas árabes y turcas habían calado hondo entre las mujeres, aunque últimamente las novedades llegaban desde los horizontes mayas: plumas de *kukuul*, pieles de *báalam*, caracolas escarlatas y peinetas de tortuga marina. El maquillaje femenino había incorporado la *henna* del norte de África —a través del Reino de Granada— y los potingues usados en las Tierras del Oeste; los tatuajes estaban muy extendidos, mucho más que las pinturas faciales, que sólo se utilizaban en días festivos.

El arte seguía una tendencia semejante. La antigua escuela pictórica europea, que había contado con renombrados maestros, se había desvanecido, literalmente aplastada por el peso de los estucos y pinturas mexicas y mayas, las sedas del Zhongguo y las delicadas obras persas en tintas de colores. La mejor orfebrería procedía de la Confederación Muisca; los más excelsos textiles, del Cuzco; y las esculturas más apreciadas eran las africanas; todo lo que se les comparara caía en el bajo rango de «bazofia», o, con muchísima suerte, en el de «artesanía». Una forma muy curiosa de arte era el realizado con pedazos de papel: había sido traído por los invasores mexicas y fue mejorado con técnicas de *origami* procedentes de *Nippon*. Tal expresión contaba con numerosos museos, asociaciones y cultores, y sus máximos exponentes eran personas muy ricas. Otra corriente artística era la que jugaba con el vidrio: los mexicas adaptaron las antiguas vidrieras de las catedrales medievales europeas a sus templos, convirtiéndolas en verdaderas obras maestras. La estructura de esos edificios consistía en unos cuantos pilares de piedra tallada, unas pocas paredes estucadas y enormes superficies de cristales de colores. Eran ambientes muy claros, casi diáfanos, en cuyas

vidrieras se representaban historias que narraban las vidas y obras de dioses como Huitzilopochtli o Quetzalcóatl.

Esos templos eran el corazón de un conjunto de creencias establecidas como «oficiales», que conformaban la religión del Estado, aun cuando en éste se permitían las prácticas de otros credos minoritarios, como el cristianismo, el casi inexistente judaísmo o el budismo. El islamismo se concentraba en el Reino de Granada, esa sección de España que había sido «devuelta» por los invasores mexicas a sus antiguos dueños árabes del norte de África merced a su colaboración durante la conquista, y que en la actualidad, con el apoyo tácito de Tenochtitlan y otras potencias mundiales, no dejaba de agredir y atacar a los estados colindantes. Isabel frunció el ceño mientras pensaba en eso: esas acciones eran totalmente injustas e ilegales. Lo peor era que nadie podía decir nada sobre esas gentes en el resto de estados de la Península, so pena de ser tildado de «racista». Ellos, por su parte, podían hacer lo que les viniera en gana, mentando siempre la persecución a la que se habían visto sometidos por la Inquisición, la expulsión en el siglo XV juliano, las guerras y la exclusión histórica a la que los castellanos los habían sometido. Hicieran lo que hicieran, los granadinos tenían el mundo «oficialista» a su favor. Siempre que no dañaran sus intereses, claro...

La música también había cambiado mucho. Apenas si se escuchaban instrumentos como la dulzaina o la gaita; otros, como la zanfoña, habían desaparecido varios siglos atrás, y sólo algunas crónicas históricas y unas pocas obras literarias los recordaban. En general, la música de moda procedía de las Tierras del Oeste —por supuesto— y combinaba sonidos de todas sus latitudes: enormes *sikus* de los aymara, trompetas del Yucatán, tambores rarámuri, flautas wayana-apalai y dule... Algunos preferían la «música y danza silenciosas» del pueblo o'odham, o los coros de las sociedades de los

grandes deltas del sur. Los artistas más progresistas, sin embargo, buscaban otros rumbos: mezclaban los ritmos de los tambores del Okavango con voces en las lenguas tungusas de Siberia y cuerdas de la Arabia y el Sinaí. La música de las principales radios españolas era siempre extranjera o «extranjerizada», mientras que los conjuntos que recuperaban e intentaban preservar los ritmos *nativos* apenas recibían atención en las emisoras locales. Todo, o casi, se cantaba en Lengua Oficial y nadie parecía extrañarse de la homogeneidad reinante en el panorama musical. Lo minoritario ya no cabía en él.

Habían dejado de escribirse canciones en castellano, en francés, en catalán, en portugués, en italiano, en bretón, en occitano, en inglés, en irlandés, en galés: decenas de idiomas que apenas si eran manejados por unos pocos. La lengua tenida por oficial en la mayor parte de Europa era el náhuatl; el turco era la segunda más hablada, el árabe la tercera, y el alemán y el ruso se repartían el resto. Las obras literarias más respetadas se escribían en náhuatl y los trabajos científicos, en yucateco, la lengua culta empleada en todas las Tierras del Oeste, y, por ende, en las del Este. El zhongwen del Zhongguo ocupaba la mayor parte de Asia, aunque en la antigua «India» todavía se hablaban un mosaico de otras lenguas, algo que se repetía en las estepas de ese continente y en toda África. Allí, el pulaar, el wolof, el hausa, el isiZulu y el kiswahili coloreaban la escena lingüística. Pero eso no disminuía el enfado de Isabel, molesta porque sólo cuatro o cinco idiomas monopolizasen las bocas de los habitantes de Europa, las «Tierras del Este».

Los hábitos de antaño, los usos reseñados en libros como el de Ahuicyani, habían dado un giro de ciento ochenta grados. Se habían instalado, en todas las Tierras del Oeste y en las del Este, las costumbres de sus principales naciones. Se preconizaban estilos de vida provenientes del Cuzco, de la civilización quechua: *ama suwa*, *ama llulla*, *ama qilla* era el

principal. «No robes, no mientas, no seas ocioso». Se alentaban prácticas contrarias al cristianismo, como la del *servinakuy*, el «casamiento de prueba». Las revistas y los programas de radio aleccionaban a sus lectores y audiencias con dichos lapidarios y reproducían máximas extractadas del pensamiento de los sabios mayas y de la religión del Buda de Oriente, como si las tierras europeas no hubiesen tenido toda una verdadera cohorte de filósofos y pensadores con ricas producciones intelectuales... que habían sido desacreditadas u olvidadas. Porque eran las de los perdedores. Sólo por eso.

En la radio empezaba un espacio de noticias que Isabel no tenía ganas de escuchar. Al cabo de un rato, las esquilas de siempre rompieron el silencio en el que había quedado la habitación. Las bocinas de los acristalados templos toledanos a deidades mexicas no se harían esperar.



A la mañana siguiente, mientras rellenaba algunos informes en la sala de lectura del Archivo —la burocracia no le agradaba demasiado, pero era inseparable de todas las estructuras oficiales de aquella nación— captó, casi sin querer, la conversación entre una de sus compañeras y un usuario, un señor mayor que buscaba algunos documentos en euskera. Isabel, dejándose arrastrar por un impulso inexplicable, se aproximó y le preguntó, usando la Lengua Oficial, si hablaba castellano.

—Sí, niña. Y tienes suerte, porque en mi país ya casi no se habla tu lengua.

—¿Es usted de Euskal Herria?

—Así es... *Euskal herritar* soy...

La muchacha se presentó y sin más preámbulos solicitó su ayuda.

—Verá, no quisiera molestarlo, pero quizás me pueda ayudar con una duda que me ha surgido merced a un trabajo de investigación que estoy haciendo sobre tradiciones ibéricas. Se trata de una frase en su idioma que tiene una historia detrás, según creo.

—Dime cual es la frase y veré si puedo ayudarte.

—*Ez dok hamahiru...*— En los labios de Isabel, las palabras sonaron deslucidas, con esa pátina que suele brindar la inseguridad al pronunciar términos de una lengua extraña y desconocida. El hombre alzó las cejas.

—¡Vaya, pues! Hacía mucho tiempo que no escuchaba eso... ¿Podemos sentarnos, Isabel?

—Sí, claro— respondió la chica, orientándolo hacia un rincón bastante calmo de la sala general.

—*Ez dok hamahiru*— repitió aquel hombre con facilidad, abrigando los vocablos. —Quiere decir «No hay trece». ¿De dónde sacaste esa frase?

—Era una especie de juego, ¿verdad? La encontré en algo que estoy leyendo.

El hombre meneó la cabeza afirmativamente.

—Sí, era «una especie» de juego en los viejos tiempos. En realidad, era parte de un cuento popular, pero luego, por esas cosas que tiene la palabra hablada, que va de acá para allá libre e independiente, se convirtió en un juego de niños. Un juego que, de alguna forma, sirvió para perpetuar el significado original de la frase...

—...que es...

—...el poder de las «doce palabras», que estaban siempre relacionadas con doce misterios o afirmaciones de la religión cristiana, y que eran incluso usadas como invocación o talismán por sanadores y hechiceras en el ámbito popular, en toda la antigua Europa. ¿Eres cristiana?

—Nací y crecí en el seno de una familia cristiana.

—Bien, entonces quizás puedas entender mejor lo que te digo.

—¿Y por qué «no había trece»?

—En la versión *euskaldun* del cuento, que se llamaba *San Martinen estutasuna*, las «doce palabras» surgen como un desafío entre San Martín y el Diablo— explicó el hombre. —Para salvar su alma, *Martintxo* entra en competición con el Maligno: el Demonio va diciendo los números, del uno a la docena, y el Santo va contestando con una idea básica del cristianismo. Por ejemplo: uno, el Padre; dos, el Padre y el Hijo; tres, la Santísima Trinidad... Así, hasta doce, porque no había trece afirmaciones cristianas posibles. Como bien sabrás, el doce era el número de los buenos hombres en la última Cena de Cristo, una cifra sagrada. El trece, el número maldito de la mala fortuna, hubiera incluido a Judas Iscariote, el traidor. No, no había trece, porque hubiera sido invocar al Malo, aceptar su presencia, abrirle la puerta. Precisamente por eso, para cerrar el juego y no dar lugar a dudas, se decía «*Ez dok hamahiru*». No hay trece. No puede haberlos. La frase era como un exorcismo, un «*vade retro*», una negación de todo lo malo. No hay trece, no. Sólo los doce elementos sagrados de la Cristiandad. Que, probablemente— agregó con ironía —fueran temas y cifras tomadas de culturas anteriores, como siempre hicieron los cristianos.

—Algo que usted no es, por lo que acabo de escucharle.

—Pues no. Soy un ser pensante, y hay ciertas tonterías que no me entran en la cabeza, ni siquiera por esa «fe» que muchos cristianos todavía reivindicán. Yo respeto a todo el mundo, y me parece muy bien que cada cual crea en lo que quiera. Por mi parte, me arreglo bien solo: no tengo necesidad de encomendar mis actos o mi «alma» a nadie que no sea yo... ni de que nadie o nada sobrenatural me amenace si no me comporto «como es debido».

«Apuesto a que sí», concluyó la joven para sus adentros.

—Estamos de acuerdo... Y, si no es una indiscreción, ¿cómo es que sabe tanto sobre estos temas?

El hombre se levantó del asiento.

—Dime, Isabel... ¿Vienen muchos a consultar documentos a este archivo?— La chica se encogió de hombros. —Soy historiador. Por eso, aunque no sé «tanto», algo he aprendido. Y con esto no pretendo llevarle la contraria a uno de los olvidados y vilipendiados filósofos de nuestra Europa antigua.

El hombre se despidió, pero antes de alejarse del sitio en donde la muchacha permanecía sentada, se volvió hacia ella y le dijo:

—Es curioso, ¿sabes? En el cuento original, al llegar a la doceava afirmación, el Diablo le espeta a San Martín «*Esaik hamahiru*», «di trece», y es cuando el Santo responde «*Ez dok hamahiru*». Justo en ese momento el Diablo se ríe y desaparece exclamando «*Badok hamahiru*». «Ya hay trece». Porque, según creían los viejos euskaldunes, *izena duen guztia omen da*. «Dicen que todo lo que tiene nombre, es». Al contestar al Diablo y

pronunciar el trece, Martín le dio existencia.— El hombre esbozó una mueca burlona. —Dime si los condenados mexicas del demonio tienen una frase con tanta enjundia en su «cultura».

—Pero entonces... ¡entonces el Diablo ganó el juego!

—Por supuesto. Ya aprenderás que el Malo siempre gana la partida, y que el mundo es de sus discípulos. Por eso muchos euskaldunes no dejaron de repetir jamás «*Ez dok hamahiru*», como una especie de protección ante lo que pudiera venirles encima, o tratando desesperadamente de negarle al Mal que tenían enfrente su realidad. Un buen intento, ¿no te parece? Lástima que sólo fuera eso: un intento.

Isabel asintió, viendo marcharse al hombre. Luego reaccionó, se palmeó la frente y salió tras él.

—Disculpe... Disculpe... No le pregunté su nombre...

—Iñaki... Iñaki Lastiri, de Erratzu, en el antiguo Reino de Navarra.

—¿Y el del filósofo antiguo que mencionó antes?

—Sócrates de Atenas... El de «Sólo sé que no sé nada». Raro que no lo sepas, trabajando en un lugar como este.



«A ver, Isabela, repite mil veces: debo leer a Sócrates... Debo leer a Sócrates...» iba diciéndose la muchacha mientras bajaba al depósito. No le gustaba que la pescaran en un renuncio como aquél, en especial cuando se refería a cultura europea. Era orgullosa en extremo, y muy pocas veces aceptaba sus limitaciones. «Aunque si un filósofo tan renombrado como

parece ser ése admitía no saber nada, tampoco tengo por qué sentirme tan mal» se disculpaba.

Por lo menos había averiguado el origen de aquella dichosa frase en euskera. Pero... ¿por qué la habría gritado el capitán gaditano antes de morir? ¿Por qué? ¿Acaso no podía nombrar el mal porque se haría realidad? ¿O quizás su grito buscaba exorcizar todo aquello que se le echaba encima?

Aquella misma tarde quiso sacarse otra duda y consultó en una enciclopedia quién era Sócrates. Tal nombre no aparecía en esos tomos. Maldijo su mala estrella y a todo el sistema de conocimiento «oficialista», que sólo contaba lo que quería contar y convertía en ignorantes a sus funcionarios. Luego echó un vistazo en los inventarios del Archivo. Nada. Sin embargo, bajo la entrada «Lastiri, Ignacio», encontró una treintena de libros sobre tradición oral de la Península Ibérica.

Todavía llevaba la boca abierta del asombro al cruzar el puente de Alcántara.



Se acercaba el final de la semana. Se había planteado regresar a Buitrago para charlar con su tío y gozar de los cuidados maternos, pero estaba terminando con el cuarto tomo de las *Crónicas* y no quería retrasar mucho más su lectura. Cuanto más avanzara, más rápido se enteraría de lo que realmente pasó. Ya ni siquiera dedicaba demasiado tiempo a la investigación. Al menos, no tanto como al principio. Su principal deseo era llegar cuanto antes al final de la narración.

Por fortuna, hacía días que había dejado de llover y la gotera de su cuarto no había vuelto a dar señales de vida. La mancha de humedad se eternizaría sobre su cabeza pero no seguiría martilleándosela. Con la mirada perdida más allá de su ventana, Isabel estaba esperando que las alubias que había puesto hacía un rato en una cacerola de barro se terminaran de cocer. Dejó que sus pensamientos vagaran mientras se rodeaba de imágenes de su infancia, de una escuela en donde le habían prohibido que hablara castellano, a pesar de que todos los alumnos de su clase eran tan *nativos* como su maestra. En donde varias veces fue castigada en un rincón de cara a la pared por haber dicho «gracias» en lugar de «*tlaxtauí*», y en donde en más de una ocasión recibió azotes en las manos por decir «el libro» en vez de «*amatlamachtijli*».

Las sanciones y los reproches también entristecieron su adolescencia. Cursó sus estudios de «grado segundo» en una institución situada lejos de su hogar, en Chozas de la Sierra, a la que tuvo que acudir si quería acceder, más adelante, a una Alta Casa de Estudios. Allí no hubo día que no se rieran de ella por ser *nativa*, por su color de piel, por hablar y vestir «como una campesina de las montañas». El muchacho que siempre le gustó durante aquellos años —tan castellano como la chica, si no más— se había ensañado con ella, apodándola «*xnechtlapojpoluil*». La palabra significaba «perdóname» y era la más repetida por Isabel en las clases, debido a sus constantes errores con la Lengua Oficial. Las otras chicas le dieron la espalda: nadie quería tener tratos con una «criadora de puercos de Buitrago», epíteto insultante con el que se referían a ella a pesar de que en su casa jamás tuvieron cerdos. Y los maestros la reprendían continuamente y le recomendaron que se dedicara a alguna labor «artesana» propia de «su gente» y que no desperdiciara su tiempo y el seguramente escaso dinero de

sus padres en sacar adelante unos estudios que no concluiría jamás.

Isabel quedó atrapada en sus recuerdos y no prestó atención al borboteo del agua. En aquellos años de formación se volvió malhumorada y se refugió en el mutismo. Había llegado a odiar a sus padres, a sus abuelos, a toda su familia por haberla traído al mundo en un hogar *nativo*, un hogar despreciado por todos, maldito de los dioses y los hombres. Hasta que una tarde, su abuelo Mariano —¿quién, si no?— le dijo algo que cambió su perspectiva de las cosas.

—Eres quien eres, moza, y ya— le espetó. —Eso no lo has de cambiar, así es que deja de renegar de tu pasado. Vive con ello con honra y no des más la tabarra, que nadie aquí tiene la culpa de tus entuertos.

—Pero abuelo...— sollozaba Isabel.

—Ni «pero» ni «pera», niña. ¿O te crees que para nosotros fue fácil ser castellanos? ¿Has visto tú quejarse a alguien aquí?— La muchacha negó, agachando la cabeza. —Los jodidos mexicas se nos comieron el pan y se nos cagaron en el morral, bonita, así que apechuga con eso y tira pa'lante, que ya no hay solución que valga sino hacer frente a las cosas. Que ya bastante nos han pisoteado como para que encima la derrota tenga que seguir pesándonos, coño. Si te duele, sal ahí fuera y pelea, como hicimos los demás.

Fue en aquella época cuando decidió que sus docentes y compañeros no tenían ni idea de quién era ella, de cuán fuerte era su voluntad, de cuán amplias podían ser sus alas. Fue entonces cuando se planteó terminar sus estudios, esforzarse, matarse si era preciso ante los libros en aquella maldita Lengua Oficial. Fue entonces cuando se supo castellana, cuando se aceptó tal y como era y cuando resolvió que no permitiría que nadie ni nada volviera a hacerle sentir vergüenza de su origen y sus raíces.

Enmudeció a sus maestros terminando el «grado segundo» del sistema educativo con unas notas increíbles. Pasó de ser «una *nativa* sin futuro» a «una estudiante prometedora» en cuestión de unos pocos meses, y ya nadie volvió a llamarla «criadora de puercos». Pero Isabel no olvidaba. Ni perdonaba. Borró de su camino a todos aquellos que la habían insultado por años y puso todo su empeño en seguir estudiando e ingresar en una Alta Casa de Estudios.

Y lo consiguió. Sola. Aquel era un ambiente mucho más elitista y hostil que el que acababa de dejar atrás. ¿Cómo era posible que una simple *nativa* «comedora de jamón» hubiera entrado en una Alta Casa, cuando muchos descendientes de mexicas, mayas, zapotecas y totonacas puros no lo lograban? Isabel lo supo desde el principio: para sobrevivir en aquella jungla debía ocuparse de sus propios asuntos, olvidar todo lo demás y jugarse la cabeza por acabar, redactar la famosa «lectura», recibir su título profesional, largarse de allí y ponerse a trabajar para ganarse el pan y el queso de cada mañana. Nadie iba a regalarle nada; de hecho, pagó un precio muy alto para salirse con la suya.

Isabel lloraba mansamente tras los vidrios de aquella exigua ventana. Bajo su coraza de orgullo, de fiereza, de impasibilidad, habían demasiadas cicatrices como para aguantarlas de pie y sin quebrarse. Las experiencias que tuvo que atravesar, y que superó merced a su temple, la habían conducido al lugar en el que estaba parada y no habían mitigado, sino aumentado, el rencor que sentía hacia aquellos que le habían llenado el camino con espinos por el solo hecho de ser *nativa*. Sí, había vivido con ello con toda la honra de la que supo hacer gala, pero ¿podría equilibrar la balanza de sus sentimientos alguna vez? ¿Debería devolver los golpes recibidos, cobrarse las deudas? ¿O sería preferible seguir su camino tranquila, si tal cosa era factible? ¿Cómo

conseguir esa paz consigo misma que tanto ansiaba pero que tan esquivada se le presentaba?

Se restregó las mejillas con el dorso de la mano y suspiró. Era mejor que dejara de lamentarse. La vida no era sencilla: eso lo había aprendido de niña en su casa, en donde los sacrificios estaban a la orden del día. La vida no era justa: eso lo entendió cuando adolescente. Pero el destino podía torcerse. La historia futura podía escribirse, simplemente porque aún no había llegado, porque tenía páginas en blanco que cada cual podía rellenar a su antojo. Ella se lo había demostrado a sí misma y a muchos otros. A veces bastaba con una decisión mínima, casi imperceptible, para que el universo se diera vuelta. O para que el sendero que se transitaba cambiara abruptamente de rumbo.

De hecho, si ella estaba donde estaba y si había debido soportar lo que soportó, era por las decisiones «pequeñas» e «insignificantes» que había ido tomando ante lo inevitable de ciertas situaciones. ¿O no enseñaban eso las *Crónicas*? Una mano que tembló sobre el gobernalle de una carabela. Un escribano que, gracias a la mujer taína que yacía en su lecho, logró escapar de una muerte segura y huyó con sus compañeros hacia el oeste. ¿No fue por eso que Castilla había dejado de ser castellana?

El olor a quemado la trajo de nuevo al mundo real. El agua de las alubias se había evaporado por completo, y el resto se estaba incinerando en el fondo de la olla. Echó un vistazo al interior de la cazuela y comprobó que aquello era incomible. Entre maldiciones lanzó aquel residuo oscuro al fregadero, llenó de agua fría la cacerola, se cortó un chusco de pan, le frotó un tomate y un diente de ajo y se sentó a finalizar la lectura del *Libro del Guerrero*. Un tomo que apestaba a pólvora, hierro y sangre, y del cual prefería apartarse cuanto antes.

Se moría por colgarse del cuello de su abuelo, de su padre, de su tío...
Se moría por dormir en su buhardilla... Se moría por volver a Buitrago, a *su*
casa, a *su* tierra...

XII

BUITRAGO, 1972

Los transportes que cubrían las rutas de las sierras eran deplorables, básicamente porque en esa zona rural no vivían sino *nativos*. Y ellos, según el sentir de muchos, podían viajar en cualquier cosa. ¡Si estaban acostumbrados a moverse en burro!

Los vehículos en cuestión eran una especie de baúles de metal y madera con seis ruedas cubiertas de orugas —para vencer la resistencia de la nieve, abundante en el camino—, ventanas de vidrio basto y sillas de madera «acolchadas» con esteras gastadas. Dentro de ellos se sentía el mismo frío que fuera, y por entre sus numerosas grietas y las rendijas de aquellos ventanucos se colaban las ventiscas. Los conductores se divertían acelerando y pegando frenazos sin ton ni son. Y era una suerte si el combustible vegetal que utilizaban para impulsar los motores no se congelaba. Desplazarse así era toda una aventura.

La muchacha se entretenía hojeando los *Viajes* de Ahuicyani. Aunque «entretenerse» era una forma de hablar. En realidad, se encolerizaba en este párrafo sí y en el otro también. Por ejemplo, cuando el autor comentaba lo siguiente:

Quando se bañan, que es en pocas ocasiones como tengo dicho, no emplean para tal menester las rayzes que aquí crescen, tal como nosotros fazemos, sino una pasta que llaman «xabón» o «sabón». E es aquesa pasta digna de menzión e descripción. Toman para fabricalla en Castilla e todo el sur de la Europa el jugo de una fruta quiriosa, que llaman «oliva». Y es aquesa una frutilla verde e harto amarga, que nasce de unos árboles fornidos e con las cáscaras rezias e gruesas. E aquesta fruta aplastan entre dos grandes ruedas de piedra, que llaman «molino», e della sacan su sustanzia, un líquido espeso e verdoso que nombran «aceyte». E es este «aceyte de oliva» mercadería altamente preziada entre aquestos naturales, que mercan con ella, según me fue dicho, desde tiempos mui antiguos. E la usan para cozinar, que caliéntanla en caços e ollas e meten la comida dentro, e a eso llaman «freyr», e fazen mui ricos manxares e también hartos dulzes. Más de todo aquesto hablaré en describiendo las comidas.

Mas hablaba del tal «xabón». Para fazello utiliçan el «aceyte» suzio en el que antes frieron las sus comidas, e le agregan cenizas de madera e agua caliente, e remueven la mezcla con un palo largo durante harto rato e siempre en el mesmo sentido. E así fórmase una masa pastosa e amarillenta. E dexan enfriar luego e esperan que la masa pastosa quede sólida al cabo de dos días e pueda cortarse en troços. Con eso báñanse, que asco da de sólo pensallo, pues el «aceyte» es materia grasosa e de olor mui fuerte, que no sale de la piel quando se lo toca. E no entiendo yo como pueden bañarse con tal cosa, e entiendo que lleven los pelos e los cueros tan grasientos e hediondos.

Mas peor es el processo de fabricazi3n en el norte de las Europas, que all3 no disponen del tal «aceyte» ni de los 3rboles fornidos que dan las mentadas «olivas», e deben emplear para ello el sebo de un animal que m3s adelante describir3, que llaman «cerdo». E con ese sebo derretido, e en agreg3ndole ceniças como queda se3alado, fazen el su «xab3n», que utilizan para quitarse la mugre a vezes.

«Pues en mi casa, y en otras como la m3a, tambi3n se hac3a de sebo, que el aceite era un bien escaso entre los pobres. Y mi madre me cont3 que los calderos se limpiaban restreg3ndoles los c3spedes que crec3an junto a las pozas, as3 es que mira por d3nde tambi3n conoc3amos el valor de las ra3ces» corrigi3 Isabel al autor. En eso estaba, aguantando estoicamente el fr3o que entraba por todos los agujeros del *kalmimiloli* —as3 se llamaba el rodado en Lengua Oficial— cuando fueron detenidos por un control de guardias *tlapixki*, fuerzas de seguridad que desempe3aban funciones policiales.

—*Amamej...*— dijo el hombre que subi3, armado como un soldado y con cara de pocos amigos. «Papeles», ped3a, sin molestarse en agregar un «buenos d3as» o un «por favor». El pasaje, *nativo* todo, comenz3 a buscar en sus bolsos y bolsillos, mientras el individuo los miraba con desprecio a pesar de que su piel denunciara claramente su origen castellano. Cuando lleg3 a Isabel, observ3 con curiosidad su documento.

—*Ken ijki motoka?*¹¹

¹¹ «¿C3mo te llamas?».

«¿Pero este tío es imbécil o qué?» se preguntó la chica. «¡Si lo pone ahí!».

Contestó. El tipo no se dio por satisfecho.

— *Kanon tichanti? Tlinon tikchiua?*¹²

¿Y aquel interrogatorio gratuito, a cuento de qué venía? Isabel no lo podía creer. Siguió respondiendo y el hombre preguntando.

— *Titlajtoua kaxtijlan?*¹³

— Sí, hablo castellano.

— *Xonikak kuajli on tlin otikijtoj...*¹⁴

— Que sí, que hablo castellano.

— *Oksejpa xkijto...*¹⁵

— *Kemaj, kaxtijlan nitlajtoua!*

— *Ah... Kuajli...*

El individuo le devolvió su documento con una sonrisa odiosa. «Debe disfrutar tocándole las narices a la gente» se dijo la muchacha, aguantándole la mirada. Fue entonces cuando reconoció aquella cara. De sus estudios de «grado segundo».

Cuando el tipo se aprestaba a bajar del transporte y pasó de nuevo junto a Isabel, ella canturreaba una de las coplas que había aprendido de su tío.

¹² «¿Dónde vives? ¿Qué haces?».

¹³ «¿Hablas español?».

¹⁴ «No oí bien lo que dijiste».

¹⁵ «Dilo otra vez».

A su gente y a su tierra,
a su ley y a su saber,
a su lengua y a su reino
¿Qué ganaran por vender?

Podían detenerla por eso, pero el fulano siguió sin más. Afortunadamente para ella. Aquellos controles eran habituales: el gobierno de la Nueva República había argumentado en varias oportunidades que eran esenciales para mantener a la población «pacificada» y evitar el resurgimiento de movimientos *nativistas* como el famoso CaLi o «Castilla Libre». Nadie quería terroristas en su tierra. Y mucho menos con reivindicaciones que no interesaba atender. Pues... ¿a quién le importaban los pedidos de autodeterminación de una minoría que estaba condenada a la desaparición, a la «integración», o directamente a ser absorbida de una buena vez por la cultura dominante?

Superado sin más percances el reconocimiento, el transporte se vio libre para continuar su ruta. Pero no pudo. Con la parada, el combustible se había congelado.

Congelados subieron los pasajeros al siguiente *kalmimiloli*, que pasó por allí tres horas después. Hacinados como ganado, treparon las curvas de la carretera cubierta de pedregullo y superaron los ventisqueros del valle de Bustarviejo.

Para cuando llegó a Buitrago, caída ya la noche, Isabel estaba de un talante asesino. «Maldita sea la estampa del condenado *tlapixki* de los infiernos, y maldita sea toda su estirpe...» farfullaba entre dientes, aunque esas frases eran las más livianas que salían de entre sus labios, morados de

frío. Entró a su casa sacudiéndose la nieve y se internó pasillo adentro hasta la cocina. Sus padres, absortos en un programa de radio, ni la oyeron llegar.

—¡Pero bueno! ¿Así recibís al fruto de vuestras entrañas?— exclamó.

XIII

BITRAGO, 1972

—Imaginaos... *Tlapixki* en el camino, tratándonos como sospechosos de no sé qué crimen... El *kalmimiloli* ese que apenas si quería funcionar...

—Vaya... Pero hija, tú ya sabes que para venir a la sierra ponen los peores— trató de apaciguar su mal genio la madre.

—¿Y eso es excusa? ¡Jamás había viajado en uno como éste! ¡Estaba destrozado y veníamos todos heladitos de frío!

—Bueno, la cosa es que ya estás aquí.— Su padre también intentaba calmarla. Siempre lo hacía. Y a ella le molestaban sobremanera esos intentos. No quería tranquilizarse. Quería quejarse, protestar contra lo que ella veía como injusticias, sacudirse los yugos y las etiquetas, rebelarse contra el sistema que tantas limitaciones les imponía por ser —o parecer— «diferentes». Pero eso, en su casa, era imposible. Sus padres siempre aceptaron el destino que les había tocado con una especie de resignación irreversible, a pesar de contar entre sus parientes con personajes de opiniones tan dispares o virulentas como su tío o su abuelo. Recordaban el pasado con una melancolía dulzona, pero no se animaban a ir más allá: la historia que había quedado atrás era sólo eso, una serie de acontecimientos desafortunados que no se podían cambiar. Y había que sobrellevar el presente de la mejor manera posible, blasfemando de vez en cuando en voz baja para

quitarse de encima la rabia, soportando las arbitrariedades y los abusos estoicamente, como si se trataran de algo inevitable, y aguantando el tirón con dignidad.

Esa actitud mansa hacía que a Isabel le hirviera la sangre. Sobre todo cuando se empeñaban en inculcársela para que la asumiera, la hiciera suya, la practicara.

—¿Qué escuchabais en la radio con tanta atención, que ni me oísteis entrar?

—Estaban informando de varios grupos que se han dirigido al gobierno pidiendo que se prohíba el consumo del peyote— repuso el padre.

—¿Y?

—Nada, hija, no hay caso.

—Ya, ya... O sea, que a nosotros nos queman los campos de cebada porque con ella se fabrica la cerveza que tanto les desagrada, pero ellos pueden seguir consumiendo ese veneno de *peyotl*.

—Ya ves... Así son las cosas...

—No, papá. No son así. Nos las han puesto así, que no es lo mismo.

La cebada había sido un cultivo tradicional en Europa. Con ella se elaboraban, entre otras cosas, la cerveza, el whisky escocés y la ginebra holandesa. Pero los mexicas y demás naciones de las Tierras del Oeste abominaban de los efectos de esos alcoholes. Y pasando por alto que la cebada era un cereal necesario para la alimentación de bestias y hombres, su cultivo había sido prohibido a los *nativos* para evitar que los propios mexicas se emborracharan.

Sin embargo, el uso del hongo alucinógeno *peyotl* no estaba vedado, aunque desde una perspectiva *nativa* aquella sustancia fuera una droga abominable. La oficialidad argumentaba que su empleo estaba limitado a ciertas prácticas religiosas, como de hecho lo estuvo originalmente, pero todo el mundo sabía que era mascado en cualquier parte y en momentos que nada tenían de sacros.

—Es injusto...— se limitó a suspirar Isabel, a sabiendas de que con aquella opinión no iría a ninguna parte, al menos dentro de los muros de aquella casa.

—¿Y cómo van tus cosas en Toledo, hija?— cambió de tema la madre.

—Bien, mamá, bien. No me puedo quejar. He adelantado bastante la «lectura».

—Eso es bueno, Isa. Una vez que termines esa «lectura» ya podrás trabajar donde quieras.

—Sí... Aunque me he esforzado tanto por llegar hasta aquí y poder completar ese informe que después de hacerlo no voy a saber para dónde tirar.

—Dale tiempo al tiempo. Ya lo vas a averiguar.

—Aquí mismo en el pueblo están pensando en abrir una biblioteca— apuntó el padre.

—¡Anda, qué bien! ¿De veras?

—Sí... Y no creo que pongan el listón muy alto a la hora de elegir a alguien que se ocupe de ella. Ya ves, con «lectura» o sin ella, te aceptarían de buen grado, estoy seguro.

—Bueno, pues no es mala opción... aunque no sé con qué libros voy a trabajar.

—Pues con los mismos con los que trabajas en Toledo, Isa. ¿Con cuáles, si no?

—Los de Toledo están todos escritos en Lengua Oficial, papá. Aquí convendría que estén en castellano, para que la gente aprendiera a leer en su propia lengua primero, ¿no?

El hombre alzó los ojos al cielo, como diciendo «aquí vamos otra vez con la monserga de siempre». La chica no pudo contenerse.

—A ver... ¿No fuisteis vosotros los que os empeñasteis en que aprendiera a leer y a escribir primero en castellano y luego, si yo quería, en la Lengua Oficial? ¿No pusisteis el grito en el cielo cuando decidí entrar a la Alta Casa de Estudios, y cuando me fui a Toledo, y cuando aprendí a hablar el náhuatl a la perfección? ¿Quién os entiende?

—Hija, tú lo sacas todo de lugar— dijo la madre, intentando contener su enfado y la discusión en ciernes con su padre. —Una cosa es hablar tu lengua, saber quién eres y utilizar la oficial porque si no la conoces, lista vas. Eso es lo que nosotros hemos hecho y hemos querido enseñarte, y mal no te ha ido. Otra muy distinta es irse al extremo, que es lo que tú haces, defendiendo lo que ya es indefendible. Deja eso a tu abuelo y sus recuerdos, Isabel...

—Vale, mamá, vale.— Por mucho que discutiera, explicara o defendiera, nada iba a cambiar. Sus padres habían elegido cómo vivir su vida hacía tiempo. Podía o no estar de acuerdo con su opción, pero debía reconocer que ellos eran felices así. Todo lo felices que podían ser. Y

repetirles hasta la saciedad que el sentido que ellos habían dado a su existencia no tenía por qué ser el que ella debía dar a la suya había demostrado ser tarea inútil. Siempre le inculcaron resignación, pero a ella no se le daba bien conjugar ese tipo de verbos. Decidió que evitaría roces y que disfrutaría de sus días libres en Buitrago. Precisamente para eso había regresado a casa. Aunque en ocasiones como aquellas también recordaba porqué se había ido de allí.



—No seas tan dura con tus padres, Isabela. Siempre te han dado todo lo que tuvieron, y lo han hecho lo mejor que han podido.

—No se trata de eso, tío. No me cabe la menor duda de que me han dado todo y más aún. Pero no puedo estar de acuerdo con su forma de pensar. Tú me entiendes, ¿verdad?

El hombretón asintió. Había ido a visitarlo a la mañana siguiente, mientras su padre se ocupaba de quitar la nieve de la parte delantera de la casa y su madre se remangaba para comenzar a amasar el pan en la artesa. El tío de Isabel tenía una posada caminera, un pequeño rincón en el que solían parar los carreros que iban desde Chozas o Porquerizas hacia el interior del valle del río Lozoya o el paso de Somosierra. En aquella zona rural todavía era habitual ver carros tirados por yuntas de bueyes, aunque en las ciudades cercanas muchos no tuvieran ni idea de tal costumbre ni hubieran visto jamás un buey. «Cosas de nativos», las llamaban con tono despectivo. Señal de atraso y «barbarie», de esos tiempos pre-mexicas que se resistían con terquedad al avance de la «civilización».

Su tío adoraba «esas cosas», y quizás por eso decidió hacerse con una posada abandonada y rehabilitarla para dar refugio, lecho y comida a aquellos últimos conductores montañeses de bestias y carros.

—Te entiendo, Isa... Yo tuve la suerte de que tu abuelo pensara como aún piensa. Pero tienes que tener en cuenta que muchos castellanos ya no quieren líos, ya no quieren ahondar diferencias ni reclamar nada. Sólo quieren que los dejen vivir en paz.

—¡Pero es que no nos dejan vivir en paz, tío! ¡Ése es el problema!

—Tampoco es para tanto, Isabela, que hoy en día las cosas se van suavizando. Si te hubiera tocado vivir mis tiempos...

—...me hubiera unido a «la voz de los vencidos», como hiciste tú. Hoy en día ya no hay nada de eso, ningún lugar desde donde hacerse escuchar, desde donde desmontar la «Historia Oficial» y reivindicar por lo menos un poco de ese pasado que nos robaron.

—El lugar te lo tienes que hacer tú, Isabela.

—¿Cómo te lo haces?

—Pues quejándote menos y actuando más, hija. Buenas son las palabras, y mucho mejor las ideas, y los grandes discursos, y las peroratas... ¡Si lo sabré yo! Pero si nos quedamos en eso... siempre terminan llegando otros más avispados que dicen menos y hacen más a favor de sus propios intereses. Que no suelen ser los nuestros, por cierto... Si quieres hacerte un lugar, ponte a ello. Haz algo que sepas hacer bien, y que sea útil a los tuyos. Una biblioteca de cultura castellana no sería mala cosa.

—¡Aburrido...!— bufó la chica. —La verdad, prefiero tu época de rebelde.

—Ya, porque eres joven y no puedes estarte quieta. Y hasta puede que te hayas creído que nosotros hicimos... no sé, la revolución...

—Eso he oído.

—Leyendas. Puros cuentos. Solo intentamos recuperar los espacios y las palabras que nos arrebataron. Y, ya de paso, sacudir un poco la duermeyela de nuestra gente... Algo conseguimos, a juzgar por la jovencita tan despierta que tengo a mi lado.

—Vaya, muchas gracias— sonrió la muchacha.

—Así me gusta. Que sonrías. Tienes una sonrisa preciosa, pequeña.

—Anda, anda, adulator... ¿Cuándo me vas a contar más cosas sobre «la voz de los vencidos»?

—A ver... ¿Qué quieres saber?

La chica dudó un instante.

—Pues no sé... A qué os dedicabais, por ejemplo.

—Ya te lo he dicho: a contarle a la gente nuestra historia, no la que nos escribieron los mexicanos, que no deja de ser la suya y es la que nos enseñaban en la escuela. «Descubrimiento». «Civilización». ¡Por favor! ¿Quién, con dos dedos de frente, puede creerse hoy esos camelos?

—Te asombrarías, tío. En la Alta Casa de Estudios de Toledo, casi todos mis compañeros...

El hombre pareció montar en cólera.

—¿No me digas que lo que se sigue enseñando sobre el «descubrimiento» es que los españoles eran un puñado de incivilizados que

se quemaban en hogueras entre ellos cada vez que un fulano alzaba el dedo contra otro y gritaba «es un hereje»?! ¡¿Que vivíamos como puercos y entre puercos, sucios y llenos de piojos, y no sabíamos ni leer ni escribir, ni hacíamos cosa de provecho que no fuera emborracharnos en tabernas y pelear con cuchillos y demás cosas filosas?! ¡¿Que adorábamos la mano seca de tal santo y el pie encecinado de cual santa, y no osábamos mirar más allá de nuestras narices si un cura no nos daba la venia para hacerlo?! ¡¿Que servíamos a señores que eran más viles y bajos que los campesinos, y el comercio se limitaba a saquear las costas vecinas para hacernos con esclavos y botín o a rogar a los genoveses que nos mercaran un par de chucherías con las que vivir contentos?! ¡¿Que cuando llegaron los mexicas estábamos guerreando contra nuestro rey, y echando a moros y judíos de nuestras tierras?! ¡Vamos, que éramos una manada de borregos, más o menos!

—Sí, tío, eso es exactamente lo que se sigue enseñando.

—¡Y que ellos llegaron con dioses verdaderos, que no eran hombres y mujeres hechos divinidades, sino potencias celestiales de las buenas! ¡Y que trajeron la mejor escritura del mundo, porque no hacían falta tantas letras para escribir si con un signo sencillo se decía todo! ¡Y las ciencias, y las artes, que como las de ellos no había, y las nuestras eran mera artesanía, por llamarlas de alguna manera! ¡Y alimentos comestibles, y no esas bazofias que tragábamos nosotros! ¡Y que nos enseñaron las leyes y las buenas costumbres, y a andar limpios y con los pelos rasurados, y a interpretar música que se pudiera escuchar, y no esas zarabandas del infierno que tocábamos en nuestras fiestas! ¿Es así como os lo cuentan?

—Sí, tío, sí...

—Joder... ¡Y que luego no nos conquistaron, no! ¡No nos arrasaron ni nos masacraron! Intentaron «civilizarnos». Y que como nosotros nos resistimos a que nos enseñaran tan buenos hábitos y queríamos seguir en la mugre, ellos, orientados por sus dioses, que no querían sino lo mejor para nosotros sus hijos, tuvieron que tomar las armas a veces, ¡porque éramos muy brutitos y no nos dábamos cuenta de que nos estábamos resistiendo a la civilización y que estábamos eligiendo seguir en la barbarie! Y que hubo nada más que unas pocas muertes a manos de ellos, que la mayoría de castellanos y europeos en realidad se mataron entre ellos, sabe Dios por qué, pero así lo explican los libros de historia. Y lo mejor de todo: ¡que fueron enviados por los dioses! Los dioses los guiaron. Los dioses les dijeron que vinieran aquí a cuidar de nosotros. Ellos eran, son y serán «los elegidos». El pueblo elegido, sí señor. Los hijos de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli...

—¿A que parece increíble?— lo picó Isabel.

El hombre asintió, mientras se levantaba de la mesa y se servía un vaso de vino negro como la pez. Varios de los carreros que paraban en la posada aquel día se sentaban cerca y llenaban tubos de madera con tabaco.

—Además de increíble es terrible. ¿Cómo se puede seguir contando así la historia? ¿Tú quieres saber lo que pasó de verdad?— preguntó el hombre en un cuchicheo. La chica movió afirmativamente la cabeza. —La historia real es que Colón llegó a las Tierras del Oeste en 1492, y fueron los que quedaron allí, entre ellos nuestro buen ancestro Rodrigo Balmaceda, los que les enseñaron el uso de nuestras armas y de nuestros barcos, y les contaron cuáles eran nuestras debilidades para que pudieran venir y aprovecharse de ellas para doblegarnos.

—¿En serio?— exclamó la joven, fingiendo una sorpresa que no sentía. —Pero entonces... ¿teníamos debilidades?

—¡Pues claro! ¿Y qué pueblo no las tiene? Guerras, divisiones, traiciones, poderes corruptos... Vamos, ¡todas las que te he nombrado antes, si te place, y algunas más que los libros de historia olvidan! Pero, a ver, dime un país en la historia del mundo que no las haya conocido entre su gente. ¿Acaso el que un pueblo esté dividido, o sea ignorante o inculto, es excusa para que cualquier fulano extranjero con mejores armas o más saber vaya y lo conquiste? ¿Y cómo va a tragarse alguien que las barbaridades cometidas «fueron por nuestro bien»? ¿O que deberíamos estar agradecidos porque nos salvaron de nuestros vicios y nos llenaron de cultura? ¿Quién sabe lo que sería España hoy si esos malnacidos del demonio no hubieran llegado en sus barcos!

—Ya... Tío, no es que quiera dudar de lo que me dices, ¿vale?, pero... esa historia de Colón, ¿de dónde la sacaste? ¿De los «cantares rebeldes»?

—No, Isabela. De las Crónicas de la Serpiente Emplumada. Por tus estudios, te tiene que sonar el nombre, ¿no?

—Sí, claro. Pero no cuentan nada de eso que tú nombras.

—Por supuesto. La versión oficial dice lo que ellos quieren que creamos. Tienes que leer la que ellos llamaron «apócrifa».

—Es un mito, tío. Esa versión no existe.

—Sí existe, Isa, aunque hace unas cuantas décadas que dejó de circular.

La muchacha frunció la boca, arrugó la frente y lo miró inquisitiva.

—¿Acaso tú la viste?

—Yo no, pero cuando mozo conocí a un anciano que decía ser el nieto de un hombre que la había tenido entre sus manos siendo joven. Y ya sabes que los castellanos podremos mentir y fanfarronear sobre muchas cosas, pero no sobre éstas. Contaba que eran seis tomos, y que nuestros rebeldes los habían robado del Archivo de Sevilla poco antes del 1600. Fueron pasando de estante en estante, de archivo en archivo y de biblioteca en biblioteca, siempre ocultos en manos de tus colegas bibliotecarios que fueran afines a la causa. Ya sabes: siendo libros viejos, nadie les prestaría demasiada atención si los escondían en algún rincón de esos sótanos mugrientos y húmedos en los que tú cuentas que trabajas, que no sé cómo no te enfermas de estar allí.

—No te preocupes, tío, que espero salir pronto del agujero y encontrar algún rincón soleado en cuanto complete mi trabajo final. ¿Y qué fue de esos volúmenes?

—Todo iba bien. Se esperaba el momento oportuno para sacarlos a la luz. Ya lo habían hecho en una ocasión, pero el gobierno de la época declaró la obra «apócrifa» y destruyó todos los ejemplares en circulación, y hasta muchos de los libros que la comentaban. Así que se aguardaba con mucha expectación que los tiempos se calmaran para sacar una nueva edición. Pero un buen día el bibliotecario de turno se murió sin haber dejado dicho en dónde tenía guardado el libro. Y allí seguirá el bendito. Vaya a saber en dónde.

—Qué faena, ¿no?

—Y que lo digas... Así que ahora, jodidos estamos. Pero que sepas que esos libros existieron, y que seguramente en la maldita Tenochtitlan tendrán los mexicas copias, o los mismísimos originales.

—¿Originales de qué?

—¡Jo, qué burra eres, Isabela! ¿«De qué»? ¿Es que no conoces la verdadera historia de las «Crónicas»?— La chica negó. —A ver, que te la cuente... Desde 1492 a 1521, los españoles que quedaron en las Tierras del Oeste escribieron sus diarios y memorias, contando con pelos y señales todo lo que les ocurrió allí. Desde 1521 en adelante, los que aún estaban vivos siguieron escribiendo en aquel lado, pero además estaban los anuarios de los conquistadores mexicas que llegaron a esta orilla. Y también estaban los juicios y probanzas de después de la conquista, los testimonios de los vencidos y mucho más... Todo eso se recogió en las «Crónicas». De los originales no se volvió a saber nada. Se dijo que fueron destruidos en un incendio en Sevilla, pero yo lo dudo. Seguro que están en Tenochtitlan, junto con muchas otras cosas que no nos van a contar porque se les iría el discursillo oficial al demonio.

—Ya veo... Y las «Crónicas apócrifas» no fueron sino...

—...copias impresas de esos seis tomos manuscritos que los nuestros robaron y tenían bien escondidos, por si las moscas. ¿Entiendes ahora?

—Sí, ya entiendo. Vaya, tío... ¿te imaginas que aparecieran esos documentos originales, o que se pudiera recuperar los volúmenes que escondió ese bibliotecario?

El hombre meneó la cabeza y vació su vaso de vino.

—Pues mira, a estas alturas yo ya no sé qué decirte. Quizás están bien cómo están. Perdidas. A veces hay cosas que mejor no menearlas demasiado.

—Pero... ¿¿quién te entiende?!

—A ver, hija... Estaría muy bien que esos libros aparecieran, para que los castellanos conociéramos los testimonios de aquellos años. Pero... ¿te imaginas el tremendo lío que se armaría con los casi cinco siglos de mentiras que nos han impuesto? Por ejemplo, con los sistemas educativos... O con las Altas Casas de Estudios... O con todo lo que se ha escrito sobre el tema, engañándonos... A veces el saber es un cuchillo de dos filos, niña. Un cuchillo de dos filos, eso es...

Isabel iba repitiéndose esa frase mientras hundía los pies en la nieve de camino a casa. Esos volúmenes que guardaba en su corrala podían cambiar muchas cosas. Tantas, que las consecuencias de ese proceso serían inimaginables. Algo así como un pequeño fuego encendido en el medio de un pinar. ¿Quién sabía hasta dónde podría arder, qué árboles se quemarían y cuántos quedarían en pie?

XIV

TOLEDO, 1972

Hacía varias semanas que Isabel y Usmar trabajaban juntos con las *Crónicas*. A regañadientes, la muchacha había aminorado un poco el ritmo de la lectura del quinto tomo —la primera parte del *Libro del Heredero*, que recién acababa de empezar— para adecuarse al de su compañero, que a cada momento se detenía sobre las páginas del *Libro del Mensajero* para tomar sus propias notas, reflexionar en voz alta, opinar o pedir aclaraciones. Habían acordado que los seis tomos no salieran de la corrala, y que se reunirían en ella cuatro veces por semana, para no ralentizar el trabajo del investigador ni invadir la intimidad de la chica.

—Hay muchísima tradición oral castellana que confirma lo que cuenta ese libro, Usmar— decía Isabel. Anochece, y la muchacha preparaba un poco de pescado que el hombre había llevado para cenar, intentando compartir con ella algunos gastos. El africano, sentado sobre una esterilla propia contra la pared —posición que había asumido desde el primer día y que jamás abandonaba, ni siquiera para comer, a pesar de las invitaciones de su anfitriona— levantó los ojos del pesado tomo y se la quedó mirando un rato.

—Sería interesante conocer si la tradición oral mexicana refleja algo de todo esto.

—Jamás me interesé por las tradiciones de los mexicas. No sé mucho sobre ellas— mintió la chica.

—Sabrás más de lo que crees. Piensa que, si bien eres castellana nativa, has nacido, te has criado, has vivido y has estudiado en una sociedad... «mexicanizada». Es imposible que algún nativo se haya mantenido totalmente puro después de ciclos y siglos de dominación.

La muchacha quedó en silencio, pensativa, mientras revolvía con una cuchara de madera el cazo en el cual guisaba el pescado.

—En muchos pueblos, como el mío, los castellanos se han mantenido bastante al margen de esa sociedad «mexicanizada», como usted la llama. Es cierto que muchas cosas se han perdido, y que otras tantas las tuvimos que tomar de los mexicas. Pero, en cierta forma, muchos de los nuestros han tratado de evitar el contacto con su cultura y sus tradiciones.

—Eso me suena a desprecio— comentó Usmar frunciendo el gesto.

—Yo lo llamo instinto de supervivencia. El desprecio, Usmar, lo hemos padecido nosotros hasta hoy...

—...lo cual no quiere decir que tengas que pagar con la misma moneda. Créeme, te entiendo. Mas debes aceptar también que algunos rasgos de tu cultura «nativa» han sido adoptados como oficiales por la República.

—¿Por ejemplo?— preguntó Isabel, retirando el cazo del fuego.

—Por ejemplo vuestro calendario, que muy diferente es del de los mexicas. Habéis conservado los vuestros días, semanas y meses, aunque los años se cuenten de otra forma y se mezclen el calendario juliano con el «nuevo» y los «ciclos» de cincuenta y dos años con los «siglos» de cien.

—Pues tiene razón, pero no creo que la lista sea mucho más larga.

—Piensa un poco y hallarás más cosas. Si revisas la historia de tu país verás que, si bien fue creado sobre un sustrato «mezclado», mucho de lo antiguo no se perdió. Y eso es lógico, pues larga fue vuestra historia y vuestra resistencia. Mas, volviendo a lo que te decía, menester sería revisar un poco la tradición oral de los mexicas, por ver si refieren algo de todas estas aventuras.

—En la escuela, cuando niña, nos contaban historias sobre la «llegada» mexica a Castilla— La chica hacía memoria, con los ojos entrecerrados y perdidos en un punto lejano de su pasado. —Ahora, más que historias, me parecen leyendas. Algunas de ellas hablaban sobre los personajes que participaron en las batallas: héroes, traidores, líderes... Ya sabe: esos individuos cuyos nombres aparecen hoy en nuestras plazas y calles.— Volvió al presente y se puso a servir la cena en sendas cazuelas.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer con todo esto cuando termines de leer las «Crónicas»? — preguntó Usmar, cambiando abruptamente de tema. Isabel negó con la cabeza. El africano continuó.— Esto podría impugnar muchos discursos y muchos libros de historia. No sé si te das cuenta de lo que has hallado.

—La prueba escrita que demuestra que nosotros los encontramos primero, que nosotros los guiamos, que nosotros les construimos las armas y los barcos, que nosotros los ayudamos a conquistarnos, que no hubo descubrimiento, ni civilización traída, ni destino trazado por los dioses, ni profecías... Sí, Usmar, me doy cuenta. Estas «Crónicas» desmontarían toda la Historia Oficial, el relato que nos ha mantenido como «los pobres, atrasados e ignorantes nativos» durante siglos.— La chica se acercó al

africano, se puso en cuclillas y le ofreció una de las cazuelas. «*A jaraama*»¹⁶ susurró el hombre. —Pero si hablo de esos libros los harán desaparecer antes de que nadie los vea, como lo hicieron en el pasado, y a mí me denunciarán por ladrona. Perderé mi empleo y, probablemente, mi oficio. Quedaré marcada para siempre. Me tildarán de mentirosa y de vulgar saqueadora de archivos. No interesa que esos libros salgan a la luz. Lo entendí hace poco, hablando con un tío mío.— Se incorporó y fue hasta su escritorio con su propia cazuela de pescado. Usmar revolvía su comida, ensimismado.

—A menos que...— comenzó a decir. Y se detuvo, rumiando una idea.

—¿A menos que *qué*?— logró articular Isabel con la boca llena.

—...que estos seis tomos aparezcan en algún archivo de la *madrasa* de Sankore.

La muchacha dejó de masticar y se tragó todo lo que tenía en la boca antes de abrirla de nuevo.

—¿En... Timbuktu?

—En Timbuktu. En la *madrasa* de Sankore, uno de los mayores centros de cultura y estudio de África, y, si me permites decirlo, del planeta. Una Casa de Estudios libre, independiente, en una tierra que nada tiene que ver con los mexicas ni con las «Tierras del Este». Cientos de bibliotecarios, historiadores, estudiosos de lenguas, escrituras y literaturas de todo el globo trabajan allí. Nadie podría acallar tan grande voz alzada en semejante escenario del saber.

—Entiendo...— musitó Isabel.

¹⁶ En pulaar, «Gracias».

Aquel hombre no estaba improvisando: llevaba días elaborando esa idea y consideró que había llegado el momento de exponerla.

—Un grito que, por supuesto, podría lanzar una bibliotecaria castellana invitada a concluir allí sus estudios y su «lectura», y que avalarían un centenar de colegas de Usmar Dookire, respetado investigador de la Casa..

—¿Invitada? ¿A Sankore?

Aquello era una condenada locura, pero estaba tan bien pensada...

—Con una beca por un periodo de, digamos... ¿seis meses? El profesor Dookire da su aval y la invita para que termine su «lectura» allí, al haber demostrado un profundo conocimiento de la literatura, la lengua y la cultura «nativa» de las «Tierras del Este» mientras colaboraba con él en Toledo durante sus investigaciones en los archivos de la República de la Nueva España. «Casualmente» poco después de su llegada aparecen unos volúmenes para cuyo primer examen su experiencia puede ser de gran ayuda. La invitada redacta un trabajo de presentación de las «Crónicas» al mundo académico, obtiene su título en Sankore con esa «lectura», y deja allí los volúmenes para que especialistas en diversos campos realicen diferentes tipos de análisis. La invitada regresa a Toledo con su título bajo el brazo, un título que las autoridades de la República reconocerán como válido merced a los tratados internacionales relativos a educación entre los nuestros países. Y vuelve con un nombre, o, mejor, con un renombre. Y puede elegir en dónde trabajar. O quizás prefiera quedarse en Timbuktu...

—Es de orates. Pero me gusta... Aún tenemos tiempo para planearlo mejor, ¿no? Ahora— le dijo al hombre, señalándole con su cuchara la cazuela —pruebe el guiso antes de que se enfríe. Frío no está tan bueno, y si sigue dándolo vueltas lo va a marear...

El africano le dio las gracias otra vez y empezó a comer.



—¿No cree que sería peligroso dar a conocer las «Crónicas» al mundo?— preguntó Isabel una vez acabada la cena. Usmar se encogió de hombros.

—Los hombres siempre han intentado que sus castillos de naipes hechos de mentiras no se derrumbasen ante la verdad. Es más fácil, más cómodo tratar de sujetar este andamiaje tan frágil que construir unos cimientos nuevos. Pero no es imposible hacer esto último. Y, desde mi punto de vista, es mucho más sensato y cuerdo.

—Sensatez y cordura no son cosas que abunden hoy en día.

—Para eso estamos nosotros, ¿no? Para aportar nuestro... nuestro «grano de arena», y que al menos tengan una oportunidad.

—Es que...— Isabel resopló. —Me asustan las consecuencias que semejante anuncio pueda traer consigo, ¿sabe? No estoy segura de si sería capaz de asumir una responsabilidad tan grande.

—Lo entiendo. Mas debes saber que a la larga la verdad se abre paso. *Siempre*. Las consecuencias pueden ser trágicas, pero creo que coincidirás conmigo en que es preferible vivir con la verdad, aunque escueza, que una vida llena de mentiras aparentemente inofensivas.

—Así y todo, me da miedo lo que pueda pasar. Aunque tenga la verdad de mi lado.

—La verdad no puede ser derrotada— explicó el africano, buscando nuevas razones para ofrecer a Isabel. —Puede ser ocultada, silenciada, tergiversada incluso, para salvaguardar el orden establecido. Pero hagan lo que hagan esos interesados en borrarla del mapa, la verdad sigue ahí, entera y terca, repicando en sus conciencias. Quizás por eso se empeñan tanto en eliminarla. Porque no aguantan su repique constante.

—Tal y como lo pinta, blandir la verdad es más peligroso que blandir un arma.

—Así es, que contra el arma hay escudos, mas no contra la verdad.

— Bueno, pues que sea lo que Dios quiera.

Usmar se alzó de su esterilla y la enrolló, preparándose para irse.

—Nunca se lo pregunté, y espero que no le moleste que lo haga ahora, pero... esas...— Isabel se acariciaba la cara, trazando líneas con los dedos — cicatrices... ¿Por qué son?

—Un adorno.

—¿Un... adorno...?

—Verás muchas marcas como estas si vienes a Timbuktu.

Sin duda se trataba de un adorno muy doloroso, aunque no tanto como los autosacrificios que aún seguían practicando la gente de las Tierras del Oeste y sus descendientes en Europa.



Con el paso del tiempo, los sacrificios de seres humanos habían ido cayendo en desuso entre las religiones provenientes del otro lado del mar. Si bien había algunos grupos ortodoxos que de vez en cuando saltaban a las portadas de los noticiosos por alguna ofrenda en vidas humanas a Huitzilopochtli o a Xipe Totec, esa práctica estaba en franco retroceso. Sin embargo, se habían mantenido los autosacrificios, el ofrecimiento de unas gotas de sangre propia a las deidades, en recintos adecuados para ello dentro de los templos o en los oratorios que muchos tenían en sus casas. Se alegaba que era parte de la vida privada, una decisión de cada persona, y que nadie tenía derecho a interponerse o juzgar tales actos siempre que no provocaran ningún daño a terceros.

El culto estatal a los dioses mexicas imponía, eso sí, la quema de papel *amatl*, goma *olli* y resina *copalli* —que los *nativos* llamaban sencillamente «sahumerio»— y la ofrenda de flores y pequeñas mariposas. Lo demás era decisión de cada cual. La tradición del autosacrificio, a pesar de no ser obligatoria, era ampliamente respetada, y era común ver orejas repletas de cicatrices, o enterarse de graves infecciones genitales por votos mal realizados y peor curados.

Isabel, como todos los *nativos*, estaba al tanto de esas costumbres. Excepto en Buitrago, las veía a diario por donde quiera que se moviese, pues formaban parte de la religión oficial.

Conocida como *yeknemilistli*, sus ritos y ceremonias estaban dirigidos por el Alto Sacerdote de Tenochtitlan, que era el que dictaba las órdenes y el que, junto con un Consejo de sacerdotes de cada divinidad, conducía los destinos de la comunidad de creyentes. En un principio, los mexicas habían considerado a los cristianos como infieles que desconocían los verdaderos

dioses. Pero cuando impusieron sus creencias en la antigua Europa, tacharon a todos aquellos que se apartaban del camino como herejes. *Teotlatolkuepani*, los llamaron. «Los que dan la espalda a la palabra divina». Muchos fueron perseguidos y ejecutados, allá por 1700. Más tarde la religión oficial consideró a esos «corderos descarriados» que se obstinaban en adorar a Cristo y a los santos como casos sin solución. Los tildó entonces de «niños ignorantes», equiparándolos a esos infantes malcriados que, por su falta de seso, se empeñan en transitar senderos que no los llevan a ningún lado. Para 1960 los *nativos* cristianos eran tenidos como algo folklórico, una tradición que algunos museos se ocupaban de observar bajo la lupa con curiosidad y que recogían ciertas películas o reportajes. Nada más.

—Así que un adorno...— dijo Isabel. —Bueno, bien está... ¿Alguna otra sorpresa que me depare Timbuktu, o el país fulbe?

—Sin duda han de depararte muchas, amiga. Muchas— se despidió el africano desde la puerta.



Isabel se preparaba para continuar con el primer tomo del *Libro del Heredero*, pero antes de empezar decidió deshacer la trenza en la que siempre llevaba atrapado su cabello y cepillarse un rato su larga melena.

La chica pensaba en voz alta, entre golpe y golpe de cepillo.

«Timbuktu», se decía. «Está lejos, hablan otro idioma, tienen otras costumbres... Bufff...». La idea era tentadora, pero a ella le faltaba un poco de determinación. Toledo había sido el punto más alejado de su pueblo natal al cual había llegado, y ya aquello le había parecido, en su momento, un

acontecimiento sin precedentes en su corta vida. Ir a Timbuktu significaba subirse a un dirigible, cruzar ese estrecho que llamaban «de Gibraltar», sobrevolar el desierto y aterrizar en una ciudad que, según se decía, estaba hecha de arcilla y arena. Suponía dejar de ver a su familia durante un periodo de tiempo bastante largo, cambiar sus montañas por una llanura pedregosa, comer otras comidas, beber otras bebidas...

Nuevo golpe de cepillo y nuevo bufido, con bocinas y cencerros de fondo.

«Vaya, Isabela, piensa en que es una buena oportunidad... Puedes conseguir tu título de una buena vez... Aquí te tomaría Dios sabe cuánto tiempo...». Sin embargo, no las tenía todas consigo. «Sí, claro... Vas a terminar tu carrera desvelando al mundo la existencia de las «Crónicas». Menudo futuro te espera...».

El cepillo se detuvo en el aire, a una pulgada del cabello castaño. Esta vez el resoplido fue más largo y pesadoso.

«En eso llevas razón» se respondió a sí misma, o, al menos, a esa parte de ella que estaba en desacuerdo con aquella decisión. «Pero ya estoy en el baile, así que tendré que bailar. ¿Qué me queda, si no? ¿Devolver los libros a la biblioteca, en secreto, una vez que los termine? ¿Volver a enterrarlos donde estaban, entre telarañas y mugre? ¿Olvidar que los he leído? ¿Quemar mis apuntes, mis notas, mis dibujos? ¿Tirar a la basura todo el trabajo que he hecho?».

El cepillo terminó de descender y continuó su labor.

«A veces es mejor que ciertas cosas enterradas sigan así» opinaba su otro yo, su voz interior disidente. «Ya, eso está muy bien... ¿Y yo qué cuernos

hago con todo lo que he descubierto? ¿Sumerjo la cabeza en un cubo de aguardiente, a ver si se me borran las ideas?». «Mujer, pues no estaría de más. Tonterías, las justas». «Pues no me parecen tonterías». «Espera y verás si no lo son. Te van a crucificar, una vez que saques a la luz esos documentos». «No seré yo quien los saque. Serán los de Sankore. Yo sólo seré una profesional que va a colaborar con ellos».

La voz opositora calló. Sólo se oía el suave siseo del cabello al ser desenredado, y el eco debilitado de los cencerros, allá lejos.

«Bueno, pues a Timbuktu iremos» sonrió la chica, dando un descanso al cepillo, y viendo que no había más argumentos en contra de aquel viaje. «Ahora voy a tener que buscar unas buenas razones para convencer y calmar a mis padres. Si la que me montaron cuando me vine a Toledo fue de cuento, no quiero saber la que van a armar ahora con esto».

XV

TIMBUKTU, 1973

Había terminado de leer el *Libro del Heredero* a principios de la primavera de 1973, en una casa cercana a la *madrasa* de Sankore.

En Timbuktu.

Aceptar la propuesta del profesor Dookire había sido sencillo. Tras poner fin a sus deliberaciones internas, bastó con darle a Usmar un «sí, quiero» idéntico al de las antiguas bodas cristianas. El africano abandonó Toledo a finales de febrero de aquel año, satisfecho de su visita y de los proyectos que se avecinaban, y con la promesa de enviarle a Isabel la documentación necesaria para agilizar los trámites de su viaje.

La parte realmente complicada fue apaciguar la preocupación de sus padres. Para lograr semejante objetivo —que incluía convencerlos de la seguridad de una travesía en globo en la que cruzaría uno de los mayores desiertos del planeta, y la conveniencia de su estancia en un país extranjero del que sus progenitores desconocían todo— contó con la ayuda de su tío y la complicidad de su abuelo. Aunque el viejo no estaba del todo seguro de aquel asunto.

—¿Y cómo dices que se llama ese pueblo, hija?— volvía a preguntar.

—Timbuktu, abuelo. Timbuktu. Y no es pueblo, que es ciudad.

—Ya, ya... ¿Y qué es lo que hablan allí? Porque cristiano no hablarán, digo yo...

—Pulaar, abuelo. Un idioma africano.

—¿Y tú hablas de eso?

—Pues no. Pero se aprende. Además, ¿tú estás aquí para secundarme o para quitarme las ganas?

—No te pongas así, mujer... Sólo que me había picado la curiosidad, como quien dice... ¿Y cuánto tiempo te vas a estar en el África esa?

—Mariano, ¿tú estás tonto o qué?— le espetó su abuela, siempre a su lado, siempre tejiendo. El hombre, reconociendo en aquella pregunta una estricta orden de silencio, se encogió de hombros con resignación y se dedicó a despojar a su pipa de los restos de ceniza y alquitrán que normalmente la atiborraban.

Obtenida «la venia» en Buitrago y los correspondientes permisos para abandonar su trabajo en el Archivo de Toledo y viajar al país fulbe, la muchacha finalmente se embarcó, con las *Crónicas* y algunos de sus escritos a la espalda, en un *ejekali* bautizado como *Tlilekmixtli*, «nube oscura». Un nombre que le venía como anillo al dedo, pues aquel enorme dirigible negruzco no parecería sino un nubarrón visto desde tierra.

Jamás olvidaría ese viaje. Su primer gran viaje: ése que toda persona joven soñaba, con el infaltable y característico sabor a aventura y un ligero pero necesario toque de locura. Nunca podría despegar de su memoria ciertos recuerdos muy concretos: el nudo en las tripas al abordar el globo; su boca, abierta sin remedio durante todo el trayecto entre Madrid y Sevilla; sus vanos intentos por descifrar desde el aire una geografía vaga de mesetas pardas, ríos

verdosos y pueblos encalados; y la incontenible emoción al divisar un mar hasta entonces sólo imaginado: las costas y el puerto de Cádiz primero, luego el estrecho de Gibraltar, y finalmente el litoral del norte de África.

Tampoco olvidaría que, al sobrevolar los muelles gaditanos, fue incapaz de resistir la tentación y extrajo de su equipaje el primer tomo del *Libro del Mensajero* para repasar, con el volumen abierto sobre sus rodillas, el antiguo trazado de la villa, la llegada de los barcos con la sierpe emplumada en las velas, y la ruta de escape de aquellos que sobrevivieron al asalto, guiados por el alférez Gonzalo de Iriarte.

Más allá de aquel mar testigo de batallas y hundimientos, y de aquellas costas que vieran desembarcos y partidas, la muchacha se encontró con la inesperada blancura de los picos nevados del Atlas y, tras ellos, *As-Sahra Al-Kubra*, el Gran Desierto. Un estallido de amarillos, ocre y sepías inundó sus retinas, y durante horas y horas desfilaron ante ella roquedales, arenales y dunas. Sabía que las Canarias quedaban a la derecha, hacia el oeste, y que hacia su izquierda, hacia oriente, el desierto continuaba prácticamente hasta el río *Niil* —cuna de los arquitectos de las pirámides de Giza— y ese mar que todos los idiomas coincidían en calificar como «rojo».

En el momento en el que, rompiendo la monotonía polvorienta y desolada del paisaje, surgió en el horizonte ése al que los tuareg llamaban *Egerew n-Igerewen*, «Río de ríos», Isabel supo que había llegado a su destino. Así se lo había indicado Usmar, que seguramente la estaría esperando allá abajo, en una ciudad que ya desde lejos se le antojaba descomunal.

«Cuando el desierto se acabe y aparezca un río enorme, allí se alza Timbuktu», le había dicho.



A aquella veinteañera castellana le costó bastante acostumbrarse a su nuevo entorno. Habituada a la calma rutina toledana o, peor aún, a la monotonía de Buitrago y la parsimonia de sus habitantes, Timbuktu resultó ser para ella un verdadero hormiguero: un remolino humano que parecía no detenerse ni de día ni de noche.

La ciudad era un crisol de pueblos. Había muchísimos tuareg, los «hombres azules» del Gran Desierto, siempre cubiertos por paños oscuros que les daban un aire misterioso, jinetes de camellos que a Isabel le parecieron bestias de cuentos fabulosos. Sin embargo, la mayor parte de la población pertenecía a la etnia fulbe. La chica se quedaba extasiada con la belleza de sus mujeres, sus coloridas prendas, sus mil formas de arreglarse los cabellos y, sobre todo, las cicatrices, marcas y tatuajes con los que se embellecían el rostro, los brazos y las piernas. Había yorubas provenientes del sur, y también mandinkas, soninkes, bambaras, malinkés, diulas, ligbis, vais, bissas, y hasta algunos dogones, que, según se decía, habitaban al pie de unos enormes acantilados en medio del desierto.

Cada grupo hablaba su propia lengua, como era de esperar. Pero en medio de una diversidad tan apabullante como la que circulaba por aquellas callejas y plazas, el pular y el koyra chiini servían como instrumento para comunicarse y, sobre todo, para hacer negocios. Pues la prosperidad de Timbuktu derivaba directamente del hecho de hallarse en una encrucijada de

rutas comerciales. Por el norte, los tuareg llegaban con sus caravanas de dromedarios cargados de sal, bien precioso donde los hubiera. Por el sur, los pueblos de los bosques húmedos traían oro, aceite de palma, nueces de cola, pieles y maderas. Por el río subían los pueblos ribereños y los del lejano océano, trayendo pescado y conchas de caurí, y bajaban otros tantos desde las ricas tierras de Kanem y Bornu.

La bonanza económica ayudó a que florecieran las artes y las ciencias en las tres *madrasas* de la ciudad: Djinguereber, Sankore y Sidi Yahya. Juntas componían la Alta Casa de Estudios de Timbuktu. En la *madrasa* de Sankore, especializada en historia y humanidades, trabajaba Usmar. Allí era donde Isabel iba a finalizar su «lectura». Y allí, en sus archivos, aparecerían «milagrosamente» las perdidas *Crónicas*.



Al atado de recuerdos imborrables que guardaría de aquel viaje, la chica debía sumar la sonrisa de bienvenida con la que Usmar la recibió cuando descendió del *Tlilekmixtli*. Era aquél un gesto poco habitual en un hombre circunspecto por naturaleza. Días después, la castellana comprendió que su amigo buscaba transmitirle una tranquilidad y una confianza que le serían sumamente necesarias para salir más o menos ilesa de aquella experiencia.

También agregaría a esa lista la primera de una interminable serie de bocanadas de arena que el viento le hizo masticar. Y los olores, mucho más fuertes que los de su tierra, y muy diferentes: olor a mijo hervido, a estiércol de camello, a sudor, a aceite de palma... Y su asombro al comprobar que el

color de toda la villa era el mismo que el del suelo, algo que no era de extrañar si se tenía en cuenta que la totalidad de los edificios, desde los más humildes a los más grandiosos, estaban hechos de adobe. Incluyendo las mezquitas, las bibliotecas, los palacios, la Alta Casa de Estudios, y la diminuta casa en la que viviría durante su estancia en Timbuktu.

Aquella casa no contaba con una cama, ni con una mesa, ni con un baño, ni con una cocina, al menos tal y como Isabel entendía todos esos elementos. La vivienda mezclaba la arquitectura centenaria de Timbuktu con la estructura de las casas fulbe, y, desde la perspectiva de la muchacha, era más simple que un pajar de Buitrago: un cubo de bloques de adobe con vigas de madera y un grueso techo de paja. Sobre el suelo, una especie de colchón de esteras brindaba un lugar donde dormir; un par de alfombras permitían sentarse a leer, escribir, trabajar o comer; un pequeño hogar facilitaba las tareas culinarias; y un puñado de vasijas servían como recipientes de usos múltiples: hervir agua, lavarse la cara, preparar un puchero...

Allí, en ese rincón del planeta tan lejano y tan distinto de aquél en donde comenzó su aventura lectora, Isabel Balmaceda acabó *El Libro del Heredero*, y con él, las *Crónicas de la Serpiente Emplumada*.



Cuando cerró el sexto volumen de la colección, concluido el relato que la había hipnotizado tantos días y tantas noches, que la había empujado a investigar, a buscar y a descubrir, y que había desafiado su inteligencia en tantas ocasiones, Isabel experimentó una mezcla de vacío, tristeza y frustración.

En primer lugar, se dio cuenta de algo demasiado obvio: acababa un episodio inesperado e intenso de su vida. Y eso la desorientó y la hizo sentirse huérfana de nuevos retos, e incluso un tanto abandonada. Pues, ¿con qué iba a llenar sus horas, de allí en más? ¿Qué haría ahora que la absorbiese y encandilase tanto, que le produjera aquel cosquilleo en las tripas, aquel deleite y aquella angustia que las *Crónicas* le habían provocado? ¿Qué personajes compartirían con ella la soledad de sus tardes, sus sueños, sus despertares, sus almuerzos y sus caminatas?

Con todo, la chica tenía un número nada despreciable de buenas razones para sentirse satisfecha, y hasta feliz: había conseguido poner fin a una tarea que muchos otros, aún con mayor formación que la que ella poseía, no hubieran logrado llevar a buen puerto; había podido comprender y aprehender la mayor parte de los mensajes que escondían los libros; y, sobre todo, había descubierto la prueba tangible de la mayor mentira jamás vertida sobre la faz de la tierra.

Además, gracias a las *Crónicas* había entrado en contacto con mundos antiguos que hasta entonces le eran muy poco conocidos. Y a nivel personal, los pesados tomos *in quarto* habían puesto a prueba —y hasta potenciado— su capacidad de investigación, de análisis, de síntesis, de traducción...

Pero, a pesar de todas esas consideraciones, y de muchísimas otras que deberían haber levantado su ánimo, seguía sintiéndose hueca. Se había implicado tanto en la narración que ésta había pasado a convertirse en una parte esencial de su cotidianidad. Era comprensible, pues, que una vez que aquella llama se extinguiese, su vida quedase prácticamente a oscuras.

Por otro lado, sentía una enorme desazón. Sabía que la historia no se había detenido con la última página de las *Crónicas*, ni se había cerrado con

su último punto. En realidad, esos párrafos finales sólo habían sido los prolegómenos de lo que aconteció después, de esa Historia que siguió adelante con su pesada carga de dolor, miseria y resignación.

Ésa que se escribió en los libros, anales y documentos que recogieron los hechos desde entonces.

El victorioso Tepehuahtzin arrasando y conquistando Francia y las pequeñas repúblicas de Italia junto a sus aliados otomanos. Y poniendo sitio a Roma, y sacrificando sobre el altar de Huitzilopochtli a Clemente VII, el Papa de una Iglesia que, a partir de ese momento, se iría consumiendo lentamente hasta casi desaparecer...

Los sucesores de aquel *tlacochcalcatl* continuando su tarea, cercando por mar las islas Británicas y convirtiéndolas en un archipiélago fantasma, sombra de una sombra...

El Imperio Otomano fragmentándose en un conjunto de pequeños reinos que lucharon entre ellos por el control del mar y la tierra. Y las guerras intestinas entre los estados tudescos, y la expansión de los zares moscovitas...

Y la tan mentada independencia de las colonias de Tenochtitlan, que no trajo consigo sino un nuevo modelo de dominio mexica... Y las revoluciones del pensamiento en tierras de la India, el Yucatán y África... Y las de la industria y el comercio en los puertos daneses, en Bagdad y Damasco, en Moscú, en Beijing...

Y a lo largo de todo ese tiempo las rebeliones castellanas: las comunidades levantándose una y otra vez, incansables, aún después de que las colonias fueran oficialmente «liberadas» del yugo que un día les impusieran las Tierras del Oeste. Y fracasando. Irremediablemente.

Así había continuado la Historia, en efecto. Y lo que eso producía en Isabel no era un simple malestar. Todo aquello la enfermaba. La deprimía. La hundía en un pozo sin fondo del que no sabía cómo salir. Después de todo, tras tantas páginas leídas, tantas cosas aprendidas y tantos caminos transitados, lo único que había conseguido era encallar en un relato que ya conocía y que siempre había conocido, desde que era una niña: el de las matanzas, los abusos, las conquistas...

Más allá del valor de su esfuerzo y de su propio afán de superación, ¿de qué había servido leer todas las *Crónicas*? A la postre, a la chica casi dejaba de importarle que toda la historia europea moderna estuviera basada en una gran mentira. Daba igual: aunque se dijera la verdad sobre el asunto ¿qué iba a cambiar? Nada, absolutamente nada.

Lo único que aportaba un toque de optimismo, de esperanza, de humanidad al conjunto de las *Crónicas* eran las historias pequeñas: las de amor, como la de Alfonso y Lucía; las de lealtad y amistad, como la de Iriarte y Hernán; las de valentía y esfuerzo, como la de Inés; las de fatiga y compromiso, como la de Escobedo; las de orgullo y tesón, como la de Balmaceda...

Isabel cayó entonces en la cuenta de que no sabía cómo, dónde o cuándo habían finalizado las trayectorias de todos aquellos personajes. ¿Qué había sido de los hispanos del otro lado del mar? ¿De los vizcaínos de Kosom Lu'umil? ¿De Jacome el genovés y sus compañeros de Cempoala? ¿Y de los de este lado? ¿Del alférez y su mozo, del piloto portugués y su compañera, de Aliza y su hijo?

Para la Historia —la historia grande, ésa que se escribía con mayúsculas— esos individuos no eran más que accidentes. Habían

permanecido en las páginas de unas crónicas compiladas por los mexicas para sustentar figuras mucho más relevantes, como el *hueyi tlahtoani* de Tenochtitlan o su *tlacochcalcatl* en Sevilla. Su presencia, como la de tantos otros que en algún momento transitaron por las hojas de los registros y los anales, era meramente accesorio.

Pero para Isabel, todos aquellos hombres y mujeres eran imprescindibles. Los había visto luchar, soñar, entregarse, lamentarse, fallar, caer y volver a erguirse. Había seguido sus pasos tan de cerca que no saber dónde y cómo habían acabado sus días la frustraba sobremanera.

Por eso, al final de sus notas sobre el *Libro del Heredero*, incluyó un breve listado de nombres cuyos destinos deseaba rastrear. Si alguien, alguna vez, se había interesado mínimamente por ellos como para darles cabida en unos relatos tan celosamente engarzados, seguramente habrían dejado algún rastro en otros documentos. Archivos, registros parroquiales, actas comerciales... Algo... Algún fragmento escrito que permitiera a la muchacha completar esa narración íntima que había ido construyendo al unir las voces de esos personajes y su fértil imaginación.



Sorpresivamente, días después, mientras preparaba los tomos para entregárselos a los bibliotecarios de Sankore, la muchacha reparó en una hoja llena de nombres, fechas y firmas que no había visto antes. Estaba al final del sexto volumen, semi-pegada por la humedad y el tiempo.

Al despegarla y descifrarla, comprendió que, desde una perspectiva histórica, aquello había sido lo más valioso que había hallado en esos volúmenes.

Hasta donde alcanzaba a entender, se trataba de la lista de bibliotecarios y archiveros que habían tenido en su poder aquellos ejemplares, que los habían preservado de la destrucción y que los habían escondido en rincones ignotos de toda la geografía española, esperando la oportunidad de sacarlos a la luz. De hecho, aquellos nombres daban sentido a la nube de sellos medio borrados que contenía la primera página de cada volumen, y de cuya explicación Isabel había desistido, incapaz de formular algo más que vagas suposiciones.

La relación arrancaba en 1580, justamente cuando la compilación definitiva de las *Crónicas* desaparecía de Sevilla «en circunstancias jamás aclaradas». El autor del osado robo firmó como «F. Gonçalez». ¿Sería un Francisco, un Fermín? ¿O quizás una Felisa? El eximio ladrón no aclaró jamás su nombre, pero dedicó un par de líneas manuscritas bajo su firma a jactarse, ante la posteridad, de que él —o ella— había sustraído aquel ejemplar de los Archivos de Sevilla, y lo había escondido en su casa de Córdoba.

En 1597, los volúmenes pasaron a manos de un tal «Jacinto H.», que los ocultó en uno de los últimos monasterios cristianos de Extremadura. Entre sus muros permanecieron casi medio siglo, hasta que, en 1645, las *Crónicas* fueron trasladadas a un punto indeterminado de Segovia, merced a un tal «Antonio Ruiz».

En 1650 llegaron hasta un ignoto «N.H.», que guardó los tomos en la biblioteca de la antigua Universidad de Salamanca, que para ese entonces ya se llamaba «Alta Casa de Estudios». Allí fue cuando, para disimular su

presencia, el título original había sido raspado y sustituido por aquel romántico y soso «Las trampas del amor».

Serían ese «N.H.» y sus compañeros rebeldes los que, en 1660, habrían lanzado las *Crónicas* «apócrifas», una copia impresa no autorizada del original manuscrito.

Las *Crónicas* se quedaron en Salamanca hasta 1829. Durante su estancia en esa biblioteca, varias personas fueron pasándose el testigo y haciéndose cargo de los tomos, y siempre firmaron con sus iniciales: «A.M.S.», «L.R.», «M.P.». Mantuvieron su anonimato, pero no ocultaron sus tareas: «Escribí los números de las páginas», había anotado uno. Y otro, «Traduge i anoté algunas partes». Todo iba cobrando forma. Sobre todo, los apuntes sobre detalles bibliológicos y paleográficos que había ido tomando desde el mismo momento en que apiló las *Crónicas* en su mesa de trabajo, en su corrala toledana.

Finalmente recalaron en el Archivo de Toledo. Isabel no reconoció el nombre que figuraba en la última posición, allá por 1916. Pero supuso que aquel bibliotecario, que había firmado como «R. Mastrelles», sería el que había muerto antes de lograr encontrar un sucesor. Y las *Crónicas* estuvieron 56 años *perdidas*, sin moverse del rincón maloliente del cual las había rescatado Isabel hacía sólo unos meses.

Era sólo una hoja. Y en ella había almacenada mucha más historia que en algunas obras de varios tomos. Detrás de cada uno de aquellos nombres y fechas había convicciones, riesgos asumidos, esperanzas latentes y, sobre todo, el deseo de que aquellos ejemplares sobrevivieran una década más, una generación más, un siglo más... Siempre a la espera del momento oportuno para dar a conocer los capítulos faltantes del pasado *nativo*.

Ahora ella era la heredera de todas aquellas firmas, de todas aquellas intenciones y propósitos. Ahora ella estaba en posición de cumplir el sueño de todos los que la precedieron en esa lista que se cerraba con dos letras escritas en tinta nueva.

«I.B.».

XVI

TIERRAS DEL OESTE, 1980

«Octubre, veynte, año del Sñr de myll y quatrocientos e noventa y tres». Isabel reconoció enseguida la frase. Y su mirada castaña se posó en dos pequeñas manchas que difuminaban la caligrafía vieja y angulosa de aquel título.

—Ay, Dios...— atinó a decir, llevándose una mano a los labios y sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas.



Presentado su trabajo final en Timbuktu, y aprobado con elogios por parte de sus examinadores de Sankore, Isabel pudo olvidarse de cubrir sus cabellos a la manera musulmana de los fulbe, abandonar los almuerzos y cenas de mijo hervido con verduras, dejar de hablar pulaar, y retornar a Toledo convertida en una profesional.

Atrás quedaban los seis tomos de las *Crónicas*, en manos de Usmar Dookire y sus colegas. Ella sólo pensaba en seguir adelante con su profesión. Volvió con la ilusión de ocupar de nuevo su habitación en aquella corrala que tanto había echado de menos los meses que estuvo viviendo en una casa de adobe y arena. Y con el objetivo de empezar a desempeñarse como una

auténtica bibliotecaria en el Archivo de la ciudad; al menos, hasta encontrar ese rincón soleado en el que esperaba recalar algún día. Pero en la vieja villa castellana nadie estaba dispuesto a abrirle los brazos. Fuese por envidia o por despecho, sus antiguas compañeras de trabajo le dieron la espalda, y evitaron por todos los medios que la joven consiguiese un trabajo allí. Ni siquiera como «pasante».

Ese era el precio que debía pagar una *nativa* por el éxito de haber finalizado sus estudios en tan poco tiempo y con el patrocinio de una Casa de Estudios tan célebre y respetada como la de Sankore.

Sintiéndose desairada y sola, Isabel optó por trasladarse a Buitrago, a la buhardilla de la casa paterna. Con su título bajo el brazo y un incierto futuro por delante. Corría el año 1973.

A principios del siguiente, inmediatamente después de que los investigadores de Timbuktu los dieran a conocer, los contenidos de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada* fueron publicados íntegramente en todas las Tierras del Este. Se editaron junto a un jugoso compendio de escritos que analizaban los textos, y entre los cuales se encontraba la «lectura» de Isabel Balmaceda.

Las autoridades de Tenochtitlan, quizás desconcertadas por aquella inesperada aparición, tal vez tomadas por sorpresa y sintiéndose incapaces de apelar al descrédito para acallar la voz de un núcleo de poder intelectual tan poderoso como era Sankore, sólo atinaron a pedir disculpas públicas por los crímenes pasados y a permitir sin más la difusión de aquellos documentos.



Las hojas del calendario fueron cayendo, y una vez superado el desconcierto inicial que supuso la aparición de las *Crónicas*, todo fue volviendo a su antiguo cauce. Pues, según alegaba la «oficialidad» mexicófila, lo que narraban aquellos tomos enmohecidos había sucedido hacía siglos. Podía ser que, en efecto, algunas versiones de la historia hubieran sido deformadas, y algunos hechos hubieran sido alterados y usados en beneficio de determinados sectores sociales, pero por mucho que esos elementos se corrigieran, y por muchas disculpas que se pidieran por los errores cometidos, la realidad cotidiana de las Tierras del Este no se vería afectada.

Y, en efecto, así fue.

Gracias a algunas amistades de sus padres, Isabel se había hecho cargo de la pequeña biblioteca de Buitrago. Pasaba horas y horas en aquella casita cercana al castillo de la villa, leyéndole extensos fragmentos de sus apuntes a su abuelo. El viejo iba a visitarla a menudo y, tras cargar de tabaco su pipa de raíz de brezo, se dejaba cautivar por la narración que su nieta desgranaba ante él. A veces, cuando podía ausentarse del mesón, su tío se unía a la partida y se sentaba a escuchar lo que su sobrina había anotado en aquellas libretas.

—Vea, padre...— le decía a Mariano Balmaceda, que solía fumar y guardar un silencio pétreo, como si oír aquella historia le doliera un poco, o lo fastidiara bastante. —Al final resultó que el bandido de nuestro antepasado no dejó en mal lugar nuestro apellido. ¡Si terminó saliendo bueno, el condenado!

—‘mbre...— mascullaba el anciano, llenando todo de humo. —¿Y qué esperabas, zagal? No podía ser de otra manera.— El hombre soltaba un minuto la pipa y apuntaba con ella el cuaderno que Isabel les leía. —Lo que a

mi más me gusta es saber que, a la final, lo que decían los cantares de los viejos era verdad.

—Como si eso sirviera de algo— opinaba el tío. —Todo sigue igual que antes. Igual que siempre.

—¡Jo, tío, no seas así!— protestaba Isabel, sobreponiéndose a su propio desánimo. —Que de algo ha de servir, ya lo verás...

—Pues ten cuidado, no vaya a ser que a la postre esos escritos sirvan para que nos claven la bota con más fuerza en la cabeza. Si siempre dije yo que hay cosas que mejor no menearlas demasiado...

—Anda y deja ya de decir sandeces, coño, que no haces más que quejarte— lo regañaba el viejo. —No creo que hayamos de caer más bajo de lo que ya estamos, ni que nos vayan a pisotear más de lo que ya nos han pisado. Cierto es que por menear este asunto no vamos a revivir muertos ni a recuperar lo perdido— explicaba el hombre, adusto. —Pero atiende una cosa: yo estoy feliz de haber sabido, antes de morirme, que eso que nos lee tu sobrina lo va a poder leer más gente. Es lo que hubieran querido nuestros viejos cuando cantaban los romancillos y las jotas rebeldes...

—Hablando de eso, abuelo: que sepas que me las tienes que cantar otra vez, así las apunto, ¿vale?

—Cuando quieras, bonita. Pero ahora sigue, anda, que aquí nos has dejado a tu tío y a mí con la miel en los labios y sin saber cómo continúa esa historia que nos estabas leyendo.



La chica había recibido algunas ofertas para presentar públicamente las conclusiones de su «lectura» en espacios académicos, pero ahora ya sabía que en esos ámbitos sólo cosecharía ataques, agrias recriminaciones y muchísimo odio. De modo que se refugió en su pueblo amurallado, rodeado por las aguas del Lozoya, y en su buhardilla, envuelta a su vez por los brazos de su familia. Se convenció a sí misma de que las cosas ocurrían como ocurrían por un motivo determinado, y que si hubiesen sucedido de otra forma ella no hubiera sido feliz. Llegó a la conclusión de que lo que estaba viviendo era lo que más le convenía, y decidió que quería echar raíces allí, en su villa natal, y hacer algo útil por su gente.

Pero aún tenía un par de cosas pendientes, asuntos relacionados con el paréntesis que las *Crónicas* habían abierto en su vida. Y era consciente de que no podría cerrarlo sin concluir las, y sin escribir todas las palabras que le habían quedado en el tintero. Que no eran muchas, pero sí eran importantes.

Antes de marcharse de Timbuktu le había preguntado a Usmar si podía obtener para ella un permiso especial para consultar los fondos de archivo de las bibliotecas de Tenochtitlan y Chichan Itzá. Quería acceder a todos los documentos que guardaran alguna relación con las *Crónicas*. Recién en 1980, cuando los ecos del «escándalo internacional» provocado por la edición de los tres «Libros» se apagaron, el investigador africano volvió a ponerse en contacto con su amiga para comunicarle que había obtenido los permisos. Sankore se ofrecía a pagar los gastos del viaje a condición de que, a su regreso, la muchacha redactara para la Casa de Estudios un informe completo de todo lo que hubiera hallado.

«Este hombre sabe cómo convencerme», se dijo la castellana doblando la misiva. Isabel se preparó entonces para acudir a su cita con la gran ciudad «madre de naciones», corazón de las Tierras del Oeste.



La travesía en barco de velas desde Cádiz hasta Cempohuallan no había presentado mayores inconvenientes que los mareos y las incontenibles náuseas, naturales y esperables en cualquier persona no habituada al bamboleo constante de una embarcación. Por lo demás, todo transcurrió sin incidentes. Aquella era una ruta tranquila: no como las del norte de Europa o las de las costas del Océano Amarillo, en las cuales los navíos debían viajar protegidos para evitar las acometidas de los piratas.

La joven se sació de ver aquel piso de olas, aquel techo de cielo y nubes, y aquella fina y curva línea divisoria en el horizonte. En cuestión de días pasó de desconocer lo que era el mar a ser capaz de identificar todos sus matices de color, sus distintos aromas, sus diferentes sonidos, los ángulos de sus ondas, los sentidos de sus giros... Y se alegró de vivir todo aquello. Podía comprender mejor a aquel antepasado suyo que, seducido por el océano, encontró en la navegación la forma más adecuada de experimentar la libertad.

Aprovechó el viaje para satisfacer, por fin, su curiosidad sobre la anatomía de un barco. Para ello contó con materiales reales —nada de dibujos, esquemas y grabados tomados de libros— y con la inestimable ayuda de unos maestros únicos: algunos marineros andaluces que trabajaban a bordo. Junto a ellos, y con un poco de práctica, fue capaz de distinguir las

distintas partes de una vela o de una sogá, los innumerables palos y las maniobras que se realizaban tanto en cubierta como en las entrañas de la embarcación.

Al llegar a Cempohuallan, un puerto atestado de navíos anclados a la espera de viajeros y cargas, no pudo por menos que recordar la impresión que habían sentido Escobedo, Balmaceda y el buen Cuitlachnehnemini cuando volvieron de Cuba y se encontraron con los primeros barcos de la «Gran Armada» flotando en las plácidas aguas de aquel mar. Por aquella costa había caminado su antepasado, allí mismo había discutido con Arana... Y Escobedo había lanzado su pluma a esas olas mansas que lamían la orilla, cerrando con tan simbólico gesto la escritura de una saga en la que reflejó sus pasos y los de sus compañeros de andanzas.

El trayecto por tierra entre la costa totonaca y el valle de Anahuac no le deparó sobresaltos, toda vez que el camino era muy transitado y los *kalmimiloli* eran excelentes. Nada que ver con las bazofias rodantes que unían Buitrago con el resto del mundo. A Isabel le hubiera gustado saber cuál había sido el punto exacto en el que los hispanos, conducidos a Tenochtitlan como esclavos bajo la estricta vigilancia de Cuitlachnehnemini, habían recibido el ataque sorpresa de los guerreros totonacas y se habían defendido a sangre y fuego, luchando por sus vidas.

Cuando atravesó el paso que separaba el humeante volcán Popocatepetl de la nevada cima del cerro Iztaccihuatl, la castellana pudo divisar, en la lejanía, la ciudad de Tenochtitlan, prácticamente flotando sobre el espejo plateado del Texcoco. Era una panorámica llena de magia y ciertamente conmovedora: estaba segura de que desde esas mismas alturas, Escobedo había visto la villa por primera vez. Desde aquel entonces, la ciudad

se había extendido tanto que pocas de las secciones del lago que el escribano describiera en sus diarios de viaje quedaban libres de casas o de *chinamitl*.

El transporte la dejó en la antigua fortaleza de Xoloc, situada sobre la calzada meridional. Allí se terminaba el recorrido. Desde ese punto debía caminar hasta el recinto ceremonial, vecina al cual se alzaba la *amoxcalli*, su destino final. O bien podía subirse a una de las tantas *canoas* que alfombraban las calles-canal de aquella ciudad anfibia. Por el módico precio de un par de granos de *cacahuatl*, los barqueros la trasladarían a donde ella quisiese y le permitirían, además, apreciar la belleza de la ciudad desde el agua.

La muchacha prefirió ir a pie. Cargando su saco de viaje en un hombro y su inseparable bolso castellano de cuero en el otro, echó a andar hacia las cúspides de los grandes templos mexicas que sobresalían frente a ella en lontananza. A su alrededor encontró una vida que sin duda era heredera de aquella otra tantas veces mencionada en las *Crónicas*, pues giraba en torno a los mismos mercadillos, y atravesaba las puertas de viviendas similares.

La *amoxcalli*, la «casa de los libros», se ubicaba por fuera de una vieja muralla *coatepantli* que resistía heroicamente el paso de los siglos y conservaba su ornamentación de serpientes entrelazadas. Era un edificio descomunal, del tamaño de medio centenar de Archivos toledanos, al menos. Tenía dos plantas divididas en grandes salas, desplegadas en torno a un patio central prácticamente oculto por la exuberancia de las plantas y las flores que allí mantenían.

La bibliotecaria fue recibida con una cortesía gélida por sus colegas de las Tierras del Oeste, y con la misma frialdad fue conducida hasta una enorme sala en la primera planta. Le señalaron una mesa, que sería su lugar

de trabajo, y luego le mostraron los manuscritos que pertenecían a la colección relacionada con las *Crónicas*.

Allí había unos cinco millares de tomos.



Tardó tres días en dar con la serie de volúmenes escritos de puño y letra por Rodrigo de Escobedo. Tres días en los que prácticamente no comió y en los que, si durmió, fue porque los responsables de la *amoxcalli* la arrancaron casi a la fuerza de su mesa y la acompañaron hasta una casa de huéspedes.

Junto a los documentos del segoviano estaban los originales de los viajes de Luis de Torres a Michhuahcan y los apuntes de Diego de Arana. También encontró algunos folios anotados por Jacome el genovés y Rodrigo de Jerez, algo que le extrañó, dado que en las *Crónicas* no aparecía ninguna mención a dichos textos.

No tardó en percatarse de que los tres «Libros» de la compilación sólo incluían una mínima parte de los documentos conservados de aquella época. Eran una fracción diminuta de los cinco mil ejemplares que tenía delante, y de los otros tantos que estarían almacenados en la biblioteca de Chichen Itza, en el Yucatán.

Lo primero era lo primero, se dijo la muchacha, y se lanzó a reconocer, en aquellos papeles plegados, la escritura original de una de las plumas más destacadas de las *Crónicas*. Del maestro de escritores. Del viajero, del narrador. Del hombre.

Fue entonces cuando, al abrir al azar uno de los códices, difuminada por un par de pequeñas manchas borrosas, la vio. «Octubre, veynte, año del Sñr de myll y quatrocientos e noventa y tres». Bajo aquella fecha no figuraba ningún texto, pues, tal y como la muchacha recordaba haber leído en «El Libro del Guerrero», en ese preciso momento, nada más anotar aquello, el escribano había sido incapaz de continuar y dejó sin completar esa entrada de su diario. Habían transcurrido cuatrocientos ochenta y siete años, pero la prueba de esas dos lágrimas escapadas al evocar la angustia de su travesía y la desdicha de hallarse lejos de todo seguía allí, imborrable.

—Ay, Dios...

Isabel las rozó apenas, mientras otras dos gotas, sin querer, caían desde su rostro a la vieja superficie de aquel *amatl* amarillento y se unían a la cadena de testimonios de un dolor hecho raíz, hecho tiempo, hecho Historia.

La súbita aparición de un archivero mexicana, que se aproximó a ver si necesitaba algo, interrumpió un profundo suspiro. Isabel volvió rápidamente en sí y, agradeciendo el interés de su colega, aprovechó la ocasión para preguntarle si ellos sabían cuál había sido el destino de todos los «Mensajeros» españoles. El hombre se dio media vuelta y regresó al cabo de unos minutos con un pequeño tomo manuscrito en náhuatl: «Notas sobre las vidas de los Mensajeros». «Es únicamente para nuestro uso» le informó aquel individuo, que se retiró sin decir nada más.

La joven leía y lloraba al mismo tiempo, restregándose las lágrimas con el dorso de la mano aquí y allá para poder seguir avanzando y descubrir, por fin, qué había ocurrido con los protagonistas de las *Crónicas*.

Según constaba en aquel librito, Rodrigo de Escobedo había sido visto por última vez en tierras dominadas por Tenochtitlan cuando partió la

Armada de la Serpiente Emplumada desde Cempohuallan, el año *yei calli* o «3-casa». Es decir, hacia 1521. Todo lo que los mexicas reseñaron de aquel hombre al que llamaban *tlahcuiloani*, personaje importante durante el reinado del *hueyi tlahtoani* Ahuitzotl, fue que ya era una persona entrada en años y que, tras la marcha de los grandes barcos hacia las Tierras del Este, retornó junto a otros tres españoles a una isla de las tierras del sur llamada Kosom Lu'umil, en la antigua provincia de Éek' kaab. Los mexicas nunca volvieron a saber de él ni de sus compañeros, aunque el legado que el segoviano dejó en todo el territorio dominado por la ciudad del Texcoco —incluyendo no sólo mapas, diarios de viaje y otros documentos escritos, sino sus enseñanzas, de las que serían herederos todos los escribanos de esa parte del planeta— sería difícil, si no imposible, de olvidar.

En los siguientes párrafos se mencionaba a los *tlatlacateccah* Rodrigo de Jerez, Martín de Urtubia y Antonio de Cuéllar, quienes ese mismo año *yei calli*, una vez que la «Gran Armada» levó anclas, se retiraron con sus familias al puerto de Acapulco, en la costa del Mar del Oeste. Aquellos hombres habían conquistado, para el *hueyi tlahtoani* Ahuitzotl y su sucesor Moteuczoma Xocoyotzin, muchísimas tierras en el Xoconochco y Cuauhtemallan, y antes de dirigirse hacia su nuevo hogar, colmados de honores, habían puesto en claro que su deseo de ahí en más era descansar de fatigas y batallas en compañía de sus seres queridos. Al igual que Rodrigo de Escobedo, eran ya varones entrados en años. Murieron un lustro después debido a unas fiebres que asolaron toda la región y que, al parecer, llegaron desde el sur a bordo de unos barcos de mercancías. De acuerdo a los registros, sus descendientes siguieron viviendo en la región de Acapulco durante al menos cuatro generaciones. Tras las independencias de los diferentes territorios de las Tierras del Este, «mexicanizaron» sus apellidos e hicieron

todo lo posible para que sus rastros se perdieran o para que el interés que despertaban sus historias familiares se desvaneciese.

Por último, Jacome el genovés y Andrés de Huelva terminaron sus días en Cempohuallan. El primero murió cuando sólo habían pasado tres años desde que zarpara la Armada, y dejó familia numerosa. El segundo sería el último de los Mensajeros en desaparecer. Su muerte sería muy sentida en la villa totonaca: se decía que era hombre alegre, amigo del canto, la fiesta y las chanzas. Sus descendientes habrían hecho lo mismo que los de Jerez, Urtubia y Cuéllar: sus rastros desaparecieron de los registros, y nunca más se les prestó atención.

Una nota al margen, hacia el final de aquel tomo, refería que, cuando llegó la solicitud del *tlacochcalcatl* Tepehuahtzin para que los Mensajeros sobrevivientes fueran ejecutados, el consejo del *hueyi tlahtoani* de Tenochtitlan acordó desestimarla, aun cuando se mandó comunicar a aquel guerrero que su petición había sido atendida. Al fin y al cabo, todos sabían que no pasaría demasiado tiempo hasta que el propio señor de Mictlan reclamara a aquellos extranjeros llegados del este.

De esa forma, nadie vio sus manos manchadas de sangre por el capricho de un noble que, si bien era sumamente influyente, se hallaba por aquel entonces demasiado lejos, allá en las Tierras del Este. Unas tierras de las que Tepehuahtzin nunca saldría. Pues, según revelaba aquel escrito, el *tlacochcalcatl* moriría antes de poder regresar a su terruño natal. Nunca pudo ver las calles y canales de su amada Tenochtitlan cubiertas de gente festejando sus conquistas.

Y nunca escuchó las bocinas de los templos resonando en su honor, como siempre lo habían hecho para celebrar las hazañas de los guerreros que volvían, cubiertos de gloria, a la gran capital.



Con un poco más de investigación podría haber averiguado el punto exacto en el que estaba enterrada Ayahuítl, o la ubicación de la casa que compartió con Escobedo, o la de su padre Cuitlachnehnemini... Hubiera podido quedarse consultando documentos en aquella sala de la *amoxcalli* de Tenochtitlan el resto de su vida. Pero habría necesitado varias vidas para leer todos esos manuscritos. Se contentó, pues, con haber cumplido su objetivo: dar con el destino final de aquellos hispanos naufragados en un viejo, nuevo mundo.

Antes de abandonar Tenochtitlan, dedicó una semana a vagar por la ciudad, errando de un lugar a otro. Quería volver sobre los pasos de Escobedo cuando paseaba por los canales, cuando recorría el *tiyanquiztli* de Tlatelolco o se maravillaba ante el perfil de las pirámides gemelas que conformaban el Templo Mayor, cuando probaba comidas nuevas, cuando escribía sobre códices con una pluma y tinta de hollín... Incluso cuando fumaba en una *iyetl*, cuando tomaba *cacahuatl* con picante *chilli* o cuando jugaba al *patolli*. La muchacha quería verlo todo, intentar saborear todo lo que las *Crónicas* nombraban. Pues había estado años imaginando todas y cada una de las cosas que narraba el escribano, primero en la soledad de su corrala toledana, y luego con la compañía de su abuelo y su tío en el interior de la humilde biblioteca de Buitrago.

A lo largo de sus caminatas debió hacer frente al caudal de dudas que los usos y costumbres de su pueblo despertaban entre los mexicas de Tenochtitlan. En aquel lugar era una extranjera a todas luces. Además, el náhuatl que hablaba tenía el acento característico del este, de esa «Lengua Oficial» que empleaban los *nativos* de allende los mares. De modo que le llovieron las preguntas, una más asombrosa e hilarante que la otra. «¿Es verdad que los nativos del este beben la sangre de su dios?», «¿Cada cuanto se bañan los nativos?», «¿Es cierto que comen animales secos al sol?»...

También le cayeron encima unas cuantas burlas, e incluso le tocaron un par de insultos. Pero eso era algo que prefería pasar por alto.

Un poco harta de la curiosidad de los *tenochcah*, y cumplido el plazo que se había dado para deambular por la villa, volvió a Cempohuallan y se embarcó rumbo al puerto de Xaman Ha'. El navío haría escala en Chak'an Peten, Kaan Peech y Sisal, de forma que podría revivir los viajes que los españoles habían realizado a lo largo de las costas del Yucatán, y grabar aquel paisaje en su propia piel, en sus retinas, en sus oídos...

Una vez en tierra, se internaría en la boscosa península hasta llegar a Chichen Itza. Si las *Crónicas* no la habían engañado, en aquella ciudad estarían guardados los últimos diarios de Escobedo y los de su antepasado, Rodrigo Balmaceda.



Biblioteca-archivo de Chichen Itza.

Mientras la guiaba a través de las pesadas estructuras de madera cargadas de códigos, la directora de aquella respetada y afamada institución

prodigaba a su joven visitante una colección interminable de datos y anécdotas. En realidad, no callaba. E Isabel agradecía para su coleteo que lo hiciese en náhuatl, pues apenas si conocía unas pocas frases cotidianas en yucateco.

La mujer le adelantaba que, hasta donde ellos sabían, Escobedo había muerto de viejo, pasadas las siete decenas de años, en la aldea de Ixlapak. Y que aquel pueblecito, sito en la costa oriental de la isla de Kosom Lu'umil, hacía mucho que había desaparecido de los mapas tras recibir la visita de un *huracán* más violento de lo habitual.

Los dos compañeros de Escobedo, a los que los itzáes terminaron llamando «Lek'eitio», murieron poco después. Y aquel al que habían bautizado como *Ch'ooj Icho'ob* los siguió una década más tarde. Según la vieja tradición oral de Kosom Lu'umil, los cuatro vivieron vidas sin parangón, afrontando como mejor supieron una sucesión de encrucijadas que los colmaron de experiencias. Y cuando consideraron que ya habían sentido, visto, oído y probado lo suficiente, se acostaron una noche con una sonrisa en los labios y ya no se despertaron.

Sobre el «anciano que escribía» había una leyenda que contaba lo mucho que éste habían insistido en que, tras su muerte, nadie osara arrancar de su muñeca una pulsera negra y gastada que había llevado desde mucho tiempo atrás. Quería ser enterrado con ella, quería que ciñera su brazo y lo acompañara al viaje del cual jamás se retorna. Se decía que esa pulsera fue la única posesión a la que se aferró, y que seguramente sería la atadura que lo unía a algún momento de su vida que nadie más podía recordar.

Isabel reconoció en aquel *Ch'ooj Icho'ob*, «Ojos de Lechuza», a su ancestro Rodrigo Balmaceda, y en aquella pulsera, al manojito de cabellos de

Ayahuitl del que Escobedo jamás consintió en desprenderse. Y se le hizo un nudo en la garganta al saber que, a pesar de todo el tiempo transcurrido, las historias, cuentos y leyendas a las que los itzáes eran tan aficionados se ocupaban de rememorar a aquellos españoles que habían decidido varar sus existencias en las playas de arena blanca de aquella perdida isla del Yucatán.

Podría hallar sus tumbas en la propia Kosom Lu'umil, explicaba la directora, junto a las ruinas de Ixlapak. Aunque no estaban claramente identificadas, cualquier isleño guiaría a la joven hasta ellas, si deseaba visitarlas. Todos conocían el lugar, pese a que, curiosamente, eran pocos los que relacionaban a los que yacían en esos enterramientos con los célebres protagonistas de sus cuentos y leyendas más queridos.

Como ya ocurriera con el rastro de los descendientes de los otros Mensajeros, el de los tres españoles que sobrevivieron al escribano también se había perdido al cabo de varias generaciones. Quizás olvidaron de dónde provenía su linaje, o puede que sólo lo mantuvieran en secreto y lo compartieran con los suyos en noches de luna nueva, intercalando ese relato entre los protagonizados por estrellas fugaces y duendes del bosque.

En cuanto a los manuscritos de aquellos hombres, en efecto, en la biblioteca tenían una cantidad nada despreciable de ellos, cuidadosamente clasificados y conservados en una sala especial. Gracias a los registros que mantenían desde la fundación de la institución, sabían que tales escritos habían sido llevados hasta la villa y entregados personalmente por *Ch'ooj Icho'ob* tras la muerte de Escobedo, cumpliendo así con la última voluntad del escribano. Se trataba, sobre todo, de crónicas de viaje redactadas en castellano, a las que se sumaban documentos en náhuatl e itzá, para cuya escritura se había empleado el alfabeto latino.

El tal *Ch'ooj Ich'o'ob* había agregado algunos papeles de su propia cosecha, y había hecho hincapié en que todos aquellos códices se mantuvieran para uso exclusivo de los escribas y archiveros de la «casa de libros» de Chichen Itza. Sin duda aquel hombre no era ajeno al contenido del legado que traía en sus manos, y quería evitar que fuera destruido por personas que pudieran ver en él una amenaza.

La contemplación de ese tesoro histórico le produjo una punzada de emoción en el pecho. Tuvo que hacer un esfuerzo para comunicarle a su colega que, muy a su pesar, no tendría tiempo para leer los documentos. Tampoco hubiera tenido energías: el viaje a través de esas tierras la había agotado, y el calor, la humedad y los insectos convertían un simple paso en toda una proeza. Debería contentarse con tener aquellos volúmenes cerca, consultar algunas de sus páginas y acariciar el resto.

La directora le comentó que ellos habían elaborado un resumen de todos aquellos textos. Luego apoyó su mano sobre el hombro de la castellana y le hizo saber, con gesto cómplice, que el apellido de la joven no le era desconocido. Y que, si Isabel era quién ella suponía que era —una pariente de aquel Balmaceda que figuraba en los escritos de su colección—, sería un honor para ellos regalarle una copia de ese trabajo de síntesis... si le interesaba. Aunque, por supuesto, eso no quitaba para que leyera *in situ* todos los tomos originales que deseara.

El brillo de absoluta felicidad en los ojos de la muchacha bastó como respuesta.

La colección de códices de Escobedo y Balmaceda estaba ordenada cronológicamente. De forma que a Isabel no le fue difícil hallar las últimas líneas del segoviano.

«A pesar de las tristezas e los dolores, de las ausencias e el desamparo que he debido de afrontar a lo largo de todos aquestos años, vivir ha sido una aventura que ha merecido la pena».

XVII

TIERRAS DEL ESTE, 2002

Tuvo que esperar a tener más de cincuenta años para obtener las respuestas que le faltaban. Las que necesitaba para zanzar una etapa anterior de su vida.

Por aquel entonces sus abuelos ya habían muerto, y ella se ocupaba de cuidar a sus ancianos padres y de conducir la biblioteca de Buitrago. Había crecido como persona y como bibliotecaria, pero a veces echaba de menos aquel fuego que treinta años atrás espoleaba sus ganas de saber, de aprender, de averiguar, de escarbar en las raíces más profundas para encontrar razones, motivos, secretos... Isabel dedicaba sus fuerzas a empujar a los demás para que estudiaran y descubrieran, tal y como ella había hecho en el pasado. Ya no escribía tanto, pero, en cambio, se había convertido en una narradora excepcional. En una sociedad, la *nativa* castellana, en donde la oralidad había dado cobijo a muchos saberes, Isabel comprobó lo difícil que era interesar a los niños y los jóvenes en determinados textos escritos. Sin embargo, era tremendamente sencillo que aprendieran historia —o cualquier otra cosa— si la escuchaban. Poco le costó: llevaba la tradición narradora en la sangre y había tenido buena escuela en torno a la mesa de su casa, alegrada para la ocasión con una cesta de nueces y unos pacharanes.

Cinco años atrás tuvo la oportunidad de visitar Córdoba, Sevilla y Sanlúcar de Barrameda. Allí enriqueció con imágenes reales lo que su imaginación había bosquejado al leer en las *Crónicas* lo sucedido en esas ciudades, a lo largo del río Guadalquivir, y en toda aquella región de la antigua Andalucía. Por Cádiz ya había pasado, justo antes de embarcarse hacia las Tierras del Oeste. En aquella ocasión sólo había podido ver las ruinas de la villa antigua, entre ellas una pequeña sección de la muralla que rodeaba el casco antiguo, los cimientos del castillo y la estructura de la catedral, ya reconvertida en templo de Quetzalcoatl. Y había dejado un ramo de flores en la entrada de aquel edificio, no como ofrenda al dios extranjero, sino como homenaje a la memoria de cierto capitán vasco que hasta el último minuto, hasta el mismo momento en que un cuchillo le arrancó el corazón del pecho, repitió una frase-talismán que intentaba exorcizar todo el mal que se cernía sobre su tierra y su gente.

Si deseaba completar su paisaje mental, hubiera debido viajar a Roma, a Lisboa y a Flandes. Pero era prácticamente imposible que tal cosa ocurriera: había llegado a donde iba, y si seguía adelante con aquello era porque algo en su interior, una puerta que había dejado entreabierta, reclamaba un último empujón para cerrarse.

Ya no tenía la misma voluntad ni disponía de tiempo para revisar bibliotecas y archivos, para llenarse las manos de mugre, para revolver pliegos y manuscritos viejos. No obstante, se le ocurrió la feliz idea de mantener correspondencia con bibliotecarios de otras latitudes, especialmente con colegas *nativos*. La mayoría de estos últimos la conocían: su nombre se había vuelto célebre cuando, casi en un susurro, comenzó a circular la leyenda de que Isabel Balmaceda había robado los seis tomos de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada* del Archivo de Toledo donde trabajaba, y una vez

desentrañado su contenido, los habría trasladado a Timbuktu para que desde allí fueran anunciados al mundo sin que ella sufriera pena de prisión.

A comienzos del nuevo milenio recibió dos documentos manuscritos desde Amsterdam, junto con su correspondiente traducción a la Lengua Oficial.

El primero decía lo siguiente:

«En esta *Oude Kerk* de Amsterdam, el día 14 de agosto de 1524 contraen matrimonio Alfonso Gonçalvez, portugués, nacido en Lisboa y vecino de esta villa, con Lucía Guillén, española, nacida en Sevilla».

El segundo completaba al anterior:

«En esta *Oude Kerk* de Amsterdam, el día 20 de agosto de 1524 fue bautizada Dasil María Gonçalvez, hija de Alfonso Gonçalvez y Lucía Guillén, vecinos de esta villa».

El colega que le había hecho llegar tan valiosa prueba confirmaba que las fechas de ambas partidas eran las correctas. E Isabel no pudo hacer otra cosa que sonreírse. Estaba al tanto, por las *Crónicas*, de que la pareja había tenido una hija, pero desconocía el detalle de su boda. Supuso que aquello habría sido idea de Lucía; que la muchacha había debido de ser muy insistente; y que el marino portugués habría cedido, en parte para no tener que seguir escuchándola, en parte porque la amaba con locura.

Desde Amsterdam le comunicaban además que, merced a contactos con la ciudad de Danzig, sabían de la existencia de otro documento relacionado con aquel hilo temático, una copia del cual pronto estaría en su poder.

En efecto, dos meses después la tenía en sus manos.

«En la Iglesia dominica de San Nicolás de esta ciudad de Danzig, el 30 de mayo de 1550 contraen matrimonio Hans Wandke, prusiano, vecino de esta ciudad, y Dasil María Gonçalvez, holandesa, nacida en Amsterdam».

La castellana nunca sabría si los padres de esa Dasil María asistieron a tan importante evento, ni si fueron abuelos, ni si acunaron entre sus brazos a sus nietos. Si así fue, seguramente les habrían contado —Dios sabía en qué idioma— la historia de un hombre deshecho por la tristeza y el alcohol que, bajo el fuego y las saetas de unos invasores llegados del otro lado del mundo, fue a encontrar refugio en una casa del Compás de la Mancebía de Sevilla, entre los brazos de una muchacha tan destrozada como él.

En 2001 consiguió la información que le permitió poner punto y final a una de las tramas que aún le quedaban por resolver. La recibió desde Teguisse, en la isla de Lanzarote.

Eran dos registros de defunción de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. El primero, el de Alfonso, fechado en 1579. El segundo, el de su compañera, en 1581.

Isabel entendió que la historia de aquella pareja tan improbable como real terminó en el lugar perfecto: en unas islas en donde Lucía hallaría sus raíces y no se volvería a quejar del frío o la humedad, y en donde Alfonso recuperaría el que un día fuera su hogar adoptivo: un pequeño peñón rocoso y oscuro flotando en medio del ancho océano, su segundo amor.



Poco tiempo después, en abril de 2002, tuvo noticias desde Metz, en el antiguo Ducado de Lorena. La publicación de las *Crónicas* en todas las

Tierras del Este parecía haber revolucionado a los archiveros y bibliotecarios *nativos*: todos se habían puesto a buscar y rebuscar en las colecciones y los fondos documentales en los que trabajaban, intentando hallar algún pequeño tesoro como el que había desempolvado la ya «famosa» Isabel Balmaceda. Y tanto revolvieron sus estantes que terminaron dando con uno. La descubridora, una conservadora *nativa* de nombre Sophie Rickenbach, se lo remitía directamente a Isabel para que le diera su opinión.

Era un pequeño tomo que, al parecer, había quedado relegado en la biblioteca de un monasterio benedictino de la propia ciudad de Metz. Aquella región de Lorena, fronteriza con los estados tudescos, había permanecido libre e independiente durante los embates mexicas. Por esa razón, el edificio religioso en el cual se encontró el libro había sobrevivido la época de las invasiones, durante la que tales construcciones —y sus ocupantes— fueron borrados del mapa de la Europa meridional y central.

La obra se titulaba «Memorias de un hombre de armas», estaba escrita en castellano, y su autor era un tal fray Ignacio de Henares, que resultó ser el mismísimo alférez Gonzalo de Iriarte.

Sus escritos no podían resumirse: cada página era un compendio de historia, un tratado de aventuras y viajes, y un cúmulo de reflexiones. Brevemente, podía decirse que Gonzalo y Hernán sobrevivieron al fallido intento de recuperar las islas Baleares por parte de los tercios italianos y volvieron a Nápoles junto a su nuevo camarada, Fernando de Zumarán y Balboa. Se establecieron en aquel puerto hasta que los ataques otomanos y mexicas los forzaron a desplazarse a Roma para defenderla con las armas. Allí fueron testigos de la caída y el saqueo de la «Ciudad Eterna» y de la ejecución del Santo Padre en el altar de sacrificios de Huitzilopochtli.

Convertidos en unos verdaderos pordioseros, se movieron hacia el norte de la península itálica, ya bajo control mexica, y en Milán sus caminos se separaron: Zumarán se dirigió hacia los estados tudescos, mientras que el alférez y su protegido regresaron a tierras francesas, que ya les eran conocidas. En uno de sus reinos, que también había caído bajo el acero de la Serpiente con Plumas, trabajaron como vendimiadores, herreros, carreros o ayudantes en mesones. Es decir, en labores reservadas a los *nativos*. Tras varios años de penurias, Gonzalo de Iriarte propuso continuar hacia el norte, hasta dar con tierras libres de la presencia de los invasores del Oeste. Vivieron un tiempo en algunos reinos protestantes alemanes, pero la religión terminó siendo un problema para ellos: con el lento transcurrir del tiempo se habían vuelto fervientes católicos. Al cabo se asentaron en Lorena, una región católica a pesar de la vecindad de luteranos, calvinistas y mexicas, y Gonzalo se retiró a un monasterio para intentar encontrar, según sus propias palabras, «un poco de paz en un mundo bañado en sangre». La última entrada de su diario era de 1567, y en ella afirmaba que Hernán se había casado en Metz y que lo visitaba de vez en cuando con su esposa y sus dos hijos. Y que él, si bien no había logrado comprender todo lo que le había tocado vivir, ni había podido lavar de su conciencia todas las muertes que sus manos habían provocado, ni cumplir la promesa que había hecho a aquel capitán suyo tan querido, sí había encontrado, entre aquellos muros, un poco de tranquilidad. Quizás la suficiente para, recuperada la fe en Dios, aceptar sus designios y aguardar sin miedo la hora del re-encuentro final con todos aquellos que lo esperaban al otro lado del umbral que separa la vida y la muerte.



En noviembre de aquel mismo año de 2002, Isabel se hizo con la última novedad. Provenía de un sitio inesperado: las orillas del Mar Central, al otro lado del gran océano.

Traducido del itzá, decía que Inés Hayyim, nacida Aliza, hija de rabbí Isaac Hayyim y viuda de Saiwan, hombre del pueblo Miskitu nacido en la aldea de Wasparasni, había muerto en esa última villa, dejando un hijo de quince años, del mismo nombre que su padre, del cual se harían cargo amigos y familiares. Nada más se mencionaba. Isabel calculó que Aliza habría fallecido con una treintena larga de años: probablemente las fatigas de su azarosa vida y la tristeza por las ausencias de tantos seres queridos habrían acabado con ella, a pesar del coraje del que había hecho gala en momentos demasiado difíciles como para ser soportados de una sola pieza. ¿Le habrían quedado fuerzas para recitar la *Shema*, esa oración que debía pronunciarse con el último aliento...?

«*Shema, Yisrael, Adonay elohaynu, Adonay echad*».

De aquella forma, prácticamente sin moverse de su pueblito amurallado, la castellana consiguió atar todas las hebras de aquel entramado y, una tarde de neviscas, se escuchó intentando convencerse a sí misma de que acababa de cerrar aquella historia que había empezado siendo una veinteañera, cuando, por esas cosas de la juventud, decidió llevarse un amasijo polvoriento de libros a su casa.

Viendo caer las ajiscas por la ventana de la biblioteca de Buitrago, descubrió a todos los personajes de las *Crónicas* reunidos fuera, observándola con nostalgia y cubriéndose lentamente de blanco. Isabel les guiñó un ojo y se despidió de ellos.

Pero cuando volvió a mirar, todos seguían allí. Parecían esperar algo.

XVIII

BUITRAGO, 2005

Cuando conocí a Isabel Balmaceda, ella tenía 57 años. Gracias a algunos retratos que pude ver en su casa familiar de Buitrago —en la que se había quedado tras morir sus padres— supe que no había perdido del todo la radiante belleza que la había caracterizado de joven: conservaba la melena larga, la piel clara, las manos finas, los ojos grandes y castaños, la sonrisa encantadora... Sin embargo, el paso del tiempo era notorio en las canas y las arrugas, aunque ella las luciera sin pudor alguno, e incluso con una especie de orgullo. Pues —y aquí cito sus propias palabras— mucho le había costado ganar semejantes trofeos, y no tenía por qué ocultarlos o avergonzarse de ellos.

Todavía trabajaba en la biblioteca del pueblo, un lugar que, según decían los vecinos, había cambiado poco y nada en las últimas tres décadas. Seguía siendo un rincón serrano habitado por *nativos*, en donde aún se detenían los carros tirados por bueyes que se dirigían al alto valle del río Lozoya o al paso de Somosierra, esa puerta entre las montañas que se abría hacia tierras de Segovia.

Isabel me recibió en su casa, curiosa por saber qué había impulsado a una persona de mi juventud a interesarme por la historia de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada*. Por mi parte, debo confesar que estaba tan nervioso

que no podía sentir ninguna otra emoción, y, para mi vergüenza, recuerdo claramente que era incapaz de hilvanar dos frases seguidas con sentido: balbuceaba como un niño amilanado. En la Casa de Estudios a la que tenía la fortuna de concurrir nos habían hablado brevemente —muy brevemente— de ella, de Isabel Balmaceda, la *nativa* que desentrañó los misterios de las auténticas, perdidas y misteriosas *Crónicas* en Timbuktu, polo del saber de aquella parte del planeta.

Era inevitable: un *nativo* como yo tenía, sí o sí, que sentirse atraído por aquella historia. Y decidí que la entrevistaría. Sólo eso: una entrevista. Una charla que me abriera los caminos para conocer a aquella mujer un poco más y que, a la postre, me permitiera compartir lo que quisiera narrarme con mis compañeros de estudios, *nativos* o no.

Pero el asunto se torció apenas Isabel comenzó a hablar. No parecía una mujer que hubiera superado el medio siglo de vida, sino aquella veinteañera que hizo temblar los estantes de numerosos archivos y bibliotecas.

—Así que has venido hasta aquí para conocer la historia de las «Crónicas».

—Así es. No quiero molestarla... Yo sólo...

—Ya, ya...— me dijo, mientras con un gesto de sus manos me invitaba a calmarme. —Verás: para mí, la historia de las «Crónicas» no es sólo la historia de unos libros desaparecidos. Ni siquiera es la historia de las grandes mentiras que nos forzaron a creer a los «nativos». La historia de las «Crónicas» es la de sus pequeños protagonistas, la de los paisajes que se quedaron en sus retinas, la de los sentimientos que albergaron sus pechos, la de sus penas y sus dolores, la de sus muchos tropiezos... Alguna vez pensé en

escribirla. Pero... en fin, supongo que la rutina pudo conmigo, y que tampoco fui capaz de sobrellevar demasiado bien el peso de los años.— La mujer suspiró, y sus ojos castaños me echaron una de esas miradas profundas que luego serían habituales entre nosotros. —*Esa* historia es la que puedo contarte, si tú quieres, si te interesa: lo demás, hijo, lo puedes encontrar en cualquier libro de texto.

Lo recuerdo como si lo estuviera volviendo a vivir en este preciso instante, cuando escribo estas letras: recibí su ofrecimiento con la boca abierta, la respiración contenida y el corazón haciendo retumbar la sangre en mis sienes. Cualquier *nativo* sabe que una historia no es sólo lo que se cuenta, sino lo que hay detrás de ella. Y, hasta donde yo había averiguado, nadie conocía lo que había detrás de las *Crónicas*.

Si la memoria no me falla, dije «sí, quiero». Ahora, cuando lo pienso, me siento un poco estúpido. Pero estaba completamente absorto por aquella proposición.

—Perfecto, pues. Ven conmigo. Necesitaré tu ayuda para bajar de la buhardilla mis viejos cuadernos.



Siete meses después, yo había terminado de escribir una nueva versión de las *Crónicas de la Serpiente Emplumada*. No se trataba de esa árida y desafortunada compilación, mitad en castellano antiguo, mitad en Lengua Oficial, que cualquiera podía comprar en una librería. No. Era lo que aquellas páginas no supieron o no quisieron mostrar, contado de un modo muy diferente. Era un relato vivo. Con imágenes. Con latidos propios. Con

olores y sabores. Con personas con nombres y apellidos que sintieron miedo, que se enamoraron, que lloraron, que rieron, que fueron valientes y cobardes, nobles y traidores, que murieron o sobrevivieron a los horrores de una guerra injusta...

Era, en resumidas cuentas, todo lo que aquellos seis tomos habían evocado a Isabel cuando los leyó. Y todo lo que ella investigó y descubrió, y todos los detalles que esclareció, y todo lo que fue agregando después, merced a sus viajes.

Sentada en la mesa de la cocina de su casa natal, ante un pequeño vasito de pacharán, Isabel consultaba un rato sus apuntes, para hacer memoria e inspirarse, y luego empezaba su narración. Empleando a fondo mis escasas dotes literarias, yo tomaba nota de cada palabra que salía de aquellos labios. Durante todo el tiempo que insumió aquel proceso de creación y elaboración, de discusión y corrección, me hospedé gratuitamente en el mesón del tío de Isabel, que resultó ser un anciano con una extraordinaria memoria y un carácter inmejorable. Nuestras largas conversaciones, a la vera del fogón y con unos vinos de por medio, aportaron muchos elementos que terminaron siendo indispensables dentro de la trama.

Dividí todo lo que recogí en Buitrago en los tres libros de rigor: el del Mensajero, el del Guerrero y el del Heredero. Pero añadí un cuarto tomo, para poder incluir también lo que Isabel me había contado acerca de su propia vida. Una vida en la que había salido airoso de muchos sucesos adversos y sucumbido ante otros, sin dejar por ello de erguirse de nuevo y seguir caminando, tal y como lo hiciera aquel antepasado suyo casi cinco siglos antes. Con un poco de suerte, lo relatado en esos cuatro volúmenes inspiraría a otros a la resistencia y a la lucha, o tal vez a la memoria, que no

deja de ser, de algún modo, una resistencia y una lucha. Quizás la más dura de todas.

Me tomé la libertad de intercalar algunas citas textuales que aquella investigadora incansable había copiado de los «Libros» originales. Respetando una idea suya, tales parrafadas sirvieron como introducción a cada uno de los capítulos.

Una vez que finalizamos nuestra deliciosa tarea compartida, Isabel me regaló sus carpetas de apuntes y sus cuadernos. Todos ellos. Me dijo que ya no las necesitaba: que una vez cerradas todas las puertas y atados todos los cabos sueltos de aquella historia, lo último que le quedaba por hacer era compartirla. Me explicó que no podía tirar su pluma al mar, como hizo aquel Rodrigo de Escobedo cuando consideró que su tarea había concluido, pero que ciertas figuras, ciertas caras familiares, se habían desvanecido en el aire frente a su ventana mientras agitaban sus manos en señal de despedida, y que aunque yo no llegara a entenderlo del todo, eso, para ella, bastaba como señal de «punto final».



La última vez que vi a Isabel Balmaceda, poco antes de la publicación del primer «Libro» de estas *Crónicas*, estaba preparando un viaje. Me dijo que, a pesar de sus años y del miedo que le producían los dirigibles *ejekali*, se subiría nuevamente a uno para conocer la isla de Gran Canaria. Quería pararse en los riscos de basalto de la costa de Gáldar, al norte de la ínsula, y respirar la maresía, el aire cargado de sal marina que estrellaba las olas y lamía los roquedales negros. Deseaba contemplar el horizonte que siempre soñó

volver a ver una sierva de nombre Dasil, dejarse acariciar por esos aires, mojarse en esas aguas y tocar con sus propias manos la pedregosa tierra grancanaria. Y quería hacerlo para saborear y honrar los recuerdos a los que Dasil se había aferrado para seguir viva: diminutas y desvaídas memorias de detalles cotidianos que, en cierta forma, y aunque pareciese una contradicción, la hicieron sentirse libre hasta el último minuto de su vida.

Porque la libertad, me dijo Isabel, está atrapada en esas pequeñas cosas que nadie, nunca, nos puede quitar. Ésas que continuamos atesorando en nuestro interior cuando olvidamos todo lo demás. Ésas que nos hacen quienes somos, y no quienes otros quieren que seamos.

FIN • D
REGRESO • AL
PRINCIPIO

LA HISTORIA DE ISABEL BALMACEDA

NOTA DEL AUTOR

Originalmente, la historia de Isabel Balmaceda surgió como un complemento a la trilogía formada por «El Libro del Mensajero», «El Libro del Guerrero» y «El Libro del Heredero». Era una línea argumental que fluía a lo largo de los tres volúmenes, junto a las dos líneas temporales que se alternaban de capítulo en capítulo. Su función era la de proveer información accesoria, definiciones y citas que, de otro modo, no hubieran podido incorporarse a la obra.

Al re-definir la saga, llegué a la conclusión de que intercalar las andanzas de esta bibliotecaria castellana ralentizaba un poco el ritmo de la narración principal. Sin embargo, eliminarla no era una opción: la historia había adquirido vida propia y no podía ser borrada así como así. De esa manera nació este cuarto tomo, que me ha permitido cerrar algunos hilos argumentales y mostrar las consecuencias a largo plazo de los hechos acaecidos en la trama principal.



Aquellos que vivan (o hayan vivido) en América Latina y tengan (o hayan tenido) algún tipo de contacto con las modernas comunidades indígenas del continente entenderán que lo escrito en estas páginas no es simple literatura. Sin embargo, tampoco se trata de una denuncia: para eso ya existen numerosos canales que proveen información relevante y actualizada. Mi abordaje de la situación ha sido totalmente parcial y subjetivo, aunque dudo que haya una perspectiva «única y objetiva» del asunto. He escrito sobre lo que he vivido, visto y oído. Fueron las propias sociedades indígenas las que, en su momento, compartieron conmigo sus problemas y sus miedos; de sus labios escuché lo que fueron un día, y con mis propios ojos pude apreciar dónde están paradas hoy.

Fue una de esas sociedades —la mexicana— la que dejó relatos, poemas y cantos sobre las consecuencias de la llegada de los europeos a sus tierras. Recogidos por cronistas como fray Bernardino de Sahagún, esos textos son actualmente etiquetados bajo el rótulo de «la visión de los vencidos», y han sido usados, en este libro, para darle forma al ficticio *Les últimas plumes verdes* de Sergi Dorandeu.

Fueron las rígidas «historias oficiales», esas sustentadas impasiblemente por gobiernos y academias, las que me empujaron a revisar las «otras historias» y a darme cuenta de que es necesario escuchar todas las voces para entender los sucesos del pasado y del presente. Y fueron las presiones y denuncias a esas «otras historias» —casi siempre tildadas de paranoicas y desequilibradas, perseguidas y silenciadas— las que encendieron todas mis alarmas: cuando el poder condena, seguramente se está hablando de cosas que no interesa que se sepan. Y es nuestro deber, por ende, averiguarlas. O vivir con los ojos vendados, cómodamente acunados por el

plácido ronroneo del *main stream*, que nos dicta qué debemos saber, qué debemos creer, qué debemos pensar...

Fueron las editoriales dominantes las que, al no editar materiales en lenguas o sobre culturas «minoritarias», me hicieron notar la tremenda discriminación que aún hoy, en tiempos «de concordia global», pesa todavía sobre todo lo «diferente». Tales rasgos del patrimonio cultural humano siguen siendo tratados como atractivos turísticos, como rarezas, como curiosidades, y como elementos desechables condenados a la desaparición, por más que se trate de las últimas facetas que nos separan de convertirnos en una masa informe de seres totalmente idénticos entre sí.

Fue el cantautor argentino León Gieco, con su tema «Mensajes del alma», el que me enseñó que «ningún dolor se siente mientras le toque al vecino». Y con «Aquí, allá, hoy o mañana» me hizo entender que «al tiempo no hay que darle la oportunidad de que pase en vano».

Fue fray Cristóbal de las Casas, con su valentía y sus relatos —tantas veces minimizados o ninguneados por los historiadores que vinieron luego— el que me hizo saber de los horrores que se vivieron en las Américas. Su narración de las barbaries cometidas por los españoles entre los taínos de la isla de Cuba ha sido incorporada al texto como una cita «a la inversa»; en esta narración, tales barbaries son sufridas por los castellanos.

Fueron el propio Bartolomé de Las Casas (citando los diarios de Cristóbal Colón) y el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo los que me contaron sus primeras experiencias con el tabaco.

Fue Ambrose Bierce el que me enseñó, en su «Diccionario del diablo», lo que significa realmente la palabra «paz».

Fue Charles Darwin, con el relato de su visita a los pueblos indígenas de Tierra del Fuego (incluido en su «Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de Su Majestad “Beagle”»), el que inspiró mis «Viajes» de Ahuicyani. No fue el único viajero que mojó su pluma en hiel a la hora de describir a otros seres humanos: hay numerosos ejemplos de esa despiadada «literatura» en las bibliotecas de todo el mundo.

Fueron los cantores y cuenteros populares los que me enseñaron que, en ocasiones, las verdades que no pueden o no quieren contar los libros (por ejemplo, los que ciertas editoriales europeas comercializan en América Latina para que sean usados como textos obligatorios en las escuelas) casi siempre viajan y se transmiten a través de la palabra hablada.

Fueron los habitantes de la Sierra Norte de Madrid (también llamada «Sierra pobre») los que hicieron que me enamorase de las formas de vida tradicionales de ese rincón del mundo. Y de sus paisajes: el río Lozoya, la villa de Buitrago, el valle de Bustarviejo...

Fueron los habitantes de Gran Canaria (islas Canarias) los que me hablaron incansablemente de la historia de sus antepasados «*guanches*», los que me llevaron a ver los restos de sus casas, los que me contaron sus leyendas y compartieron conmigo el puñado de tradiciones que, a pesar del brutal genocidio y de todos los siglos de olvido que cayeron sobre ellas, aún se mantienen vivas en manos de sus herederos.

Y fueron todas las bibliotecas que me esclavizaron laboralmente cuando era un estudiante de bibliotecología (bajo el título de «pasante») las que me permitieron saber cómo son las entrañas de un archivo y me dejaron tomar contacto con tesoros que, supongo, seguirán pudriéndose hoy en día en el mismo sitio en el que los dejé la última vez que los vi, llenos de humedad

y gorgojos bajo un cartel que proclamaba «Protejamos nuestro patrimonio cultural».

Muchísimas gracias a todos ellos por inspirarme, y a todos los lectores que han llegado hasta aquí, por su confianza y su fidelidad.

Hasta siempre.

Edgardo Civallero

Bustarviejo, España. Invierno boreal de 2011.

Año 12-caña / *Mahtlactli omome-acatl*

